



COLEGIO NACIONAL DE EDUCACIÓN A
DISTANCIA

COORDINACIÓN ACADÉMICA



CONED
SÉTIMO AÑO
ANTOLOGÍA DE LECTURAS



DTO. DE ESPAÑOL

Antología de lecturas

Sétimo año

Cuento:	página
1. A la deriva. Autor: Horacio Quiroga	3
2. El gato negro. Autor: Edgar Allan Poe	6
3. El huésped de Dácula	13
Teatro:	
El cartero del rey. Autor: Rabindranath Tagore	24
Poesía:	
1. Vuelo supremo. Julián Marchena	52
2. Hombre preso que mira a su hijo. Autor: Mario Benedetti	53
3. Defensa del árbol. Autor: Nicanor Parra	57
Novela: Elisa Delmar	58
Autorrelato: El Diario (Ana Frank)	70
Ensayo: Idiay	101

A la deriva
Horacio Quiroga

El hombre pisó algo blancuzco, y en seguida sintió la mordedura en el pie. Saltó adelante, y al volverse con un juramento vio una yaracacusú que, arrollada sobre sí misma, esperaba otro ataque.



El hombre echó una veloz ojeada a su pie, donde dos gotitas de sangre engrosaban dificultosamente, y sacó el machete de la cintura. La víbora vio la amenaza, y hundió más la cabeza en el centro mismo de su espiral; pero el machete cayó de lomo, dislocándole las vértebras.

El hombre se bajó hasta la mordedura, quitó las gotitas de sangre, y durante un instante contempló. Un dolor agudo nacía de los dos puntitos violetas, y comenzaba a invadir todo el pie. Apresuradamente se ligó el tobillo con su pañuelo y siguió por la picada hacia su rancho.

El dolor en el pie aumentaba, con sensación de tirante abultamiento, y de pronto el hombre sintió dos o tres fulgurantes puntadas que, como relámpagos, habían irradiado desde la herida hasta la mitad de la pantorrilla. Movía la pierna con dificultad; una metálica sequedad de garganta, seguida de sed quemante, le arrancó un nuevo juramento.

Llegó por fin al rancho y se echó de brazos sobre la rueda de un trapiche. Los dos puntitos violeta desaparecían ahora en la monstruosa hinchazón del pie entero. La piel parecía adelgazada y a punto de ceder, de tensa. Quiso llamar a su mujer, y la voz se quebró en un ronco arrastre de garganta reseca. La sed lo devoraba.

-¡Dorotea! -alcanzó a lanzar en un estertor-. ¡Dame caña¹!

Su mujer corrió con un vaso lleno, que el hombre sorbió en tres tragos. Pero no había sentido gusto alguno.

-¡Te pedí caña, no agua! -rugió de nuevo-. ¡Dame caña!

-¡Pero es caña, Paulino! -protestó la mujer, espantada.

-¡No, me diste agua! ¡Quiero caña, te digo!

La mujer corrió otra vez, volviendo con la damajuana. El hombre tragó uno tras otro dos vasos, pero no sintió nada en la garganta.

-Bueno; esto se pone feo -murmuró entonces, mirando su pie lívido y ya con lustre gangrenoso. Sobre la honda ligadura del pañuelo, la carne desbordaba como una monstruosa morcilla.

Los dolores fulgurantes se sucedían en continuos relampagueos y llegaban ahora a la ingle. La atroz sequedad de garganta que el aliento parecía caldear más, aumentaba a la par. Cuando pretendió incorporarse, un fulminante vómito lo mantuvo medio minuto con la frente apoyada en la rueda de palo.

Pero el hombre no quería morir, y descendiendo hasta la costa subió a su canoa. Sentose en la popa y comenzó a palear hasta el centro del Paraná. Allí la corriente del río, que en las inmediaciones del Iguazú corre seis millas, lo llevaría antes de cinco horas a Tacurú-Pucú.

El hombre, con sombría energía, pudo efectivamente llegar hasta el medio del río; pero allí sus manos dormidas dejaron caer la pala en la canoa, y tras un nuevo vómito -de sangre esta vez- dirigió una mirada al sol que ya trasponía el monte.

La pierna entera, hasta medio muslo, era ya un bloque deforme y durísimo que reventaba la ropa. El hombre cortó la ligadura y abrió el pantalón con su cuchillo: el bajo vientre desbordó hinchado, con grandes manchas lívidas y terriblemente doloroso. El hombre pensó que no podría jamás llegar él solo a Tacurú-Pucú, y se decidió a pedir ayuda a su compadre Alves, aunque hacía mucho tiempo que estaban disgustados.

La corriente del río se precipitaba ahora hacia la costa brasileña, y el hombre pudo fácilmente atracar. Se arrastró por la picada en cuesta arriba, pero a los veinte metros, exhausto, quedó tendido de pecho.

-¡Alves! -gritó con cuanta fuerza pudo; y prestó oído en vano.

-¡Compadre Alves! ¡No me niegue este favor! -clamó de nuevo, alzando la cabeza del suelo. En el silencio de la selva no se oyó un solo rumor. El hombre tuvo aún valor para llegar hasta su canoa, y la corriente, cogiéndola de nuevo, la llevó velozmente a la deriva.

El Paraná corre allí en el fondo de una inmensa hoya, cuyas paredes, altas de cien metros, encajonan fúnebremente el río. Desde las orillas bordeadas de negros bloques de basalto, asciende el bosque, negro también. Adelante, a los costados, detrás, la eterna muralla lúgubre, en cuyo fondo el río arremolinado se

precipita en incesantes borbotones de agua fangosa. El paisaje es agresivo, y reina en él un silencio de muerte. Al atardecer, sin embargo, su belleza sombría y calma cobra una majestad única.

El sol había caído ya cuando el hombre, semitendido en el fondo de la canoa, tuvo un violento escalofrío. Y de pronto, con asombro, enderezó pesadamente la cabeza: se sentía mejor. La pierna le dolía apenas, la sed disminuía, y su pecho, libre ya, se abría en lenta inspiración.

El veneno comenzaba a irse, no había duda. Se hallaba casi bien, y aunque no tenía fuerzas para mover la mano, contaba con la caída del rocío para reponerse del todo. Calculó que antes de tres horas estaría en Tacurú-Pucú.

El bienestar avanzaba, y con él una somnolencia llena de recuerdos. No sentía ya nada ni en la pierna ni en el vientre. ¿Viviría aún su compadre Gaona en Tacurú-Pucú? Acaso viera también a su ex patrón mister Dougald, y al recibidor del obraje.

¿Llegaría pronto? El cielo, al poniente, se abría ahora en pantalla de oro, y el río se había coloreado también. Desde la costa paraguaya, ya entenebrecida, el monte dejaba caer sobre el río su fresca crepuscular, en penetrantes efluvios de azahar y miel silvestre. Una pareja de guacamayos cruzó muy alto y en silencio hacia el Paraguay.

Allá abajo, sobre el río de oro, la canoa derivaba velozmente, girando a ratos sobre sí misma ante el borbotón de un remolino. El hombre que iba en ella se sentía cada vez mejor, y pensaba entretanto en el tiempo justo que había pasado sin ver a su ex patrón Dougald. ¿Tres años? Tal vez no, no tanto. ¿Dos años y nueve meses? Acaso. ¿Ocho meses y medio? Eso sí, seguramente.

De pronto sintió que estaba helado hasta el pecho.

¿Qué sería? Y la respiración...

Al recibidor de maderas de mister Dougald, Lorenzo Cubilla, lo había conocido en Puerto Esperanza un viernes santo... ¿Viernes? Sí, o jueves...

El hombre estiró lentamente los dedos de la mano.

-Un jueves...

Y cesó de respirar.

El gato negro

Edgar Allan Poe



No espero ni pido que alguien crea en el extraño aunque simple relato que me dispongo a escribir.

Loco estaría si lo esperara, cuando mis sentidos rechazan su propia evidencia. Pero no estoy loco y sé muy bien que esto no es un sueño. Mañana voy a morir y quisiera aliviar hoy mi alma. Mi propósito inmediato consiste en poner de manifiesto, simple, sucintamente y sin comentarios, una serie de episodios domésticos. Las consecuencias de esos episodios me han aterrorizado, me han torturado y, por fin, me han destruido. Pero no intentaré explicarlos. Si para mí han sido horribles, para otros resultarán menos espantosos que barrocos. Más adelante, tal vez, aparecerá alguien cuya inteligencia reduzca mis fantasmas a lugares comunes; una inteligencia más serena, más lógica y mucho menos excitable que la mía, capaz de ver en las circunstancias que temerosamente describiré, una vulgar sucesión de causas y efectos naturales.

Desde la infancia me destacué por la docilidad y bondad de mi carácter. La ternura que abrigaba mi corazón era tan grande que llegaba a convertirme en objeto de burla para mis compañeros. Me gustaban especialmente los animales, y mis padres me permitían tener una gran variedad. Pasaba a su lado la mayor parte del tiempo, y jamás me sentía más feliz que cuando les daba de comer y los acariciaba. Este rasgo de mi carácter creció conmigo y, cuando llegué a la virilidad, se convirtió en una de mis principales fuentes de placer. Aquellos que alguna vez han experimentado cariño hacia un perro fiel y sagaz no necesitan que me moleste en explicarles la naturaleza o la intensidad de la retribución que recibía. Hay algo en el generoso y abnegado amor de un animal que llega directamente al corazón de aquel que con frecuencia ha probado la falsa amistad y la frágil fidelidad del hombre.

Me casé joven y tuve la alegría de que mi esposa compartiera mis preferencias. Al observar mi gusto por los animales domésticos, no perdía oportunidad de procurarme los más agradables de entre ellos. Teníamos pájaros, peces de colores, un hermoso perro, conejos, un monito y un gato.

Este último era un animal de notable tamaño y hermosura, completamente negro y de una sagacidad asombrosa. Al referirse a su inteligencia, mi mujer, que en el fondo era no poco supersticiosa, aludía con frecuencia a la antigua creencia popular de que todos los gatos negros son brujas metamorfoseadas. No quiero decir que lo creyera seriamente, y sólo menciono la cosa porque acabo de recordarla.

Plutón -tal era el nombre del gato- se había convertido en mi favorito y mi camarada. Sólo yo le daba de comer y él me seguía por todas partes en casa. Me costaba mucho impedir que anduviera tras de mí en la calle.

Nuestra amistad duró así varios años, en el curso de los cuales (enrojeczo al confesarlo) mi temperamento y mi carácter se alteraron radicalmente por culpa del demonio. Intemperancia. Día a día me fui volviendo más melancólico, irritable e indiferente hacia los sentimientos ajenos. Llegué, incluso, a hablar descomedidamente a mi mujer y terminé por infligirle violencias personales. Mis favoritos, claro está, sintieron igualmente el cambio de mi carácter. No sólo los descuidaba, sino que llegué a hacerles daño. Hacia Plutón, sin embargo, conservé suficiente consideración como para abstenerme de maltratarlo, cosa que hacía con los conejos, el mono y hasta el perro cuando, por casualidad o movidos por el afecto, se cruzaban en mi camino. Mi enfermedad, empero, se agravaba -pues, ¿qué enfermedad es comparable al alcohol?-, y finalmente el mismo Plutón, que ya estaba viejo y, por tanto, algo enojadizo, empezó a sufrir las consecuencias de mi mal humor.

Una noche en que volvía a casa completamente embriagado, después de una de mis correrías por la ciudad, me pareció que el gato evitaba mi presencia. Lo alcé en brazos, pero, asustado por mi violencia, me mordió ligeramente en la mano. Al punto se apoderó de mí una furia demoníaca y ya no supe lo que hacía. Fue como si la raíz de mi alma se separara de golpe de mi cuerpo; una maldad más que diabólica, alimentada por la ginebra, estremeció cada fibra de mi ser. Sacando del bolsillo del chaleco un cortaplumas, lo abrí mientras sujetaba al pobre animal por el pescuezo y, deliberadamente, le hice saltar un ojo. Enrojeczo, me abraso, tiemblo mientras escribo tan condenable atrocidad.

Cuando la razón retornó con la mañana, cuando hube disipado en el sueño los vapores de la orgía nocturna, sentí que el horror se mezclaba con el remordimiento ante el crimen cometido; pero mi sentimiento era débil y ambiguo, no alcanzaba a interesar al alma. Una vez más me hundí en los excesos y muy pronto ahogué en vino los recuerdos de lo sucedido.

El gato, entretanto, mejoraba poco a poco. Cierto que la órbita donde faltaba el ojo presentaba un horrible aspecto, pero el animal no parecía sufrir ya. Se paseaba, como de costumbre, por la casa, aunque, como es de imaginar, huía aterrizado al verme. Me quedaba aún bastante de mi antigua manera de ser para sentirme agraviado por la evidente antipatía de un animal que alguna vez me había querido tanto. Pero ese sentimiento no tardó en ceder paso a la irritación. Y entonces, para mi caída final e irrevocable, se presentó el espíritu de la *perversidad*. La filosofía no tiene en cuenta a este espíritu; y, sin embargo, tan seguro estoy de que mi alma existe como de que la perversidad es uno de los impulsos primordiales del corazón humano, una de las facultades primarias indivisibles, uno de esos sentimientos que dirigen el carácter del hombre. ¿Quién

no se ha sorprendido a sí mismo cien veces en momentos en que cometía una acción tonta o malvada por la simple razón de que no debía cometerla? ¿No hay en nosotros una tendencia permanente, que enfrenta descaradamente al buen sentido, una tendencia a transgredir lo que constituye la Ley por el solo hecho de serlo? Este espíritu de perversidad se presentó, como he dicho, en mi caída final. Y el insondable anhelo que tenía mi alma de vejarse a sí misma, de violentar su propia naturaleza, de hacer mal por el mal mismo, me incitó a continuar y, finalmente, a consumir el suplicio que había infligido a la inocente bestia. Una mañana, obrando a sangre fría, le pasé un lazo por el pescuezo y lo ahorqué en la rama de un árbol; lo ahorqué mientras las lágrimas manaban de mis ojos y el más amargo remordimiento me apretaba el corazón; lo ahorqué porque recordaba que me había querido y porque estaba seguro de que no me había dado motivo para matarlo; lo ahorqué porque sabía que, al hacerlo, cometía un pecado, un pecado mortal que comprometería mi alma hasta llevarla -si ello fuera posible- más allá del alcance de la infinita misericordia del Dios más misericordioso y más terrible.

La noche de aquel mismo día en que cometí tan cruel acción me despertaron gritos de: "¡Incendio!" Las cortinas de mi cama eran una llama viva y toda la casa estaba ardiendo. Con gran dificultad pudimos escapar de la conflagración mi mujer, un sirviente y yo. Todo quedó destruido. Mis bienes terrenales se perdieron y desde ese momento tuve que resignarme a la desesperanza.

No incurriré en la debilidad de establecer una relación de causa y efecto entre el desastre y mi criminal acción. Pero estoy detallando una cadena de hechos y no quiero dejar ningún eslabón incompleto. Al día siguiente del incendio acudí a visitar las ruinas. Salvo una, las paredes se habían desplomado. La que quedaba en pie era un tabique divisorio de poco espesor, situado en el centro de la casa, y contra el cual se apoyaba antes la cabecera de mi lecho. El enlucido había quedado a salvo de la acción del fuego, cosa que atribuí a su reciente aplicación. Una densa muchedumbre habíase reunido frente a la pared y varias personas parecían examinar parte de la misma con gran atención y detalle. Las palabras "¡extraño!, ¡curioso!" y otras similares excitaron mi curiosidad. Al aproximarme vi que en la blanca superficie, grabada como un bajorrelieve, aparecía la imagen de un gigantesco gato. El contorno tenía una nitidez verdaderamente maravillosa. Había una soga alrededor del pescuezo del animal.

Al descubrir esta aparición -ya que no podía considerarla otra cosa- me sentí dominado por el asombro y el terror. Pero la reflexión vino luego en mi ayuda. Recordé que había ahorcado al gato en un jardín contiguo a la casa. Al producirse la alarma del incendio, la multitud había invadido inmediatamente el jardín: alguien debió de cortar la soga y tirar al gato en mi habitación por la ventana abierta. Sin duda, habían tratado de despertarme en esa forma. Probablemente la caída de las paredes comprimió a la víctima de mi crueldad

contra el enlucido recién aplicado, cuya cal, junto con la acción de las llamas y el amoniaco del cadáver, produjo la imagen que acababa de ver.

Si bien en esta forma quedó satisfecha mi razón, ya que no mi conciencia, sobre el extraño episodio, lo ocurrido impresionó profundamente mi imaginación. Durante muchos meses no pude librarme del fantasma del gato, y en todo ese tiempo dominó mi espíritu un sentimiento informe que se parecía, sin serlo, al remordimiento. Llegué al punto de lamentar la pérdida del animal y buscar, en los viles antros que habitualmente frecuentaba, algún otro de la misma especie y apariencia que pudiera ocupar su lugar.

Una noche en que, borracho a medias, me hallaba en una taberna más que infame, reclamó mi atención algo negro posado sobre uno de los enormes toneles de ginebra que constituían el principal moblaje del lugar. Durante algunos minutos había estado mirando dicho tonel y me sorprendió no haber advertido antes la presencia de la mancha negra en lo alto. Me aproximé y la toqué con la mano. Era un gato negro muy grande, tan grande como Plutón y absolutamente igual a éste, salvo un detalle. Plutón no tenía el menor pelo blanco en el cuerpo, mientras este gato mostraba una vasta aunque indefinida mancha blanca que le cubría casi todo el pecho.

Al sentirse acariciado se enderezó prontamente, ronroneando con fuerza, se frotó contra mi mano y pareció encantado de mis atenciones. Acababa, pues, de encontrar el animal que precisamente andaba buscando. De inmediato, propuse su compra al tabernero, pero me contestó que el animal no era suyo y que jamás lo había visto antes ni sabía nada de él.

Continué acariciando al gato y, cuando me disponía a volver a casa, el animal pareció dispuesto a acompañarme. Le permití que lo hiciera, deteniéndome una y otra vez para inclinarme y acariciarlo. Cuando estuvo en casa, se acostumbró a ella de inmediato y se convirtió en el gran favorito de mi mujer.

Por mi parte, pronto sentí nacer en mí una antipatía hacia aquel animal. Era exactamente lo contrario de lo que había anticipado, pero -sin que pueda decir cómo ni por qué- su marcado cariño por mí me disgustaba y me fatigaba. Gradualmente, el sentimiento de disgusto y fatiga creció hasta alcanzar la amargura del odio. Evitaba encontrarme con el animal; un resto de vergüenza y el recuerdo de mi crueldad de antaño me vedaban maltratarlo. Durante algunas semanas me abstuve de pegarle o de hacerlo víctima de cualquier violencia; pero gradualmente -muy gradualmente- llegué a mirarlo con inexpresable odio y a huir en silencio de su detestable presencia, como si fuera una emanación de la peste.

Lo que, sin duda, contribuyó a aumentar mi odio fue descubrir, a la mañana siguiente de haberlo traído a casa, que aquel gato, igual que Plutón, era tuerto. Esta circunstancia fue precisamente la que lo hizo más grato a mi mujer, quien,

como ya dije, poseía en alto grado esos sentimientos humanitarios que alguna vez habían sido mi rasgo distintivo y la fuente de mis placeres más simples y más puros.

El cariño del gato por mí parecía aumentar en el mismo grado que mi aversión. Seguía mis pasos con una pertinencia que me costaría hacer entender al lector. Dondequiera que me sentara venía a ovillarse bajo mi silla o saltaba a mis rodillas, prodigándome sus odiosas caricias. Si echaba a caminar, se metía entre mis pies, amenazando con hacerme caer, o bien clavaba sus largas y afiladas uñas en mis ropas, para poder trepar hasta mi pecho. En esos momentos, aunque ansiaba aniquilarlo de un solo golpe, me sentía paralizado por el recuerdo de mi primer crimen, pero sobre todo -quiero confesarlo ahora mismo- por un espantoso temor al animal.

Aquel temor no era precisamente miedo de un mal físico y, sin embargo, me sería imposible definirlo de otra manera. Me siento casi avergonzado de reconocer, sí, aún en esta celda de criminales me siento casi avergonzado de reconocer que el terror, el espanto que aquel animal me inspiraba, era intensificado por una de las más insensatas quimeras que sería dado concebir. Más de una vez mi mujer me había llamado la atención sobre la forma de la mancha blanca de la cual ya he hablado, y que constituía la única diferencia entre el extraño animal y el que yo había matado. El lector recordará que esta mancha, aunque grande, me había parecido al principio de forma indefinida; pero gradualmente, de manera tan imperceptible que mi razón luchó durante largo tiempo por rechazarla como fantástica, la mancha fue asumiendo un contorno de rigurosa precisión. Representaba ahora algo que me estremezco al nombrar, y por ello odiaba, temía y hubiera querido librarme del monstruo si hubiese sido capaz de atreverme; representaba, digo, la imagen de una cosa atroz, siniestra..., ¡la imagen del *patíbulo*! ¡Oh lúgubre y terrible máquina del horror y del crimen, de la agonía y de la muerte!

Me sentí entonces más miserable que todas las miserias humanas. ¡Pensar que una bestia, cuyo semejante había yo destruido desdeñosamente, una bestia era capaz de producir tan insoportable angustia en un hombre creado a imagen y semejanza de Dios! ¡Ay, ni de día ni de noche pude ya gozar de la bendición del reposo! De día, aquella criatura no me dejaba un instante solo; de noche, despertaba hora a hora de los más horrorosos sueños, para sentir el ardiente aliento de la cosa en mi rostro y su terrible peso -pesadilla encarnada de la que no me era posible desprenderme- apoyado eternamente sobre mi corazón.

Bajo el agobio de tormentos semejantes, sucumbió en mí lo poco que me quedaba de bueno. Sólo los malos pensamientos disfrutaban ya de mi intimidad; los más tenebrosos, los más perversos pensamientos. La melancolía habitual de mi humor creció hasta convertirse en aborrecimiento de todo lo que me rodeaba y de la entera humanidad; y mi pobre mujer, que de nada se quejaba, llegó a ser

la habitual y paciente víctima de los repentinos y frecuentes arrebatos de ciega cólera a que me abandonaba.

Cierto día, para cumplir una tarea doméstica, me acompañó al sótano de la vieja casa donde nuestra pobreza nos obligaba a vivir. El gato me siguió mientras bajaba la empinada escalera y estuvo a punto de tirarme cabeza abajo, lo cual me exasperó hasta la locura. Alzando un hacha y olvidando en mi rabia los pueriles temores que hasta entonces habían detenido mi mano, descargué un golpe que hubiera matado instantáneamente al animal de haberlo alcanzado. Pero la mano de mi mujer detuvo su trayectoria. Entonces, llevado por su intervención a una rabia más que demoníaca, me zafé de su abrazo y le hundí el hacha en la cabeza. Sin un solo quejido, cayó muerta a mis pies.

Cumplido este espantoso asesinato, me entregué al punto y con toda sangre fría a la tarea de ocultar el cadáver. Sabía que era imposible sacarlo de casa, tanto de día como de noche, sin correr el riesgo de que algún vecino me observara. Diversos proyectos cruzaron mi mente. Por un momento pensé en descuartizar el cuerpo y quemar los pedazos. Luego se me ocurrió cavar una tumba en el piso del sótano. Pensé también si no convenía arrojar el cuerpo al pozo del patio o meterlo en un cajón, como si se tratara de una mercadería común, y llamar a un mozo de cordel para que lo retirara de casa. Pero, al fin, di con lo que me pareció el mejor expediente y decidí emparedar el cadáver en el sótano, tal como se dice que los monjes de la Edad Media emparedaban a sus víctimas.

El sótano se adaptaba bien a este propósito. Sus muros eran de material poco resistente y estaban recién revocados con un mortero ordinario, que la humedad de la atmósfera no había dejado endurecer. Además, en una de las paredes se veía la saliencia de una falsa chimenea, la cual había sido rellena y tratada de manera semejante al resto del sótano. Sin lugar a dudas, sería muy fácil sacar los ladrillos en esa parte, introducir el cadáver y tapar el agujero como antes, de manera que ninguna mirada pudiese descubrir algo sospechoso.

No me equivocaba en mis cálculos. Fácilmente saqué los ladrillos con ayuda de una palanca y, luego de colocar cuidadosamente el cuerpo contra la pared interna, lo mantuve en esa posición mientras aplicaba de nuevo la mampostería en su forma original. Después de procurarme argamasa, arena y cerda, preparé un enlucido que no se distinguía del anterior y revoqué cuidadosamente el nuevo enladrillado. Concluida la tarea, me sentí seguro de que todo estaba bien. La pared no mostraba la menor señal de haber sido tocada. Había barrido hasta el menor fragmento de material suelto. Miré en torno, triunfante, y me dije: "Aquí, por lo menos, no he trabajado en vano".

Mi paso siguiente consistió en buscar a la bestia causante de tanta desgracia, pues al final me había decidido a matarla. Si en aquel momento el gato hubiera surgido ante mí, su destino habría quedado sellado, pero, por lo visto, el astuto

animal, alarmado por la violencia de mi primer acceso de cólera, se cuidaba de aparecer mientras no cambiara mi humor. Imposible describir o imaginar el profundo, el maravilloso alivio que la ausencia de la detestada criatura trajo a mi pecho. No se presentó aquella noche, y así, por primera vez desde su llegada a la casa, pude dormir profunda y tranquilamente; sí, pude dormir, aun con el peso del crimen sobre mi alma.

Pasaron el segundo y el tercer día y mi atormentador no volvía. Una vez más respiré como un hombre libre. ¡Aterrado, el monstruo había huido de casa para siempre! ¡Ya no volvería a contemplarlo! Gozaba de una suprema felicidad, y la culpa de mi negra acción me preocupaba muy poco. Se practicaron algunas averiguaciones, a las que no me costó mucho responder. Incluso hubo una perquisición en la casa; pero, naturalmente, no se descubrió nada. Mi tranquilidad futura me parecía asegurada.

Al cuarto día del asesinato, un grupo de policías se presentó inesperadamente y procedió a una nueva y rigurosa inspección. Convencido de que mi escondrijo era impenetrable, no sentí la más leve inquietud. Los oficiales me pidieron que los acompañara en su examen. No dejaron hueco ni rincón sin revisar. Al final, por tercera o cuarta vez, bajaron al sótano. Los seguí sin que me temblara un solo músculo. Mi corazón latía tranquilamente, como el de aquel que duerme en la inocencia. Me paseé de un lado al otro del sótano. Había cruzado los brazos sobre el pecho y andaba tranquilamente de aquí para allá. Los policías estaban completamente satisfechos y se disponían a marcharse. La alegría de mi corazón era demasiado grande para reprimirla. Ardía en deseos de decirles, por lo menos, una palabra como prueba de triunfo y confirmar doblemente mi inocencia.

-Caballeros -dije, por fin, cuando el grupo subía la escalera-, me alegro mucho de haber disipado sus sospechas. Les deseo felicidad y un poco más de cortesía. Dicho sea de paso, caballeros, esta casa está muy bien construida... (En mi frenético deseo de decir alguna cosa con naturalidad, casi no me daba cuenta de mis palabras). Repito que es una casa de excelente construcción. Estas paredes... ¿ya se marchan ustedes, caballeros?... tienen una gran solidez.

Y entonces, arrastrado por mis propias bravatas, golpeé fuertemente con el bastón que llevaba en la mano sobre la pared del enladrillado tras de la cual se hallaba el cadáver de la esposa de mi corazón.

¡Que Dios me proteja y me libre de las garras del archidemonio! Apenas había cesado el eco de mis golpes cuando una voz respondió desde dentro de la tumba. Un quejido, sordo y entrecortado al comienzo, semejante al sollozar de un niño, que luego creció rápidamente hasta convertirse en un largo, agudo y continuo alarido, anormal, como inhumano, un aullido, un clamor de lamentación, mitad de horror, mitad de triunfo, como sólo puede haber brotado en el infierno

de la garganta de los condenados en su agonía y de los demonios exultantes en la condenación.

Hablar de lo que pensé en ese momento sería locura. Presa de vértigo, fui tambaleándome hasta la pared opuesta. Por un instante el grupo de hombres en la escalera quedó paralizado por el terror. Luego, una docena de robustos brazos atacaron la pared, que cayó de una pieza. El cadáver, ya muy corrompido y manchado de sangre coagulada, apareció de pie ante los ojos de los espectadores. Sobre su cabeza, con la roja boca abierta y el único ojo como de fuego, estaba agazapada la horrible bestia cuya astucia me había inducido al asesinato y cuya voz delatadora me entregaba al verdugo. ¡Había emparedado al monstruo en la tumba!



Bram Stoker

El huésped de Drácula

“Cuando iniciamos nuestro paseo, el sol brillaba intensamente sobre Múnich y el aire estaba repleto de la alegría propia de comienzos del verano. En el mismo momento en que íbamos a partir, Herr Delbrück (el maitre d'hôtel del Quatre Saisons, donde me alojaba) bajó hasta el carruaje sin detenerse a ponerse el sombrero y, tras desearme un placentero paseo, le dijo al cochero, sin apartar la mano de la manija de la puerta del coche:

-No olvide estar de regreso antes de la puesta del sol. El cielo parece claro, pero se nota un frescor en el

viento del norte que me dice que puede haber una tormenta en cualquier momento. Pero estoy seguro de que no se retrasará -sonrió-, pues ya sabe qué noche es.

Johann le contestó con un enfático: -Ja, mein Herr. Y, llevándose la mano al sombrero, se dio prisa en partir.

Cuando hubimos salido de la ciudad le dije, tras indicarle que se detuviera: -Dígame, Johann, ¿qué noche es hoy?

Se persignó al tiempo que contestaba lacónicamente: -Walpurgis Nacht.

Y sacó su reloj, un grande y viejo instrumento alemán de plata, tan grande como un nabo, y lo contempló, con las cejas juntas y un pequeño e impaciente encogimiento de hombros. Me di cuenta de que aquella era su forma de protestar respetuosamente contra el innecesario retraso y me volví a recostar en el asiento, haciéndole señas de que prosiguiese. Reanudó una buena marcha, como si quisiera recuperar el tiempo perdido. De vez en cuando, los caballos parecían alzar sus cabezas y olisquear suspicazmente el aire. En tales ocasiones, yo miraba alrededor, alarmado. El camino era totalmente anodino, pues estábamos atravesando una especie de alta meseta barrida por el viento. Mientras viajábamos, vi un camino que parecía muy poco usado y que aparentemente se hundía en un pequeño y serpenteante valle. Parecía tan invitador que, aun arriesgándome a ofenderlo, le dije a Johann que se detuviera y, cuando lo hubo hecho, le expliqué que me gustaría que bajase por allí. Me dio toda clase de excusas, y se persignó con frecuencia mientras hablaba. Esto, de alguna forma, excitó mi curiosidad, así que le hice varias preguntas. Respondió evasivamente, sin dejar de mirar una y otra vez su reloj como protesta. Al final, le dije: -Bueno, Johann, quiero bajar por ese camino. No le diré que venga si no lo desea, pero cuénteme por qué no quiere hacerlo, eso es todo lo que le pido.

Como respuesta, pareció zambullirse desde el pescante por lo rápidamente que llegó al suelo. Entonces extendió sus manos hacia mí en gesto de súplica y me imploró que no fuera. Mezclaba el suficiente inglés con su alemán como para que yo entendiese el hilo de sus palabras. Parecía estar siempre a punto de decirme algo, cuya sola idea era evidente que le aterrorizaba; pero cada vez se echaba atrás y decía mientras se persignaba:

-Walpurgis Nacht!

Traté de argumentar con él pero era difícil discutir con un hombre cuyo idioma no hablaba. Ciertamente, él tenía todas las ventajas, pues aunque comenzaba hablando en inglés, un inglés muy burdo y entrecortado, siempre se excitaba y acababa por revertir a su idioma natal.... y cada vez que lo hacía miraba su reloj. Entonces los caballos se mostraron inquietos y olisquearon el aire. Ante esto, palideció y, mirando a su alrededor de forma asustada, saltó de pronto hacia adelante, los aferró por las bridas y los hizo avanzar unos diez metros. Yo lo seguí y le pregunté por qué había hecho aquello. Como respuesta, se persignó, señaló al punto que había abandonado y apuntó con su látigo hacia el otro camino, indicando una cruz y diciendo, primero en alemán y luego en inglés:

-Enterrados..., estar enterrados los que matarse ellos mismos.

Recordé la vieja costumbre de enterrar a los suicidas en los cruces de los caminos.

-¡Ah! Ya veo, un suicida. ¡Qué interesante!

Pero a fe mía que no podía saber por qué estaban asustados los caballos.

Mientras hablábamos, escuchamos un sonido que era un cruce entre el aullido de un lobo y el ladrido de un perro. Se oía muy lejos, pero los caballos se mostraron muy inquietos, y le llevó bastante tiempo a Johann calmarlos. Estaba muy pálido y dijo: -Suenan como lobo..., pero no hay lobos aquí, ahora.

-¿No? -pregunté inquisitivamente-. ¿Hace ya mucho tiempo desde que los lobos estuvieron tan cerca de la ciudad?

-Mucho, mucho -contestó-. En primavera y verano, pero con la nieve los lobos no mucho lejos.

Mientras acariciaba los caballos y trataba de calmarlos, oscuras nubes comenzaron a pasar rápidas por el cielo. El sol desapareció, y una bocanada de aire frío sopló sobre nosotros. No obstante, tan sólo fue un soplo, y más parecía un aviso que una realidad, pues el sol volvió a salir brillante. Johann miró hacia el horizonte haciendo visera con su mano, y dijo: -La tormenta de nieve viene dentro de mucho poco.

Luego miró de nuevo su reloj, y, manteniendo firmemente las riendas, pues los caballos seguían manoteando inquietos y agitando sus cabezas, subió al pescante como si hubiera llegado el momento de proseguir nuestro viaje.

Me sentía un tanto obstinado y no subí inmediatamente al carruaje.

-Hábleme del lugar al que lleva este camino -le dije, y señalé hacia abajo.

Se persignó de nuevo y murmuró una plegaria antes de responderme: -Es maldito.

-¿Qué es lo que es maldito? -inquirí.

-El pueblo.

-Entonces, ¿hay un pueblo?

-No, no. Nadie vive allá desde cientos de años.

Me devoraba la curiosidad: -Pero dijo que había un pueblo.

-Había.

-¿Y qué pasa ahora?

Como respuesta, se lanzó a desgranar una larga historia en alemán y en inglés, tan mezclados que casi no podía comprender lo que decía, pero a grandes rasgos logré entender que hacía muchos cientos de años habían muerto allí personas que habían sido enterradas; y se habían oído ruidos bajo la tierra, y cuando se abrieron las fosas se hallaron a los hombres y mujeres con el aspecto de vivos y las bocas rojas de sangre. Y por eso, buscando salvar sus vidas (¡ay, y sus almas!... y aquí se persignó de nuevo), los que quedaron huyeron a otros lugares donde los vivos vivían y los muertos estaban muertos y no.... no otra cosa. Evidentemente tenía miedo de pronunciar las últimas palabras. Mientras avanzaba en su narración, se iba excitando más y más, parecía como si su imaginación se hubiera desbocado, y terminó en un verdadero paroxismo de terror: blanco el rostro, sudoroso, tembloroso y mirando a su alrededor, como si esperase que alguna horrible presencia se fuera a manifestar allí mismo, en la llanura abierta, bajo la luz del sol. Finalmente, en una agonía de desesperación, gritó: «Walpurgis Nacht!», e hizo una seña hacia el vehículo, indicándome que subiera. Mi sangre inglesa hirvió ante esto y, echándome hacia atrás, dije: -Tiene usted miedo, Johann... tiene usted miedo. Regrese, yo volveré solo; un paseo a pie me sentará bien. -La puerta del carruaje estaba abierta. Tomé del asiento el bastón de roble que siempre llevo en mis excursiones y cerré la puerta. Señalé el camino de regreso a Múnich y repetí:- Regrese, Johann... La noche de Walpurgis no tiene nada que ver con los ingleses.

Los caballos estaban ahora más inquietos que nunca y Johann intentaba retenerlos mientras me imploraba excitadamente que no cometiera tal locura. Me daba pena el pobre hombre, parecía sincero; no obstante, no pude evitar el echarme a reír. Ya había perdido todo rastro de inglés en sus palabras. En su ansiedad, había olvidado que la única forma que tenía de hacerme comprender era hablar en mi idioma, así que chapurreó su alemán nativo. Comenzaba a ser algo tedioso. Tras señalar la dirección, exclamé: «¡Regrese!», y me di la vuelta para bajar por el camino lateral, hacia el valle.

Con un gesto de desesperación, Johann volvió sus caballos hacia Múnich. Me apoyé sobre mi bastón y lo contemplé alejarse. Marchó lentamente por un momento; luego, sobre la cima de una colina, apareció un hombre alto y delgado. No podía verlo muy bien a aquella distancia. Cuando se acercó a los caballos, éstos comenzaron a encabritarse y a patear, luego relincharon aterrorizados y echaron a correr locamente. Los contemplé perderse de vista y luego busqué al extraño pero me di cuenta de que también él había desaparecido.

Me volví con ánimo tranquilo hacia el camino lateral que bajaba hacia el profundo valle que tanto había preocupado a Johann. Por lo que podía ver, no había ni la más mínima razón para esta preocupación; y diría que caminé durante un par de horas sin pensar en el tiempo ni en la distancia, y ciertamente sin ver ni persona ni casa alguna. En lo que a aquel lugar se refería, era una verdadera desolación. Pero no me di cuenta de esta particularidad hasta que, al dar la vuelta a un recodo del camino, llegué hasta el disperso lindero de un bosque. Entonces me di cuenta de que, inconscientemente, había quedado impresionado por la desolación de los lugares por los que acababa de pasar.

Me senté para descansar y comencé a mirar a mi alrededor. Me fijé en que el aire era mucho más frío que cuando había iniciado mi camino: parecía rodearme un sonido susurrante, en el que se oía de vez en cuando, muy en lo alto, algo así como un rugido apagado. Miré hacia arriba y pude ver que grandes y densas nubes corrían rápidas por el cielo, de norte a sur, a una gran altura. Eran los signos de una tormenta que se aproximaba por algún lejano estrato de aire. Noté un poco de frío y, pensando que era por haberme sentado tras la caminata, reinicié mi paseo.

El terreno que cruzaba ahora era mucho más pintoresco. No había ningún punto especial digno de mención, pero en todo él se notaba cierto encanto y belleza. No pensé más en el tiempo, y fue sólo cuando empezó a hacerse notar el oscurecimiento del sol que comencé a preocuparme acerca de cómo hallar el camino de vuelta. Había desaparecido la brillantez del día. El aire era frío, y el vuelo de las nubes allá en lo alto mucho más evidente. Iban acompañadas por una especie de sonido ululante y lejano, por entre el que parecía escucharse a intervalos el misterioso grito que el cochero había dicho que era de un lobo. Dudé un momento, pero me había prometido ver el pueblo abandonado, así que proseguí, y de pronto llegué a una amplia extensión de terreno llano, cerrado por las colinas que lo rodeaban. Las laderas de éstas estaban cubiertas de árboles que descendían hasta la llanura, formando grupos en las suaves pendientes y depresiones visibles aquí y allá. Seguí con la vista el serpentear del camino y vi que trazaba una curva cerca de uno de los más densos grupos de árboles y luego se perdía tras él.

Mientras miraba noté un hálito helado en el aire, y comenzó a nevar. Pensé en los kilómetros y kilómetros de terreno desguarnecido por los que había pasado, y me apresuré a buscar cobijo en el bosque de enfrente. El cielo se fue volviendo cada vez más oscuro, y a mi alrededor se veía una brillante alfombra blanca cuyos extremos más lejanos se perdían en una nebulosa vaguedad. Aún se podía ver el camino, pero mal, y cuando corría por el llano no quedaban tan marcados sus límites como cuando seguía las hondonadas; y al poco me di cuenta de que debía haberme apartado del mismo, pues dejé de notar bajo mis pies la dura superficie y me hundí

en tierra blanda. Entonces el viento se hizo más fuerte y sopló con creciente fuerza, hasta que casi me arrastró. El aire se volvió totalmente helado, y comencé a sufrir los efectos del frío a pesar del ejercicio. La nieve caía ahora tan densa y giraba a mi alrededor en tales remolinos que apenas podía mantener abiertos los ojos. De vez en cuando, el cielo era desgarrado por un centelleante relámpago, y a su luz sólo podía ver frente a mí una gran masa de árboles, principalmente cipreses y tejos completamente cubiertos de nieve.

Pronto me hallé al amparo de los mismos, y allí, en un relativo silencio, pude oír el soplar del viento, en lo alto. En aquel momento, la oscuridad de la tormenta se había fundido con la de la noche. Pero su furia parecía estar abatiéndose: tan solo regresaba en tremendos resoplidos o estallidos. En aquellos momentos el escalofriante aullido del lobo pareció despertar el eco de muchos sonidos similares a mi alrededor.

En ocasiones, a través de la oscura masa de las nubes, se veía un perdido rayo de luna que iluminaba el terreno y que me dejaba ver que estaba al borde de una densa masa de cipreses y tejos. Como había dejado de nevar, salí de mi refugio y comencé a investigar más a fondo los alrededores. Me parecía que entre tantos viejos cimientos como había pasado en mi camino, quizá hallase una casa aún en pie que, aunque estuviese en ruinas, me diese algo de cobijo. Mientras rodeaba el perímetro del bosquecillo, me di cuenta de que una pared baja lo cercaba y, siguiéndola, hallé una abertura. Allí los cipreses formaban un camino que llevaba hasta la cuadrada masa de algún tipo de edificio. No obstante, en el mismo momento en que la divisé, las errantes nubes oscurecieron la luna y atravesé el sendero en tinieblas. El viento debió de hacerse más frío, pues noté que me estremecía mientras caminaba; pero tenía esperanzas de hallar un refugio, así que proseguí mi camino a ciegas.

Me detuve, pues se produjo un repentino silencio. La tormenta había pasado y, quizá en simpatía con el silencio de la naturaleza, mi corazón pareció dejar de latir. Pero eso fue tan sólo momentáneo, pues repentinamente la luz de la luna se abrió paso por entre las nubes, mostrándome que me hallaba en un cementerio, y que el objeto cuadrado situado frente a mí era una enorme tumba de mármol, tan blanca como la nieve que lo cubría todo. Con la luz de la luna llegó un tremendo suspiro de la tormenta, que pareció reanudar su carrera con un largo y grave aullido, como el de muchos perros o lobos. Me sentía anonadado, y noté que el frío me calaba hondo hasta parecer aferrarme el corazón. Entonces mientras la oleada de luz lunar seguía cayendo sobre la tumba de mármol, la tormenta dio muestras de reiniciarse, como si quisiera volver atrás. Impulsado por alguna especie de fascinación, me aproximé a la sepultura para ver de quién era y por qué una construcción así se alzaba solitaria en semejante lugar. La rodeé y leí, sobre la puerta dórica, en alemán:

CONDESA DOLINGEN DE GRATZ
EN ESTIRIA
BUSCÓ Y HALLÓ LA MUERTE
EN 1801

En la parte alta del túmulo, y atravesando aparentemente el mármol, pues la estructura estaba formada por unos pocos bloques macizos, se veía una gran vigueta o estaca de hierro.

Me dirigí hacia la parte de atrás y leí, esculpida con grandes letras cirílicas: Los muertos viajan de prisa

Había algo tan extraño y fuera de lo usual en todo aquello que me hizo sentir mal y casi desfallecí. Por primera vez empecé a desear haber seguido el consejo de Johann. Y en aquel momento me invadió un pensamiento que, en medio de aquellas misteriosas circunstancias, me produjo un terrible estremecimiento: ¡era la noche de Walpurgis!

La noche de Walpurgis en la que, según las creencias de millones de personas, el diablo andaba suelto; en la que se abrían las tumbas y los muertos salían a pasear; en la que todas las cosas maléficas de la tierra, el mar y el aire celebraban su reunión. Y estaba en el preciso lugar que el cochero había rehuido. Aquél era el pueblo abandonado hacía siglos. Allí era donde se encontraba la suicida; ¡y en ese lugar me encontraba yo ahora solo..., sin ayuda, temblando de frío en medio de una nevada y con una fuerte tormenta formándose a mi alrededor! Fue necesaria toda mi filosofía, toda la religión que me habían enseñado, todo mi coraje, para no derrumbarme en un paroxismo de terror.

Y entonces un verdadero tornado estalló a mi alrededor. El suelo se estremeció como si millares de caballos galopasen sobre él, y esta vez la tormenta llevaba en sus gélidas alas no nieve, sino un enorme granizo que cayó con tal violencia que parecía haber sido lanzado por los míticos honderos baleáricos... Piedras de granizo que aplastaban hojas y ramas y que negaban la protección de los cipreses, como si en lugar de árboles hubieran sido espigas de cereal. Al primer momento corrí hasta el árbol más cercano, pero pronto me vi obligado a abandonarlo y buscar el único punto que parecía ofrecer refugio: la profunda puerta dórica de la tumba de mármol. Allí, acurrucado contra la enorme puerta de bronce, conseguí una cierta protección contra la caída del granizo, pues ahora sólo me golpeaba al rebotar contra el suelo y los costados de mármol.

Al apoyarme contra la puerta, ésta se movió ligeramente y se abrió un poco hacia adentro. Incluso el refugio de una tumba era bienvenido en medio de aquella

despiadada tempestad, y estaba a punto de entrar en ella cuando se produjo el destello de un relámpago que iluminó toda la extensión del cielo. En aquel instante, lo juro por mi vida, vi, pues mis ojos estaban vueltos hacia la oscuridad del interior, a una bella mujer, de mejillas sonrosadas y rojos labios, aparentemente dormida sobre un féretro. Mientras el trueno estallaba en lo alto fui atrapado como por la mano de un gigante y lanzado hacia la tormenta. Todo aquello fue tan repentino que antes de que me llegara el impacto, tanto moral como físico, me encontré bajo la lluvia de piedras. Al mismo tiempo tuve la extraña y absorbente sensación de que no estaba solo. Miré hacia el túmulo. Y en aquel mismo momento se produjo otro cegador relámpago, que pareció golpear la estaca de hierro que dominaba el monumento y llegar por ella hasta el suelo, resquebrajando, desmenuzando el mármol como en un estallido de llamas. La mujer muerta se alzó en un momento de agonía, lamida por las llamas, y su amargo alarido de dolor fue ahogado por el trueno. La última cosa que oí fue esa horrible mezcla de sonidos, pues de nuevo fui aferrado por la gigantesca mano y arrastrado, mientras el granizo me golpeaba y el aire parecía reverberar con el aullido de los lobos. La última cosa que recuerdo fue una vaga y blanca masa movediza, como si las tumbas de mi alrededor hubieran dejado salir los amortajados fantasmas de sus muertos, y éstos me estuvieran rodeando en medio de la oscuridad de la tormenta de granizo.

Gradualmente, volvió a mí una especie de confuso inicio de consciencia; luego una sensación de cansancio aniquilador. Durante un momento no recordé nada; pero poco a poco volvieron mis sentidos. Los pies me dolían espantosamente y no podía moverlos. Parecían estar dormidos. Notaba una sensación gélida en mi nuca y a todo lo largo de mi espina dorsal, y mis orejas, como mis pies, estaban muertas y, sin embargo, me atormentaban; pero sobre mi pecho notaba una sensación de calor que, en comparación, resultaba deliciosa. Era como una pesadilla..., una pesadilla física, si es que uno puede usar tal expresión, pues un enorme peso sobre mi pecho me impedía respirar normalmente.

Ese período de semiletargo pareció durar largo rato, y mientras transcurría debí de dormir o delirar. Luego sentí una sensación de repugnancia, como en los primeros momentos de un mareo, y un imperioso deseo de librarme de algo, aunque no sabía de qué. Me rodeaba un descomunal silencio, como si todo el mundo estuviese dormido o muerto, roto tan sólo por el suave jadeo de algún animal cercano. Noté un cálido lametón en mi cuello, y entonces me llegó la consciencia de la terrible verdad, que me heló hasta los huesos e hizo que se congelara la sangre en mis venas. Había algún animal recostado sobre mí y ahora lamía mi garganta. No me atreví a agitarme, pues algún instinto de prudencia me obligaba a seguir inmóvil, pero la bestia pareció darse cuenta de que se había producido algún cambio en mí, pues levantó la cabeza. Por entre mis pestañas vi sobre mí los dos grandes ojos

llameantes de un gigantesco lobo. Sus aguzados caninos brillaban en la abierta boca roja, y pude notar su acre respiración sobre mi boca.

Durante otro período de tiempo lo olvidé todo. Luego escuché un gruñido, seguido por un aullido, y luego por otro y otro. Después, aparentemente muy a lo lejos, escuché un «¡hey, hey!» como de muchas voces gritando al unísono. Alcé cautamente la cabeza y miré en la dirección de la que llegaba el sonido, pero el cementerio bloqueaba mi visión. El lobo seguía aullando de una extraña manera, y un resplandor rojizo comenzó a moverse por entre los cipreses, como siguiendo el sonido. Cuando las voces se acercaron, el lobo aulló más fuerte y más rápidamente. Yo temía hacer cualquier sonido o movimiento. El brillo rojo se acercó más, por encima de la alfombra blanca que se extendía en la oscuridad que me rodeaba. Y de pronto, de detrás de los árboles, surgió al trote una patrulla de jinetes llevando antorchas. El lobo se apartó de encima de mí y escapó por el cementerio. Vi cómo uno de los jinetes (soldados, según parecía por sus gorras y sus largas capas militares) alzaba su carabina y apuntaba. Un compañero golpeó su brazo hacia arriba, y escuché cómo la bala zumbaba sobre mi cabeza. Evidentemente me había tomado por el lobo. Otro divisó al animal mientras se alejaba, y se oyó un disparo. Luego, al galope, la patrulla avanzó, algunos hacia mí y otros siguiendo al lobo mientras éste desaparecía por entre los nevados cipreses.

Mientras se aproximaban, traté de moverme; no lo logré, aunque podía ver y oír todo lo que sucedía a mi alrededor. Dos o tres de los soldados saltaron de sus monturas y se arrodillaron a mi lado. Uno de ellos alzó mi cabeza y colocó su mano sobre mi corazón.

-¡Buenas noticias, camaradas! -gritó-. ¡Su corazón todavía late!

Entonces vertieron algo de brandy entre mis labios; me dio vigor, y fui capaz de abrir del todo los ojos y mirar a mi alrededor. Por entre los árboles se movían luces y sombras, y oí cómo los hombres se llamaban los unos a los otros. Se agruparon, lanzando asustadas exclamaciones, y las luces centellearon cuando los otros entraron amontonados en el cementerio, como posesos. Cuando los primeros llegaron hasta nosotros, los que me rodeaban preguntaron ansiosos: -¿Lo hallaron?

La respuesta fue apresurada: -¡No! ¡No! ¡Vámonos.... pronto! ¡Este no es un lugar para quedarse, y menos en esta noche!

-¿Qué era? -preguntaron en varios tonos de voz.

La respuesta llegó variada e indefinida, como si todos los hombres sintiesen un impulso común por hablar y, sin embargo, se vieran refrenados por algún miedo compartido que les impidiese airear sus pensamientos.

-¡Era... era... una cosa! -tartamudeó uno, cuyo ánimo, obviamente, se había derrumbado.

-¡Era un lobo..., sin embargo, no era un lobo! -dijo otro estremeciéndose.

-No vale la pena intentar matarlo sin tener una bala bendecida -indicó un tercero con voz más tranquila.

-¡Nos está bien merecido por salir en esta noche! ¡Desde luego que nos hemos ganado los mil marcos! -espetó un cuarto.

-Había sangre en el mármol derrumbado -dijo otro tras una pausa-. Y desde luego no la puso ahí el rayo. En cuanto a él... ¿está a salvo? ¡Miren su garganta. Vean, camaradas: el lobo estaba echado encima de él, dándole calor.

El oficial miró mi garganta y replicó: -Está bien; la piel no ha sido perforada. ¿Qué significará todo esto? Nunca lo habríamos hallado de no haber sido por los aullidos del lobo.

-¿Qué es lo que ocurrió con ese lobo? -preguntó el hombre que sujetaba mi cabeza, que parecía ser el menos aterrorizado del grupo, pues sus manos estaban firmes, sin temblar. En su bocamanga se veían los galones de suboficial.

-Volvió a su cubil -contestó el hombre cuyo largo rostro estaba pálido y que temblaba visiblemente aterrorizado mientras miraba a su alrededor-. Aquí hay bastantes tumbas en las que puede haberse escondido. ¡Vámonos, camaradas, vámonos rápido! Abandonemos este lugar maldito.

El oficial me alzó hasta sentarme y lanzó una voz de mando; luego, entre varios hombres me colocaron sobre un caballo. Saltó a la silla tras de mí, me sujetó con los brazos y dio la orden de avanzar; dando la espalda a los cipreses, cabalgamos rápidamente en formación.

Mi lengua seguía rehusando cumplir con su función y me vi obligado a guardar silencio. Debí de quedarme dormido, pues lo siguiente que recuerdo es estar de pie, sostenido por un soldado a cada lado. Ya casi era de día, y hacia el norte se reflejaba una rojiza franja de luz solar, como un sendero de sangre, sobre la nieve. El oficial estaba ordenando a sus hombres que no contaran nada de lo que habían

visto, excepto que habían hallado a un extranjero, un inglés, protegido por un gran perro.

-¡Un gran perro! Eso no era ningún perro -interrumpió el hombre que había mostrado tanto miedo-. Sé reconocer un lobo cuando lo veo.

El joven oficial le respondió con calma: -Dije un perro.

-¡Perro! -reiteró irónicamente el otro. Resultaba evidente que su valor estaba ascendiendo con el sol y, señalándome, dijo-: Mírele la garganta. ¿Es eso obra de un perro, señor?

Instintivamente alcé una mano al cuello y, al tocármelo, grité de dolor. Los hombres se arremolinaron para mirar, algunos bajando de sus sillas, y de nuevo se oyó la calmada voz del joven oficial: -Un perro, he dicho. Si contamos alguna otra cosa, se reirán de nosotros.

Entonces monté tras uno de los soldados y entramos en los suburbios de Múnich. Allí encontramos un carruaje al que me subieron y que me llevó al Quatre Saisons; el oficial me acompañó en el vehículo, mientras un soldado nos seguía llevando su caballo y los demás regresaban al cuartel.

Cuando llegamos, Herr Delbrück bajó tan rápidamente las escaleras para salir a mi encuentro que se hizo evidente que había estado mirando desde dentro. Me sujetó con ambas manos y me llevó solícito al interior. El oficial hizo un saludo y se dio la vuelta para alejarse, pero al darme cuenta insistí en que me acompañara a mis habitaciones. Mientras tomábamos un vaso de vino, le di las gracias efusivamente, a él y a sus camaradas, por haberme salvado. Él se limitó a responder que se sentía muy satisfecho, y que Herr Delbrück ya había dado los pasos necesarios para gratificar al grupo de rescate; ante esta ambigua explicación el maître d'hôtel sonrió, mientras el oficial se excusaba, alegando tener que cumplir con sus obligaciones, y se retiraba.

-Pero Herr Delbrück -interrogué-, ¿cómo y por qué me buscaron los soldados?

Se encogió de hombros, como no dándole importancia a lo que había hecho, y replicó:

-Tuve la buena suerte de que el comandante del regimiento en el que serví me autorizara a pedir voluntarios.

-Pero ¿cómo supo que estaba perdido? -le pregunté.

-El cochero regresó con los restos de su carruaje, que resultó destrozado cuando los caballos se desbocaron.

-¿Y por eso envió a un grupo de soldados en mi busca?

-¡Oh, no! -me respondió-. Pero, antes de que llegase el cochero, recibí este telegrama del boyardo de que es usted huésped -y sacó del bolsillo un telegrama, que me entregó y leí:

BISTRITZ

«Tenga cuidado con mi huésped: su seguridad me es preciosa. Si algo le ocurriera, o lo echasen a faltar, no ahorre medios para hallarle y garantizar su seguridad. Es inglés, y por consiguiente aventurero. A menudo hay peligro con la nieve y los lobos y la noche. No pierda un momento si teme que le haya ocurrido algo. Respaldaré su celo con mi fortuna. - Drácula.

Mientras sostenía el telegrama en mi mano, la habitación pareció girar a mi alrededor y, si el atento maître d'hôtel no me hubiera sostenido, creo que me hubiera desplomado. Había algo tan extraño en todo aquello, algo tan fuera de lo corriente e imposible de imaginar, que me pareció ser, en alguna manera, el juguete de enormes fuerzas..., y esta sola idea me paralizó. Ciertamente me hallaba bajo alguna clase de misteriosa protección; desde un lejano país había llegado, justo a tiempo, un mensaje que me había arrancado del peligro de la congelación y de las mandíbulas del lobo.”

El cartero del rey

Rabindranath Tagore

Personajes

Madav.

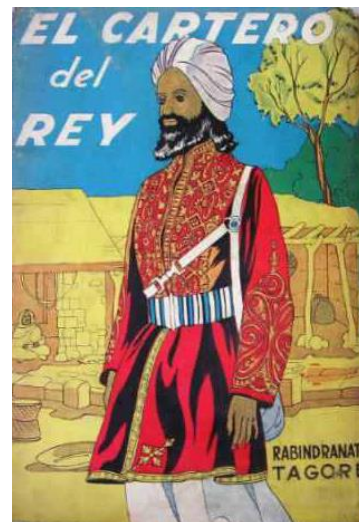
Amal: hijo adoptivo de Madav.

Sada: niña que vende flores.

El médico.

El lechero.

El guarda.



El viejo.

El jefe de la aldea: un fanfarrón.

El heraldo del rey.

El médico real.

Chiquillos de la aldea.

(En casa de Madav).

Acto primero
Escena primera

(Madav y el médico)

Madav.- ...¡Yo no sé qué es esto!

Antes de venir él, todo me era lo mismo, ¡y me sentía tan libre! Pero ahora que ha venido, Dios sabe de dónde, su cariño me llena el corazón. Y estoy seguro de que mi casa no será ya casa si él se va... (Al médico). ¿Tú crees?...

El médico.- Si su destino es que viva, vivirá años y años; pero, por lo que los libros dicen, me parece...

Madav.- ¡Ay, cielo santo, qué...!

El médico.- Bien claro lo dicen:

“Humor bilioso o parálisis ajitante *, resfriado o gota, todo empieza lo mismo...”

Madav.- ¡Déjame en paz con los libros, hombre! Con tanta y tanta cosa, no consigues sino preocuparme más. Lo que quiero que me digas es lo que se puede hacer...

El médico (tomando rapé).- Pues sí; el enfermo necesita el más escrupuloso cuidado...

Madav.- Eso ya lo sé yo... Pero dime qué hago...

El médico.- Ya te lo tengo dicho:

que de ninguna manera se le deje salir de casa.

Madav.- ¡Pobre criatura! Tenerlo encerrado todo el día... Eso es demasiado...

El médico.- Pues no hay otro remedio. Este sol de otoño y esta humedad pueden hacerle mucho daño, porque, como dicen los libros: “En ahogados, en desmayos, en temblor nervioso, en ictericia y en ojo de plomo...”

Madav.- ¡Hombre, por Dios, déjame ya de libros!... Entonces, no queda otro remedio que encerrar al pobrecillo, ¿eh? ¿No se puede hacer otra cosa?

El médico.- No, no; “viento y sol”...

Madav.- Pero ¡qué me importa a mí ahora que si esto o que si lo otro!... Vamos a dejarnos de tonterías. Al grano. Lo que tú dices es muy duro para la pobre criaturita...; y como además él lo lleva todo con esa paciencia, y hace cuanto se le dice... ¡Me parte el corazón ver su cara cuando está tomando esa medicina que le has mandado!...

El médico.- Pues cuantos más visajes haga, mejor. Ya lo dice el sabio Chiavana: “Medicina y buenos consejos; lo que menos gusta es lo que mejor sienta...” Sí, sí... Y me voy corriendo, que tengo mucho que hacer... (Sale).

Escena segunda

(Madav y el viejo)

Madav.- (Al viejo, que entra).

...¡Bueno! Pero, ¿ahí estás tú, viejo maldito?

El viejo.- ¡No tengas cuidado, hombre, que no te voy a morder!

Madav.- Sí; pero es que eres el diablo; siempre les estás llenando de viento a cabeza a las criaturas...

El viejo.- Tú no eres ningún niño, ni tienes niños en tu casa... ¿Qué más te da?

Madav.- Es que ahora tengo un niño...

El viejo.- ¡Un niño!... ¿De verdad?

¿Pues qué ha pasado?

Madav.- Tú recordarás que mi mujer estaba siempre con el capricho de que recojiéramos un niño...

El viejo.- Pero eso ya es muy antiguo; y además, que a ti no te hacía chispa de gracia...

Madav.- Tienes razón. ¡Tú no sabes lo que me ha costado juntar este dinerillo! Y que el hijo de otro se me entrara por las puertas a tirarme lo que yo, con tanto sudor, había ido ahorrando... ¡No podía con eso!... ¡Pero este chiquillo se me ha metido en el corazón de una manera tan rara...!

El viejo.- ¡Buena la hemos hecho! Y ahora se te irá todo en darle gusto al niño... ¡Y tan contentos de que se vaya!

Madav.- El dinero, antes era como un vicio para mí. Trabajaba por avaricia. Ahora, como sé que es para este niño, que quiero tanto, ¡lo gano con una alegría...!

El viejo.- Bueno, bueno; y ¿dónde encontraste ese niño?

Madav.- Es hijo de un hombre que era hermano de leche de mi mujer. Su madre murió poco después de nacer él, y no hace mucho se quedó también sin padre...

El viejo.- ¡Pobrecillo! Así le hago yo más falta...

Madav.- El médico dice que no hay parte sana en su cuerpecito, y que no tiene esperanza de que viva.

Dice que lo único que hay que hacer es guardarlo de este viento del otoño y de este sol... ¡Pero tú eres el demonio!... ¡Cuidado con tu manía de irte por ahí, a tus años, con los chiquillos!

El viejo.- ¡Bendito Dios! ¿Conque tan malo como el viento y el sol del otoño, eh? ¡Pues también sé hacer que se estén los niños quietecitos en casa, amigo!... Esta tarde, cuando acabe el trabajo, me vendré por aquí a jugar con tu niño...

(Sale).

Escena tercera

(Madav y Amal)

Amal (entrando).- Tío; oye, tío...

Madav.- Amal, hijo, ¿eres tú?

Amal.- ¿No me dejas salir un poquito del patio?

Madav.- No, rey de mi corazón, no salgas...

Amal.- ¡Anda, un poquito nada más!... Voy con tita, a verla majar las lentejas. ¡Mira la ardilla, allí sentada con su rabo tieso; mira cómo coje con sus manitas las semillas y se las come!... ¿Voy de una carrera?

Madav.- No, vida mía, no...

Amal.- ¡Ojalá fuera yo una ardilla!

¡Iba a jugar más!... Tío, ¿por qué no me dejas ir donde yo quiera?

Madav.- Porque el médico dice que no es bueno para ti, hijo.

Amal.- ¿Y cómo lo sabe él, di?

Madav.- ¡Qué ocurrencias tienes!

¿Cómo no ha de saberlo, con esos libros tan gordos que lee?

Amal.- ¿Y en los libros lo pone todo?

Madav.- Claro, ¿no sabes que sí?

Amal (suspirando).- Yo qué sé...

Como yo no leo libros...

Madav.- Pues para que lo sepas; los hombres sabios, que lo saben todo, son como tú; nunca salen de casa...

Amal.- ¿De veras? ¿Nunca?

Madav.- Nunca. ¿Cómo quieres que salgan? Desde que se levantan hasta que se acuestan, están dale que le das a los libros, y no les queda tiempo, ni tienen ojos para otra cosa. Cuando tú seas mayor, serás sabio. Siempre estarás metido en casa, leyendo librotos. Y la gente que pase se quedará mirándote, y dirá: "¡Lo que sabe! ¡Es una maravilla!"

Amal.- ¡No, tío, no; por tus queridos pies; no, yo no quiero ser sabio; no quiero, no quiero!...

Madav.- Pues mira, mira, mi suerte hubiera sido ser sabio...

Amal.- A mí me gustaría más ir a muchos sitios y ver todo lo que hay que ver.

Madav.- ¡Tontón, ver! ¿Y qué quieres ver? ¡Vamos! ¿Qué es eso que tiene tanto que ver?

Amal.- Mira esa montaña que se divisa desde la ventana... ¡Algunas veces me dan unas ganas de irme corriendo por encima de ella!

Madav.- ¡Eres tonto! ¿Tú crees que no hay más que ir y subirse a la punta de la montaña? ¿Y luego qué, vamos a ver?... ¡Tú estás loco, hijo! ¿No comprendes tú

que si esa montaña está ahí de pie, como está, está para algo? Si pudiéramos ir más allá, ¿para qué amontonar tanto pedrote? ¿A qué habrían hecho una cosa tan grande? Vamos hombre...

Amal.- ¿Tú crees, tío, que la han hecho para que nadie pase? Pues a mí me parece que es que como la tierra no puede hablar, levanta las manos hasta el cielo y nos llama; y los que viven lejos y están sentados, solos siempre, en su ventana, la ven llamar... Pero será que los que son sabios...

Madav.- ¡Te figurarás tú que los sabios no tienen que pensar más que en esas tonterías! ¡Tendrían que estar tan locos como tú!...

Amal.- Pues oye, ayer conocí a uno que está entonces tan loco como yo...

Madav.- ¡Dios santo! ¿De veras?

¿Quién?

Amal.- ...Llevaba un palo de bambú al hombro, con un lío en la punta, y llevaba un perol en las mano, y tenía puestas unas botas más viejas...

Iba, camino de los montes, por aquel prado que está allí... Y yo le grité: “¿Dónde vas?” Él contestó: “Qué sé yo, no sé, a cualquier parte...” Y yo le pregunté otra vez: “¿Por qué te vas?” Y me dijo:

“Voy a buscar trabajo...” Tío, di, ¿tú no tienes que buscar trabajo?

Madav.- ¡Claro que sí! Hay mucha jente que busca trabajo por ahí...

Amal.- ¡Qué gusto! Pues yo me voy a ir también por ahí a buscar cosas que hacer...

Madav.- Pon que no encuentres nada.

¿Entonces?

Amal.- ¡Eso sí que sería divertido!

Pues entonces iría más lejos todavía... Tío, yo estuve mirando mucho tiempo a aquel hombre que se iba, despacio, despacio, con sus botas viejas... Cuando llegó a ese sitio por donde el arroyo pasa debajo de la higuera, se puso a lavarse los pies... Luego, sacó de su lío una poca de harina de grama, le echaba un chorrito de agua, y se la comía... Luego, ató su lío y se lo cargó otra vez al hombro; se recojió el faldón hasta la rodilla, y pasó el arroyo... Ya le he dicho yo a tita que me tiene que dejar ir al arroyo a comerme mi harina de grama, como él...

Madav.- ¿Y qué te ha dicho tita?

Amal.- Me dijo: “Ponte bueno, y entonces te llevaré al arroyo...” Di tú, ¿cuándo voy a ponerme bueno?

Madav.- Ya pronto, vida mía.

Amal.- ¡Qué bien! Entonces, en cuanto esté bueno otra vez, me iré, ¿verdad?

Madav.- Y ¿adónde quieres ir, di?

Amal.- No sé. Me iré andando, andando... Pasaré muchos arroyos, metiéndome en el agua. Toda la jente estará dormida, con las puertas cerradas, porque hará ya mucho calor... Y yo seguiré andando, andando; y buscaré trabajo lejos, muy lejos, más lejos cada vez...

Madav.- Bueno; pero creo que primero debes procurar ponerte bien, y después...

Amal.- Entonces, ¿ya no vas tú a querer que yo sea sabio, verdad, tío?

Madav.- ¿Y qué te gustaría ser a ti, vamos a ver?

Amal.- Ahora no lo tengo pensado; pero ya te lo diré yo luego.

Madav.- Y mira: no quiero que llames a ningún desconocido ni que te pongas a hablar con todo el que pasa, ¿sabes?

Amal.- ¡Si a mí me gusta tanto hablar con ellos!

Madav.- ¿Y si te robaran?

Amal.- ¡Eso sí que me gustaría!

Pero no; nadie me lleva nunca; todos quieren que me quede siempre aquí...

Madav.- Tengo que irme a trabajar, hijo. ¿Verdad que tú no saldrás?

Amal.- No, tío, no saldré pero déjame estar en este cuarto que da al camino... (Sale Madav).

Escena cuarta

(Amal y el lechero)

El lechero (fuera).- ...¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!

Amal.- ¡El de los quesitos, oye, el de los quesitos!

El lechero (entrando).- ¿Me has llamado, niño? ¿Quieres comprarme quesitos?

Amal.- ¿Cómo quieres que te los compre, si no tengo dinero?

El lechero.- Entonces, niño, ¿para qué me llamas? ¡Uf! ¡Vaya una manera de perder el tiempo, hombre!

Amal.- Si yo pudiera, me iría contigo...

El lechero.- ¡Conmigo!... ¿Qué estás diciendo?

Amal.- Sí; ¡me entra una tristeza cuando te oigo pregonar allá lejos, por el camino!...

El lechero (dejando en el suelo su balancín).- Y tú, ¿qué es lo que haces aquí, hijo?

Amal.- El médico me ha mandado que no salga, y aquí donde tú me ves estoy sentado todo el día...

El lechero.- ¡Pobre! ¿Qué tienes?

Amal.- No sé; como no soy sabio, no sé qué tengo. Pero di tú, lechero; tú, ¿de dónde eres?

El lechero.- De mi pueblo...

Amal.- ¿De tu pueblo? ¿Y está muy lejos de aquí tu pueblo?

El lechero.- Mi pueblo está junto al río Shamli, al pie de los montes de Panchmura.

Amal.- ¿Los montes de Panchmura has dicho? ¿El río Shamli? Sí, sí; yo creo que he visto una vez tu pueblo; pero no sé cuándo ha sido...

El lechero.- ¿Que has visto tú mi pueblo? ¿Tú has ido hasta los montes de Panchmura?

Amal.- No, yo no he ido; pero me parece que me acuerdo de haber visto tu pueblo... Tu pueblo está debajo de unos árboles muy grandes, muy viejos que hay allí, ¿no?; junto a un camino colorado, ¿no?

El lechero.- Sí, sí, allí está...

Amal.- Y en la ladera está el ganado comiendo...

El lechero.- ¡Qué maravilloso! El ganado comiendo... Pues es verdad...

Amal.- Y las mujeres, con sus saris granas, van y llenan los cántaros en el río, y luego vuelven con ellos en la cabeza...

El lechero.- Así mismo. Las mujeres de mi pueblo lechero todas van por agua al río; pero no creas tú que tienen todas un sari grana que ponerse... Pues sí, no cabe duda; tú has estado alguna vez de paseo en el pueblo de los lecheros...

Amal.- Te digo, lechero, que no he estado nunca allí. Pero el primer día que me deje el médico salir, ¿vas tú a llevarme a tu pueblo?

El lechero.- Sí; me gustaría mucho que vinieras conmigo.

Amal.- ¿Y me vas a enseñar a pregonar quesitos, y a ponerme el balancín en los hombros, como tú, y a andar por ese camino tan largo, tan largo...?

El lechero.- Calla, calla... ¡Pues estaría bueno! ¿Y para qué ibas tú a vender quesitos? No, hombre; tú leerás unos libros muy grandes, y serás sabio...

Amal.- ¡No, no; yo no quiero ser sabio nunca! Yo quiero ser como tú... Vendré con mis quesitos de un pueblo que está en un camino colorado, junto a un viejo baniano, y los iré vendiendo de choza en choza...

Qué bien pregonas tú: “¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!” ¿Me quieres enseñar a echar tu pregón?

El lechero.- ¿Para qué quieres tú saber mi pregón? ¡Qué cosas tienes!

Amal.- ¡Sí, enséñame! Me gusta tanto oírte... Yo no te puedo explicar lo que me pasa cuando te oigo en la vuelta de ese camino, entre esa hilerita de árboles...

¿Sabes? Lo mismo que siento cuando oigo los gritos de los milanos, tan altos, allá en el fin del Cielo...

El lechero.- Bueno, bueno; anda, ten unos quesitos; ten, cójelos...

Amal.- Pero si no tengo dinero...

El lechero.- ¡Deja el dinero! ¡Me iría tan alegre si quisieras tomar esos quesitos!

Amal.- ...Lechero, ¿te he entretenido mucho?

El lechero.- No, hombre, nada. No sabes tú lo contento que me voy...

Ya ves; me has enseñado a ser feliz vendiendo quesitos (Sale).

Escena quinta

(Amal solo)

Amal (pregonando).- ...¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos del pueblo de los lecheros, en el campo de los montes de Panchmura, junto al río Shamil! ¡Quesitos, a los buenos quesitos! ¡Al amanecer, las mujeres ponen en fila las vacas, debajo de los árboles, y las ordeñan; por la tarde, hacen quesitos con la leche! ¡Quesitos, quesitos, a los ricos quesitos!...

Ya está ahí el Guarda... Ahora viene para abajo (Al Guarda).

¡Guarda, oye, ven a hablar un ratito conmigo!

Escena sexta

(Amal y el guarda)

El guarda (entrando).- Pero, ¿qué escándalo es éste? ¿No me tienes miedo a mí?

Amal.- ¿Yo? ¿Por qué voy a tenerte miedo?

El guarda.- ¡A que te llevo preso!

Amal.- ¿Adónde me llevarías, di?

¿Muy lejos? ¿Más allá de esos montes?

El guarda.- Me parece que a quien voy a llevarte es al Rey.

Amal.- ¡El Rey! Sí, sí, llévame, ¿quieres? Pero el médico no me deja salir... ¡Nunca puede nadie llevarme!... ¡Todo el santo día tengo que estar aquí sentado!

El guarda.- ¿No te deja el médico, verdad? ¡Pobrecillo! Sí que estás descolorido; y ¡qué ojeras tan negras tienes, hijo mío! ¡Cómo te resaltan las venas en las manos tan delgaditas!

Amal.- ¿Quieres tocar el gongo, guarda?

El guarda.- Después, que todavía no es tiempo.

Amal.- ¡Qué raro! Unos dicen que el tiempo no ha venido y otros que el tiempo ha pasado. Pero yo estoy seguro que si tocas el gongo será el tiempo.

El guarda.- No, hombre; eso no puede ser; yo no puedo tocar el gongo sino cuando es el tiempo.

Amal.- Sí; y ¡cómo me gusta oír el gongo! Al mediodía, cuando acabamos de comer, mi tío se va al trabajo, y mi tita se duerme leyendo su Ramayana; y el perro, con el hocico metido en su rabo enroscado, se echa a la sombra de la pared... Entonces tu gongo suena: ¡Don, don, don!...

Di, ¿por qué tocas tu gongo?

El guarda.- Pues lo toco para decirles a todos que el tiempo no se espera, sino que está siempre andando...

Amal.- ¿Y adónde, a qué pueblo va el tiempo, di?

El guarda.- ¡Eso sí que no lo sabe nadie!

Amal.- Entonces será que nadie ha estado allí nunca... ¡cómo me gustaría a mí irme con el tiempo a ese país que nadie ha visto!

El guarda.- Todos tenemos que ir allí algún día, hijo.

Amal.- ¿Y yo también?

El guarda.- Sí; tú también...

Amal.- Pero como el médico no me deja salir...

El guarda.- Quizás él mismo te lleve de la mano algún día...

Amal.- ¡No, no lo hará, estoy seguro! ¡Tú no lo conoces! ¡Si tú vieras; no quiere más que tenerme aquí encerrado!

El guarda.- Pero hay uno más grande que él, y viene, y nos abre la puerta...

Amal.- Pues que venga ya por mí ese gran médico, y me saque de aquí, ¡que ya no puedo más!

El guarda.- No debías decir eso, hijo...

Amal.- Bueno, no lo digo, Aquí me estaré, donde me han puesto, y no me moveré ni un poquito. Pero cuando tocas tu gongo: Don, don, don. ¡me da una cosa!... Di, guarda...

El guarda.- ¿Qué quieres?

Amal.- ¿Qué hay en esa casa grande del otro lado del camino, que tiene arriba, volando, una bandera? Entra y sale más jente, más jente...

El guarda.- ¡Ah! Es el Correo nuevo...

Amal.- ¿El Correo nuevo? ¿Y de quién es?

El guarda.- ¿Pues de quién ha de ser? Del Rey...

Amal.- Y entonces, ¿vienen cartas del Rey aquí, a su Correo nuevo?

El guarda.- Claro está. El día menos pensado hay una carta para ti.

Amal.- ¿Para mí? Si yo soy un niño chico...

El guarda.- Sí; pero es que el Rey también escribe cartitas a los niños chicos.

Amal.- ¡Qué bien! Y ¿cuándo recibiré yo mi carta, di? ¿Quién te lo dijo a ti, guarda?

El guarda.- Si no, ¿para qué iría a poner el Rey su Correo frente a tu ventana abierta, con su bandera amarilla volando?

Amal.- Pero, ¿quién va a traerme la carta de mi Rey, cuando me escriba?

El guarda.- El Rey tiene muchos carteros... ¿Tú no los ves cómo corren por ahí? Unos que llevan un redondel dorado en el pecho...

Amal.- ¿Y adónde van, di?

El guarda.- Pues a todas partes...

Amal.- ¡Ay, qué bien! ¡Yo voy a ser cartero del Rey cuando sea grande!

El guarda (riéndose).- ¡Qué ocurrencia! ¡Cartero! ¿Pero tú sabes lo que dices? Que llueva o que haga sol, al rico y al pobre, de puerta en puerta, cartas y más cartas, siempre, siempre, siempre... ¡Vamos! ¡Que creerás tú que eso no es trabajo!

Amal.- ¡Ya lo creo que es! ¡Cómo me gustaría! ¿Por qué te ríes? ¡Si ya sé yo que tú también trabajas mucho!... Cuando, al mediodía, hace tanto calor, y no se oye nada, tu gongo suena: Don, don, don... Y algunas veces que me despierto de pronto, por la noche, y que se ha apagado la mariposa, oigo en la oscuridad tu gongo, muy despacito:

Don, don, don...

El guarda.- ¡Ahí viene el jefe! Me voy, que si llega a cojerme hablando contigo, para qué quiero más...

Amal.- ¿El jefe? ¿Dónde?

El guarda.- Ya está aquí, míralo.

¿No ves ese quitasol grande de palma, que parece que viene saltando?

Ése.

Amal.- Será que el Rey le ha dicho que sea jefe de aquí, ¿no?

El guarda.- El Rey... ¡No!... ¡Es un tío fastidioso! ¡No le gusta más que molestar! Si vieras... Hace todo lo que puede por ser desagradable, y no hay quien lo pueda ver.

Eso es lo que les gusta a los que son como él, jeringar a todo el mundo... Bueno, me voy. ¡Fuera pereza! Ya me dejaré caer por aquí mañana temprano y te contaré todo lo que pase por el pueblo... (Sale).

Escena séptima

(Amal solo)

Amal.- ¡Si yo recibiera todos los días una carta del Rey!... Las leería aquí en la ventana... Pero si no sé leer todavía... ¿Quién querría leérmelas? Quizás tita entienda la letra del Rey... Como lee su Ramayana... Y si no sabe nadie, entonces las tendré que guardar con mucho cuidadito y las leeré cuando sea mayor... Y ahora que me acuerdo, ¿y si el cartero no sabe quién soy? (Al jefe). ¡Señor jefe, señor jefe!, ¿puedo decirte una cosa?

Escena octava

(Amal y el jefe)

El jefe (entrando).- ¿Qué gritos son éstos? ¡Y en el camino! ¡Vaya con el monigote!

Amal.- ¿Tú eres el jefe, verdad?

Todo el mundo hace lo que tú dices, ¿no?

El jefe (con satisfacción).- ¡Pues no faltaría más que no lo hicieran!

Amal.- ¿Y también mandas tú en los carteros del Rey?

El jefe.- ¡También! ¡Tendría que ver!

Amal.- ¿Querrías decirle al cartero, que Amal es el niño que está sentado aquí en la ventana?

El jefe.- ¿Y para qué?

Amal.- Porque si viniera una carta para mí...

El jefe.- ¡Para tí! ¿Quién va a escribirte una carta a tí?

Amal.- Quizás me la escriba el Rey...

El jefe (a risotadas).- ¡El Rey!

¡Vamos, tú estás soñando! ¡Pues no digo nada, lo que quiere el niño!

¡Claro, como que tú eres su mejor amigo, y no os habéis visto en tanto tiempo, el Rey no puede con el disgusto, y...¡ ¡Sí, espera ahí sentado, que mañana tendrás la carta!

Amal.- Señor jefe, ¿por qué me hablas así? ¿Estás enfadado conmigo?

El jefe.- Contigo, ¿eh? ¡Conque el Rey!... ¡Pues no se da tono Madav, que digamos! ¡Claro, como ha ganado ese fortunón, ya no se habla más que de reyes y padishas en su casa! ¡Que yo lo vea y no va a ser Rey lo que le voy a dar...! Y tú, mequetrefe, ¡ya diré yo que te traigan la carta del Rey; ten la seguridad!

Amal.- No, no; si te molesta, que no me la traigan.

El jefe.- ¡Sí, hombre!, ¿por qué no?; ¡si se lo voy a decir ahora mismo al Rey! ¡No te apures, que no tardará la carta! ¡En cuanto el Rey lo sepa, te mandará un criado suyo a saber de tí! ¡No faltaba otra cosa!... ¡Valiente impertinencia! ¡Lo que es como el Rey se entere, ya le dará a Madav tono, ya!... (Sale).

Escena novena

(Amal y Sada)

Amal.- ¿Quién eres tú, niña? ¡Cómo repican tus ajorcas! ¡Espérate un poquito!, ¿quieres? (Entra una niña).

Niña.- ¡No puedo, no tengo tiempo, es muy tarde!

Amal.- Ya lo sé. Pero, ¿no quieres esperarte? ¡Tampoco a mí me gusta quedarme aquí!

Niña.- ¿Qué tienes, que pareces una estrella tardía de la mañana?

Amal.- No sé; el médico no quiere que salga...

Niña.- ¡Ay, pues no salgas! Debes hacer caso de lo que te diga el médico, porque si eres malo, se va a enfadar contigo. Ya sé yo que te cansará mucho estar siempre mirando por esa ventana... Deja que te la cierre un poquito...

Amal.- No, no la cierres. Ésta es la única ventana que hay abierta...

Todas las demás están cerradas...

¿Quieres decirme quién eres tú? Me parece que no te conozco...

Niña.- Yo soy Sada.

Amal.- ¿Sada? ¿Qué Sada?

Sada.- Yo soy la hija de la vendedora de flores del pueblo. ¿No lo sabías?

Amal.- Y tú, ¿qué haces, di?

Sada.- ¿Yo? Yo cojo flores en mi canasto.

Amal.- ¡Cojes flores! ¡Por eso tienes tan alegres los pies, y tus ajorcas cantan tan contentas cuando vas andando! ¡Quién pudiera irse por ahí, como tú!... Yo te cojería flores de las ramas más altas, que ya no se ven...

Sada.- ¿De veras? ¿A que no sabes tú tantas cosas de las flores como yo?

Amal.- Sí, tanto como tú. Sé todo lo de Champaca, el del cuento de hadas, y sus siete hermanos. Y si me dejaran un momentito siquiera, me iría corriendo al bosque aquel tan grande, y me perdería; y en aquel sitio en donde el colibrí que chupa la miel se mece en la punta de su ramita, me abriría yo como una flor de champaca... ¿Quieres tú ser mi hermana Parul?

Sada.- ¡Qué tontísimo eres! ¿Cómo voy yo a ser tu hermana Parul, si yo soy Sada, y mi madre es Sasi, la que vende flores? ¡Si supieras tú las biznagas que tengo que hacer todos los días!... ¡Ay! ¡Que no me iba a divertir yo si pudiera estar aquí sin hacer nada, como tú!

Amal.- ¿Y qué ibas a hacer en todo el día, tan largo?

Sada.- ¡Pues poco que iba yo a jugar con mi muñeca Beney, la novia, y con la gata Meni, y con...! Pero mira, es muy tarde, y no puedo quedarme más; que si no, me voy a volver sin una flor.

Amal.- ¡Espérate otro poquito, anda, que estoy tan bien contigo!

Sada.- ¡No seas así! Si eres bueno y te estás aquí quietecito, cuando vuelva yo con las flores, me pararé a hablar contigo.

Amal.- ¿Y me vas a traer una flor?

Sada.- ¡No puedo!... Tienen que comprarse...

Amal.- Yo te la pagaré cuando sea grande, antes de irme a buscar trabajo más allá de aquel arroyo que está allí...

Sada.- Bueno.

Amal.- Di, ¿vas a volver, cuando hayas cojido las flores?

Sada.- Sí, volveré.

Amal.- ¿De veras volverás?

Sada.- Sí, de veras.

Amal.- ¿Te acordarás bien de mí? Yo soy Amal, acuérdate bien...

Sada.- ¡Ya tú verás cómo me acuerdo!

(Sale).

Escena décima

(Amal y unos chiquillos)

Amal.- ¿Adónde vais, hermanos? ¡No os vayáis todos; estaos conmigo un poquito!

Chiquillos (entrando).- Si vamos a jugar...

Amal.- ¿A qué vais a jugar, hermanos?

Chiquillos.- Vamos a jugar a los aradores.

Primer chiquillo (con un palo).- ¡Aquí está el arado!

Segundo chiquillo.- Y éste y yo somos la yunta de bueyes.

Amal.- ¿Y os vais a pasar jugando todo el día?

Chiquillos.- ¡Todo el día!

Amal.- Y cuando oscurezca, volveréis a casa por el camino de la ribera, ¿no?

Chiquillos.- Por la mismita orilla...

Amal.- ¿Y pasaréis por aquí delante?

Chiquillos.- ...¡Anda, vente a jugar con nosotros, vente!

Amal.- ¡Si no me deja salir el médico!

Chiquillos.- ¿El médico? ¿Y tú haces caso del médico? ¡Anda, vámonos, que es ya muy tarde; anda, vente!

Amal.- No, no. ¿Por qué no jugáis aquí en el camino, delante de mi ventana, para que yo os vea?

Chiquillos.- ¿Y a qué vamos a jugar aquí?

Amal.- ¡Yo os daré todos mis juguetes! ¡Sí, ya está; tened mis juguetes! Yo no puedo jugar solo, y se están empolvando; ¿para qué los quiero yo?

Chiquillos.- ¡Ay, qué juguetes tan bonitos! ¡Un barco! ¡Aquí está la abuela Yatai! ¡Qué cipayo tan precioso! Y ¿nos los vas a dar todos?

¿No te importa dárnoslos?

Amal.- No, no, tenedlos; yo, ¿para qué los quiero?

Chiquillos.- ¿No los querrás ya nunca más?

Amal.- No, no; para vosotros. A mí no me sirven para nada.

Chiquillos.- ¡Mira que van a reñirte!

Amal.- No, no me riñe nadie. Pero, ¿vais a venir a jugar con ellos delante de mi puerta, todas las mañanas?... Cuando se rompan, yo os daré otros...

Chiquillos.- Pues ¿no hemos de venir? ¡Vamos a jugar a la guerra!

¡Poned en fila estos cipayos!

¿Dónde habrá un fusil? Esta caña sirve... Pero, ¿ya te estás durmiendo?

Amal.- Me parece que me está dando sueño... ¡Qué sé yo! Muchas veces me pasa. Como estoy siempre sentado, me canso; y luego, me duele tanto la espalda...

Chiquillos.- ¡Pero si no es más que mediodía!... ¡No te duermas, hombre! Oye el gongo; ahora está dando la primera vela...

Amal.- Sí... Don, don, don... ¡Qué sueño tengo!

Chiquillos.- Pues entonces, mejor será que nos vayamos, y mañana por la mañana volveremos.

Amal.- ¡Esperad un momento! Vosotros que estáis siempre por el camino, ¿no conocéis a los carteros del Rey?

Chiquillos.- ¡Sí, ya lo creo!

Amal.- ¿Cómo se llaman? ¿Quiénes son?

Chiquillos.- Uno, Badal. Otro, Sarat. Otro... ¡Hay muchos!

Amal.- ¿Y me conocerían si viniese una carta para mí?

Chiquillos.- Claro que sí. Si pone tu nombre...

Amal.- Cuando vengáis mañana por la mañana, ¿queréis traerme a uno para que sepa quién soy?

Chiquillos.- Bueno, si tú quieres...

Acto segundo

Escena primera

(Amal -"en la cama"- y Madav)

Amal.- ¿Y tampoco me deja ya el médico sentarme en la ventana?

Madav.- Ya ves que te has puesto peor de estar siempre echado en ella...

Amal.- Puede que me haya puesto peor; pero mientras estoy en la ventana, ¡me encuentro tan bien!...

Madav.- Eso te parece a ti; pero no, hijo. Luego, sacas la cabeza y te pones a hablar con todo el que pasa, como si fuera esto una feria; y tú, hijo, estás malo y no puedes hacer eso. ¡Mira qué carita tienes!

Amal.- ...Y mi faquir, como no me verá en la ventana, se irá.

Madav.- ¿Tu faquir? ¿Quién es tu faquir?

Amal.- Pues mi faquir... Viene, y me cuenta cosas de todos los sitios donde él ha estado. ¡Unas cosas más bonitas!

Madav.- Pero, ¿qué es lo que dices?

Yo no conozco a ningún faquir...

Amal.- Pues ya no tardará... ¡Anda, por tus queridos pies; dile que entre aquí un ratito a hablar conmigo!

Escena segunda

(Amal, Madav y el viejo -"que viene vestido de faquir"-)

Amal.- ¡Míralo, ahí está! ¡Faquir, faquir, vente conmigo! ¡Siéntate aquí en mi cama!

Madav.- ¡Tonto!, pero si es...

El viejo (guiñándole un ojo a Madav).- ¡Yo soy el faquir!

Madav (al viejo).- ¡El diablo eres! ¡Si no lo viera, no lo creería!

Amal.- ¿Dónde has estado hoy, faquir?

El viejo.- Pues ahora mismo vengo de la Isla de los Loros.

Madav.- ¿La Isla de los Loros?

El viejo (a Madav).- ¡Sí, la Isla de los Loros! ¡Qué! ¿Te crees, hombre, que yo soy como tú?... No tengo más que cojer mis pies, y me voy adonde quiero; ¡y sin costarme nada!...

Amal (palmoteando).- ¡Qué bien!

¡Qué gusto debe dar eso! ¿No olvidarás que me has prometido llevarme en tu comitiva cuando esté bueno?

El viejo.- Sí. ¡Y te voy a enseñar unas mantras de caminantes, que nada, por mares, bosques ni montañas, podrá cerrarte el paso!

Madav.- Pero ¿qué enredo es éste?

El viejo.- Amal, hijo; nada, en mares ni montañas, puede hacerme retroceder... Ahora, que si el médico y este tío que tienes se conjuran contra mí, no hay majia que me valga...

Amal.- No; tío no se lo dirá al médico, y yo te prometo no moverme de la cama. Pero el primer día que me ponga bueno, me iré contigo; ¡y nada, en mares, ni montañas ni torrentes, podrá cerrarme el paso!

Madav.- Me das pena, hijo, siempre pensando en irte...

Amal.- Oye, faquir, ¿cómo es la Isla de los Loros?

El viejo.- Pues es la tierra de las maravillas. Allí viven todos los pájaros del mundo, y no hay un hombre siquiera; y no creas tú que se habla allí ni se anda; sólo cantar y volar.

Amal.- ¡Qué hermosura! ¿Y hay algún mar allí junto?

El viejo.- ¡Claro!, la Isla está en medio del mar...

Amal.- ¡Y habrá unos montes muy verdes!...

El viejo.- Toda la Isla está llena de montes verdes. Y cuando va a ponerse el sol, y las laderas, rojas, resplandecen, los pájaros vuelven en bandadas, volando con sus alas verdes, a sus nidos.

Amal.- ¿Y hay cascadas?

El viejo.- ¡Pues no ha de haberlas!

Todos los montes tienen su cascada; y parecen de diamantes derretidos.

¡Si tú vieras lo que juega el agua, y cómo cantan las piedras con ella cuando se echa al mar, saltando!

¡Al agua sí que no la para ningún diantre de médico!... Sigo; los pájaros me miraban como miran a los hombres. Ya tú ves, ¡como nosotros no tenemos alas!... Y no querían nada conmigo... Si no fuera por eso, yo te aseguro que me haría una choza entre los nidos y me pasaría allí mi vida contando las olas del mar.

Amal.- ¡Ay, si yo fuese pájaro! Entonces...

El viejo.- Pero eso ya no podría ser, Amal. A mí me han dicho que tú le has hablado al lechero para vender quesitos con él, cuando seas mayor; y como a los pájaros no les gustan los quesitos, me parece que te saldría mal tu negocio...

Madav.- ¡Vamos, me vais a volver loco entre los dos! ¡No puedo con vosotros! ¡Me voy!

Amal.- ...Tío, ¿vino el lechero?

Madav.- ¿Pues querías que no viniera? Él no se romperá la cabeza entre los nidos de la Isla de los Loros, llevando recados a tu faquir favorito; pero ha dejado una lata de quesitos para ti, y me ha dicho que te diga que no ha podido detenerse más porque como se casa su sobrina, tenía que ir a Kamlipara por la banda de música.

Amal.- ¡Si me iba a casar a mí con su sobrinita!

El viejo.- ¡Dios del cielo! ¡Pues buena la hemos hecho!

Amal.- ...Me dijo a mí que ella iba a ser mi novia chiquitita, y que iba a estar tan linda con sus zarcillos de perlas en las orejas y vestida con un preciosísimo sari grana... Y al amanecer, ella ordeñaría con sus propias manos la vaca negra, y me traería la

leche calentita, toda llena de espuma, en un cantarillo nuevo, para que yo me la bebiera. Y cuando oscureciese, iría ella al establo con la lámpara, a dar una vuelta... Y luego vendría y se sentaría a mi lado a contarme el cuento de Champaca y sus siete hermanos...

El viejo.- ¡Qué bien! La verdad es que, aunque soy un faquir, ¡me están dando unas tentaciones!... ¡Pero no te importe a ti que se case la sobrina del lechero! ¡Déjalo! ¡Lo que te sobrarán serán sobrinas del lechero cuando tú vayas a casarte!

Madav.- ¡Cállate de una vez! ¡No puedo oírte con calma! (Sale).

Escena tercera

(Amal y el viejo)

Amal.- Oye, faquir, ahora que se ha ido mi tío; ¿no habrá venido al Correo nuevo una carta del Rey para mí?

El viejo.- La carta sé yo que ha salido ya del palacio; pero todavía viene de camino.

Amal.- ¿De camino? ¿Y por dónde vendrá? ¿Vendrá por esa veredita que viene dando vueltas entre los árboles?; la veredita esa que se ve hasta lo último del campo, cuando sale el sol después de llover...

El viejo.- Por ahí, por ahí viene.

¿Cómo lo sabías tú?

Amal.- Sí; todo lo sé.

El viejo.- Ya lo estoy viendo; pero, ¿cómo lo has sabido?

Amal.- Pues no sé cómo; pero lo veo tan clarito... Me parece que lo he visto muchas veces en unos días que pasaron hace ya mucho tiempo... No sé cuánto... ¿Sabes tú cuánto?, di... ¡Si vieras qué bien lo veo todo! El cartero del Rey viene bajando la cuesta del monte, solo, con un farol en la mano izquierda y un saco muy grande, lleno de cartas, en la espalda... Viene bajando, bajando, ¡hace ya mucho tiempo!, sin descansar, ¡muchos días, muchas noches!, y cuando va llegando a aquel sitio de la montaña donde la cascada es ya el arroyo, coje por la orilla y sigue, sigue andando entre el centeno... Luego, entra en el cañaveral, por ese callejón estrecho que hay entre las cañas de azúcar, esas tan altas;... y no se ve...

Luego, sale a la pradera grande, donde cantan los grillos... Mira, no hay nadie más que él; sólo las perdices, picoteando en el barro y meneando la cola... Lo siento venir más cerca, más cerca cada vez...

¡Estoy más contento!

El viejo.- Mis ojos, hijo ven ya poco; pero me cuentas de una manera las cosas, que lo veo todo como cuando era niño...

Amal.- Di, faquir, ¿conoces tú al Rey que ha puesto aquí este Correo?

El viejo.- Sí, mucho; todos los días voy a pedirle mi limosna.

Amal.- ¿Sí? Cuando yo me ponga bueno, iré también a pedirle mi limosna, ¿no?

El viejo.- Tú no tendrás que pedírsela, hombre; él te la dará por su gusto...

Amal.- No, no; yo iré a su portal y gritaré: ¡Viva mi Rey! Y bailando al son del tamboril, le pediré mi limosna. ¿No crees tú que estaría bien así?, di...

El viejo.- ¡Ya lo creo; estaría magnífico! Y si fuéramos juntos, me tocaría a mí buena parte; pero, ¿qué le vas a pedir?

Amal.- Le diré: “¡Hazme cartero tuyo, para ir con mi farol repartiendo cartas de puerta en puerta!

¡No me tengas en casa todo el día!”

El viejo.- Pero, vamos a ver, ¿por qué estás tú tan triste en tu casa?

Amal.- ¡No, si no estoy triste! Al principio, cuando me encerraron aquí, ¡me parecían más largos los días!; pero desde que han puesto enfrente el Correo del Rey, cada vez estoy más contento en mi cuarto...; y luego, como sé que un día voy a tener una carta... ¡Sí, no me importa nada estarme aquí quieto, aunque esté solo!... Oye, ¿y sabré yo leer la carta del Rey?

El viejo.- ¡Qué más te da! ¿No tienes bastante con que ponga tu nombre?

Escena cuarta

(Dichos y Madav)

Madav (entrando).- ¡Buena la habéis hecho entre los dos!

El viejo.- ¿Qué te pasa? ¿Qué ocurre?

Madav.- ¡Pues que, por culpa vuestra, todo el mundo anda diciendo que el Rey ha puesto ahí enfrente su Correo para estaros escribiendo siempre a los dos!

El viejo.- Bueno, ¿y qué?

Madav.- Que Panchanan, el jefe, se lo ha hecho decir al Rey en secreto...

El viejo.- ¿Y no sabemos todos que el Rey se entera de cuanto pasa?

Madav.- Entonces ¿por qué no tienes más cuidado? ¡No debieras nombrar en vano al Rey! ¡Me vas a arruinar con tus cosas!

Amal.- Faquir, faquir, ¿de veras se enfadará el Rey?

El viejo.- ¡Qué se ha de enfadar, hombre! ¡Con un niño como tú y un faquir como yo!... ¡A ver si tengo que ir a decirle cuatro frescas!

Amal.- ...Faquir; desde esta mañana estoy sintiendo como un velo por delante de los ojos... ¡Me parecen más raras las cosas!... No tengo ganas de hablar... Si me pudiera estar quieto... ¿Cuándo va a venir la carta del Rey?... Si este cuarto se deshiciera de pronto y...

Si...

El viejo (abanicando a Amal).- Seguramente vendrá hoy la carta, hijo mío...

Escena quinta

(Dichos y el médico)

El médico (entrando) (a Amal).- ¿Cómo estás hoy?

Amal.- Muy bien, señor médico; hoy no me duele nada.

El médico (a Madav, aparte).- No me gusta esa sonrisa. Mala señal que se sienta tan bien. Chakradan dice...

Madav.- ¡Bueno, por amor de Dios, déjame de Chakradan!; lo que quiero saber es cómo está hoy mi niño...

El médico.- Me parece que tenemos para poco tiempo... Ya te lo dije... Aseguro que se ha vuelto a enfriar...

Madav.- No, pues el niño no ha salido; eso te lo digo yo. Hasta las ventanas han estado cerradas.

El médico.- ¡No sé qué tiene hoy el aire! ¡Había una corriente por la puerta principal cuando entré...!

Lo mejor sería cerrar la puerta con llave... Creo que no te importará no recibir visitas en dos o tres días; y si alguien tiene necesidad de verte, ahí está la puerta falsa... Y esas maderas también debieran cerrarse... Los rayos del sol poniente no sirven más que para desvelar al enfermo.

Madav.- ...Ha cerrado los ojos.

Debe haberse dormido. ¡Qué carita tiene! ¡Ay, médico, yo me lo traje como si fuera mío, y después de haberle tomado este cariño, perderlo para siempre!...

El médico.- ¿Quién, quién es? ¡Este jefe, que tiene que meterse en todo!

¡Valiente hombre!... Bueno, tengo que irme. (A Madav). Mejor será que vengas conmigo a ver si está todo bien cerrado... En cuanto llegue a casa, mandaré una buena dosis de esa medicina, a ver si así conseguimos algo... Aunque me parece...

(Salen Madav y el Médico).

Escena sexta

(Amal, el viejo y el jefe)

El jefe (entrando).- ¡Hola, mequetrefe!

El viejo (levantándose aprisa).- ¡Calla!

Amal.- No importa, faquir; ¡si no estaba dormido! Todo lo estoy oyendo... Y también unas voces muy lejanas... Mira, mi padre y mi madre... están sentados aquí a mi cabecera, y me están hablando...

Escena séptima

(Dichos y Madav -"que entra"-)

El jefe.- Oye, Madav; me han dicho que te tuteas ya con personajes...

Madav.- ¡No andes con bromas, jefe!

Ya sabes que somos unos infelices...

El jefe.- Pero tu niño está esperando una carta del Rey...

Madav.- Déjalo en paz al pobre, que es un tontaina...

El jefe.- No, no; ¿por qué no había de recibirla? ¿Pues dónde va a encontrar el Rey familia mejor?

¡Por algo ha puesto su Correo nuevo frente a tu casa!... (A Amal). ¡Tú, monigote!; aquí traigo una carta del Rey para ti...

Amal (incorporándose con sobresalto).- ¿Dónde? ¿Es verdad?

El jefe.- ¡Pues va a ser mentira!

¡Si eres su mejor amigo! ¡Mírala!

(Mostrando un papel en blanco).

¡Tenla! (A carcajadas).

Amal.- ¡No te burles de mí!...

Faquir, di tú, ¿es verdad?

El viejo.- Sí, hijo mío. ¡Yo que soy faquir, te digo que ésa es la carta del Rey!

Amal.- ¡Pero si no veo nada! ¡Me parece que está todo tan en blanco!

Señor jefe, ¿qué dice la carta?

El jefe.- Dice el Rey: "Voy corriendo a verte. Prepárame arroz dorado, que la comida de palacio empieza a fastidiarme..." (A carcajadas).

Madav (suplicando con las manos).- ¡Jefe, te ruego que no bromees más con esto!

El viejo.- ¿Eh? ¡Que se atreva!

Madav.- ¿También tú te has vuelto loco?...

El viejo.- ¿Loco? ¡Pues bueno, estoy loco! Y aquí dice bien claro que el Rey en persona viene a ver a Amal, con el médico de la corte...

Amal.- ¡Faquir, faquir, oye!... ¡La trompeta del Rey!... ¡Oye!...

El jefe (a carcajadas).- Me parece que tendrás que perder otro poquito más la cabeza para oírla!...

Amal.- Señor jefe, yo creía que tú estabas enfadado conmigo y que no me querías... ¿Cómo me había de figurar que fueras tú quien me trajera la carta del Rey? ¡Déjame que te quite el polvo de los pies!

El jefe.- ...La verdad es que esta criatura tiene instinto de veneración. Es un poco simple, pero su corazón no es malo...

Amal.- Creo que ya es la cuarta vela. Escucha el gongo: Don, don, din... Don, don, din... ¿Ha salido ya la estrella de la tarde? No sé qué tengo, que no veo...

El viejo.- Es que está todo cerrado, hijo. Voy a abrir... (Llaman fuera).

Madav.- ¡Llaman! ¿Quién será? ¡Qué fastidio! Llamar a estas horas...

(Una voz afuera).- ¡Abrid la puerta!

Madav.- ¿Lo has oído, jefe? ¡A ver si son ladrones!

El jefe.- ¿Quién llama? ¡Lo pregunta Panchanan, el jefe! ¡Atreveos!... Ya lo estáis viendo; se acabó el ruido... ¡Que no puede nada la voz de Panchanan!... ¡A ver, venga ese ladrón valiente!

Madav (mirando receloso por la ventana).- Sí, sí; ¿no habían de callar? ¡Como que han echado abajo la puerta!

Escena octava

(Dichos y el Heraldo del Rey)

El Heraldo del Rey (entrando).- ¡Nuestro Rey soberano llega esta noche!

El jefe.- ¡Dios santo!

Amal.- ¡Heraldo, Heraldo!, ¿a qué hora llegará?

El Heraldo del Rey.- En la segunda vela.

Amal.- ¿Cuando mi amigo el guarda toque el gongo en las puertas del pueblo: Din, don, din... Din, don, din?...

El Heraldo del Rey.- Sí, entonces.

Y el Rey manda delante a su médico más sabio, para que cuide a su amiguito.

Escena novena

(Dichos y el Médico Real)

El Médico Real (entrando).- ¿Qué es esto? ¿Por qué está todo tan cerrado? Abrid de par en par...

(Toca a Amal). ¿Cómo estás tú, hijo mío?

Amal.- Muy bien, señor médico del Rey; estoy muy bien. Ya no me duele nada. ...¡Ay, qué gusto da esto tan abierto y tan fresco!

¡Ahora sí que veo temblar las estrellas en la oscuridad!

El Médico Real.- ¿Crees que podrás levantarte esta noche, a las velas medias, cuando llegue el Rey?

Amal.- ¡Ya lo creo que sí! ¡Tengo unas ganas de levantarme hace tanto tiempo! Le voy a decir al Rey que me enseñe la estrella polar... Debo haberla visto muchas veces, pero no sé bien cuál es...

El Médico Real.- Él te lo dirá todo. (A Madav). Adornad de flores el cuarto, para el Rey.

(Señalando al Jefe). Y ése, que se vaya de aquí...

Amal.- ¡No, déjalo, señor médico, que es amigo mío! Él fue quien me trajo la carta del Rey...

El Médico Real.- Muy bien, hijo mío; si es tu amigo, que se quede.

Madav (hablando al oído a Amal).- Amal, hijo, ya ves cuánto te quiere el Rey, que él mismo viene a verte... Pídele algo, que ya tú sabes lo desgraciados que somos...

Amal.- Sí, sí, tío; no te apures tú; ya lo tengo pensado.

Madav.- ¿Y qué le vas a pedir?

Amal.- Le voy a pedir que me haga cartero suyo, para ir de puerta en puerta, por todas partes, repartiendo sus cartas...

Madav (golpeándose la frente).- ¡Pobres de nosotros! ¿Eso le vas a pedir?

Amal.- ...Tío, ¿y qué le daremos al Rey, cuando venga?

El Heraldo del Rey.- Ha dicho que se le prepare arroz dorado...

Amal.- ¡Arroz dorado! ¡Señor jefe, tú tenías razón! ¡Sí, tú fuiste el primero que lo dijo! ¡Tú lo sabías todo, todo!...

El jefe (al Herald).- Si avisan a mi casa, podría el Rey...

El Médico Real.- No es necesario... Y ahora, callad todos, que se está durmiendo... yo me sentaré a su cabecera... Se está quedando dormido... Apagad la lámpara...

Que sólo entre el resplandor de las estrellas... Callad, que se ha dormido...

Madav (al viejo).- ¿Qué haces ahí, como una estatua, con esas manos juntas?... ¡Estoy más nervioso!

...?Tú crees que es bueno todo esto? ¡Este cuarto tan oscuro!

...Yo no creo que le haga ningún beneficio al niño la luz de las estrellas...

El viejo.- ¡Descreído, calla!

Escena décima
(Dichos y Sada)

Sada (entrando).- ¡Amal!

El Médico Real.- Está dormido.

Sada.- Es que le traía unas flores... ¿Me dejas que se las ponga en sus manos?

El Médico Real.- Sí, pónselas.

Sada.- ¿Cuándo se despertará?

El Médico Real.- Cuando el Rey venga y lo llame.

Sada.- ¿Quieres decirle bajito una cosa de mi parte?

El Médico Real.- ¿Qué quieres que le diga?

Sada.- Dile que Sada no lo ha olvidado...

Fin de la obra :::::::::::::::

Vuelo Supremo

Autor: Julián Marchena

Quiero vivir la vida aventurera
de los errantes pájaros marinos;
no tener, para ir a otra ribera,
la prosaica visión de los caminos.



Poder volar cuando la tarde muera
entre fugaces lampos ambarinos
y oponer a los raudos torbellinos
el ala fuerte y la mirada fiera.

Huir de todo lo que sea humano;
embriagarme de azul... Ser soberano
de dos inmensidades: mar y cielo,

y cuando sienta el corazón cansado
morir sobre un peñón abandonado
con las alas abiertas para el vuelo.

<https://www.xing.com/communities/posts/vuelo-supremo-julian-marchena-poeta-costarricense-1007689315> <https://youtu.be/oZQ0NF0b9LY>

Hombre preso que mira a su hijo.

Autor: Mario Benedetti

Cuando era como vos me enseñaron los viejos
y también las maestras bondadosas y miopes
que libertad o muerte era una redundancia
a quien se le ocurriría en un país
donde los presidentes andaban sin capangas.



Que la patria o la tumba era otro pleonasma
ya que la patria funcionaba bien
en las canchas y en los pastoreos.

Realmente no sabían un corno
pobrecitos creían que libertad
era tan solo una palabra aguda
que muerte era tan solo grave o llana
y cárceles por suerte una palabra esdrújula.

Olvidaban poner el acento en el hombre.

La culpa no era exactamente de ellos
sino de otros más duros y siniestros
y estos si
como nos ensartaron
en la limpia república verbal
como idealizaron
la vidurria de vacas y estancieros
y como nos vendieron un ejército
que tomaba su mate en los cuarteles.

Uno no siempre hace lo que quiere
uno no siempre puede
por eso estoy aquí

mirándote y echándote
de menos.

Por eso es que no puedo despeinarte el jopo
ni ayudarte con la tabla del nueve
ni acribillarte a pelotazos.

Vos ya sabes que tuve que elegir otros juegos
y que los juegue en serio.

Y jugué por ejemplo a los ladrones
y los ladrones eran policías.

Y jugué por ejemplo a la escondida
y si te descubrían te mataban
y jugué a la mancha
y era de sangre.

Botija aunque tengas pocos años
creo que hay que decirte la verdad
para que no la olvides.

Por eso no te oculto que me dieron picana
que casi me revientan los riñones
todas estas llagas hinchazones y heridas
que tus ojos redondos
miran hipnotizados

son durísimos golpes
son botas en la cara
demasiado dolor para que te lo oculte
demasiado suplicio para que se me borre.

Pero también es bueno que conozcas
que tu viejo callo
o puteo como un loco
que es una linda forma de callar.

Que tu viejo olvido todos los números
(por eso no podría ayudarte en las tablas)
y por lo tanto todos los teléfonos.

Y las calles y el color de los ojos
y los cabellos y las cicatrices
y en que esquina
en que bar
que parada
que casa.

Y acordarse de vos
de tu carita
lo ayudaba a callar.

Una cosa es morirse de dolor
y otra cosa es morirse de vergüenza.

Por eso ahora
me puedes preguntar
y sobre todo
puedo yo responder.

Uno no siempre hace lo que quiere
pero tiene el derecho de no hacer
lo que no quiere.

Llora nomás botija
son macanas
que los hombres no lloran
aquí lloramos todos.

Gritamos berreamos moqueamos chillamos
maldecimos
porque es mejor llorar que traicionar
porque es mejor llorar que traicionarse.

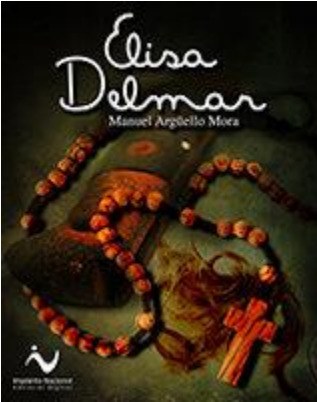
Llora
pero no olvides.

Defensa del árbol.
Autor: Nicanor Parra

Por qué te entregas a esa piedra
Niño de ojos almendrados
Con el impuro pensamiento
De derramarla contra el árbol.
Quien no hace nunca daño a nadie
No se merece tan mal trato.
Ya sea sauce pensativo
Ya melancólico naranjo
Debe ser siempre por el hombre
Bien distinguido y respetado:
Niño perverso que lo hiera
Hierre a su padre y a su hermano.
Yo no comprendo, francamente,
Cómo es posible que un muchacho
Tenga este gesto tan indigno
Siendo tan rubio y delicado.
Seguramente que tu madre
No sabe el cuervo que ha criado,
Te cree un hombre verdadero,
Yo pienso todo lo contrario:
Creo que no hay en todo Chile
Niño tan mal intencionado.
¡Por qué te entregas a esa piedra
Como a un puñal envenenado,
Tú que comprendes claramente
La gran persona que es el árbol!
Él da la fruta deleitosa
Más que la leche, más que el nardo;
Leña de oro en el invierno,



Sombra de plata en el verano
Y, lo que es más que todo junto,
Crea los vientos y los pájaros.
Piénsalo bien y reconoce
Que no hay amigo como el árbol,
Adonde quiera que te vuelvas
Siempre lo encuentras a tu lado,
Vayas pisando tierra firme
O móvil mar alborotado,
Estás meciéndote en la cuna
O bien un día agonizando,
Más fiel que el vidrio del espejo
Y más sumiso que un esclavo.
Medita un poco lo que haces
Mira que Dios te está mirando,
Ruega al Señor que te perdone
De tan gravísimo pecado
Y nunca más la piedra ingrata
Salga silbando de tu mano.



ELISA DELMAR
Novela histórica

Novelas históricas llama Argüello Mora a ésta y a otras de sus publicaciones. Sin embargo, no pueden considerarse como tal: ni son novelas por la extensión, ni corresponden a lo que suele llamarse novela histórica, ya que si bien se alude en ellas a hechos de la historia nacional, tales hechos quedan fuera de la trama Novelesca. Es probable que en este autor influyeran los Episodios Nacionales de don Benito Pérez Galdós, que coinciden cronológicamente con las que él llama novelas históricas. Juzgamos que es más adecuada la designación de cuentos, o bien la de tradiciones, que también emplea el señor Argüello Mora. A LA DISTINGUIDA SEÑORITA CELINA MATA, DEDICA ESTA OBRITA EL AUTOR.

I
ELISA DELMAR no sólo era una de las más bellas flores del jardín que riega el torrentoso río Barranca, sino que su angelical bondad y su constante redimensión al sacrificio y a la renuncia del goce propio en cambio del ajeno, hacían de ella una hermana de caridad en la población de Esparta, donde nació y pasó la mayor parte de su vida.

No podía ser de otro modo la que debió el sér al gallardo centroamericano, al éroe sin miedo y sin reproches, en una palabra, al General don José María Cañas. En efecto: tanto la naturaleza como la educación se propusieron a porfía hacer de Cañas uno de los más simpáticos y hermosos tipos de la belleza humana; pues así en lo físico como en lo moral, el general Cañas fue un modelo de perfección en su género.

Difícil sería imaginar una figura tan bien delineada y tan brillantemente dotada por la naturaleza, como lo fue la del general Cañas.

De alta y esbelta estatura, de azules y grandes ojos velados por espesas pestañas, con una nariz aguileña y una boca de donde jamás salió una sola frase ofensiva para nadie, Cañas practicó todas las virtudes, menos una: la fidelidad conyugal.

Esa sujeción le fue imposible, porque el fogoso guerrero, discípulo de Morazán, amaba a todas las mujeres. A las rubias porque eran dulces y suaves, a las morenas porque eran emprendedoras y activas, a las flacas porque no eran obesas, y a las gordas por sus redondas y esculturales formas. Cañas pasó su vida amando y siendo ardientemente correspondido.

Más de treinta retoños sembrados en los cinco estados Centroamericanos, debieron la existencia al bizarro soldado que no conoció el miedo, y a quien sólo se pudo hacer el ligero reproche de inconstancia en el amor.

Elisa Delmar fue el fruto de una de esas momentáneas constancias en su inconstancia habitual.

Berta Delmar, chiricana despierta y graciosa, vino a Costa Rica por asuntos de familia y no volvió a su país porque se encontró con Cañas en unas fiestas de Esparta y cuando debía volver, el nacimiento de Elisa se lo impidió en parte, y en mucho motivó su larga residencia entre nosotros, la esperanza de ver de vez en cuando al padre de su Elisita.(*)

Lo raro en esa vida de continuas aventuras de amor es, que pocos hombres fueron más cariñosos, más amables y complacientes con su esposa legítima, que lo fue Cañas. Jamás salió de sus labios una palabra dura para su Lupita, la madre de sus legítimos hijos. Lupita era adorada por su esposo y éste se excusaba y defendía con tal gracia en sus continuas infidelidades, que no era posible guardarle rencor; pues siempre logró dejar en el ánimo de su Lupita la duda de la existencia de los hechos imputados al marido intachable en lo demás.

La campaña nacional contra Walker duró más de año y medio y todo ese tiempo estuvo Cañas ausente de su hogar.

Todos los generales, oficiales y soldados que hicieron la campaña se alternaban yendo y viniendo a Nicaragua. Cuando el cólera morbus hizo oír al ejército el "sálvese el que pueda", casi todos los expedicionarios volvieron a sus casas en la esperanza de librarse de la terrible peste. El único que permaneció firme en su puesto desde que comenzó la guerra hasta que concluyó, fue Cañas.

Es muy difícil determinar hoy si los personajes de este relato existieron realmente o no. Varios de los personajes de las que el autor llama novelas históricas se citan también en las páginas de historia nacional que aparecen en esta misma edición.

Todo parece indicar, pues, que el autor tomó nombres de personas existentes y conocidas en la época en que él actuó (alrededor de 1860) y más adelante se sirvió de sus nombres ligándolos a tramas de fantasía que le permitieran conservar cierta verosimilitud.

En efecto, a la cabeza de un puñado de liberianos sostuvo Cañas el honor nacional, oponiéndose solo, contra Walker y practicando prodigios de táctica y de valor. Uno de esos hechos de armas le valió el nombre de Jenofonte Centroamericano, dado por el mismo Walker a su incondicional enemigo.

Elisa, pues, no sólo amaba en Cañas al que le dio el ser, sino que su vanidad era dulcemente lisonjeada por ser hija, aunque natural, del célebre y simpático guerrero.

Elisa no olvidaba la primer caricia que Cañas le había hecho cuando la mamá la presentó a su padre.

-Chica- la dijo, pasando sus manos por los cabellos de la niña- eres tan linda, que las gentes te tomarán por hija mía.

II

La afición filial de Elisa monopolizaba casi su ánimo, pues primero Cañas y en seguida de éste Berta, su madre, eran casi los únicos afectos que descollaban en su corazón.

Contra esa fortaleza defendida por dos grandes atracciones, se estrellaron muchos y emprendedores Lovelaces. Uno sobre todo, pasó su juventud solicitando un adarme de amor siquiera, de la que ellos llamaban fría Elisa. Alberto Villalta, colombiano de buena familia que emigró a Costa Rica por asuntos políticos, fue el más sincero y emprendedor de los enamorados de la hija de Cañas.

Ella lo recibía con agrado y con placer, pero por más que hizo, no logró amar al jovencuelo bien parecido y simpático, más que como a un amigo.

Berta amonestaba a su hija para que eligiera al futuro compañero de su vida, mas ella contestaba siempre que no

Era de rigor que la mujer tuviera compañero, que tantas jóvenes bonitas y aun muy agradables habían pasado su vida solas con sus padres y no habían tenido por qué arrepentirse, mientras que a ella le constaba los sufrimientos porque pasaban algunas de sus amigas a consecuencia de haberse mal casado.

En ese estado las cosas, desembarcaron en Puntarenas los que pocos días después debían ser mártires de su patriotismo, esto es, los generales Mora y Cañas.

Ese acontecimiento fue una fiesta llena de promesas y de ilusiones para los amigos de ellos, y de terror y de espanto para el gobierno de hecho que regía a Costa Rica.

Elisa no se contaba entre esos dos extremos porque ni tuvo ilusiones, ni los terrores de quien todo lo teme de la justicia del cielo.

Elisa era una sensitiva, como todas las flores y avejillas de su género. Elisa juzgaba de los sucesos, no según su inteligencia y su razón, sino conforme se lo indicaba el corazón, que es el instinto de las mujeres. La cabeza se engaña a menudo, el corazón raras veces.

Visto pues el desembarco de Mora y Cañas a través de ese lente que iluminaba los acontecimientos, fue Elisa presa de fúnebres y siniestros presentimientos que la desesperaron.

¿Qué hacer? ¿Cómo evitar el sangriento fin que su instinto filial le señalaba? Pensó en Alberto y se dijo: "Sólo las grandes pasiones producen grandes resultados; el hombre que ama ardientemente es capaz de todo, por obtener el amor del objeto amado".

Tuvo, pues, con Alberto la siguiente conferencia:

Elisa. -Es tiempo ya, Alberto, de que hablemos como personas serias. Usted pretende amarme con pasión, y sin esperanza de variar de sentimientos. Yo le he manifestado mil veces que no me es posible engañarlo, fingiendo un amor que no siento, pero si usted se conforma con hacerme su esposa, a sabiendas de lo que pasa, convengo en casarme con usted; pueda ser que una vez casada, la vida conyugal atraiga y convierta en amor mi actual amistad.

Alberto. -Triste y desesperante es el frío celaje que usted me ofrece en perspectiva, pero todo lo acepto, menos el peligro de que usted pertenezca a otro hombre y de que llegue a amar a otro que no sea yo. Acepto su sacrificio, Elisa, ¿con qué condiciones?

Elisa. -Con una sola. Soy hija natural del mejor de los hombres, del general Cañas, y mi corazón me anuncia próximas y terribles soluciones con respecto a él. Si usted me ayuda a salvarlo, si logramos que no sea sacrificado y que pueda volver a San Salvador, yo seré su esposa. Si tal cosa no sucede, yo me dedicaré al alivio de la humanidad doliente. Seré Hermana de Caridad.

Alberto. -Aceptadas sus condiciones, desde luego me pongo incondicionalmente a sus órdenes y tanto mi inteligencia, como mi energía física, sólo se ocuparán del objeto deseado.

III

La historia nos dice lo que pasó en esa punta de arenas y manglares, en catorce días de combates, de traiciones, de heroísmo y de legendarias luchas. Los generales Mora y Cañas y sus amigos, el 27 de setiembre de 1860 ya no trataban de vencer, sino de morir con honor. La muerte los acechaba y sólo era cuestión de tiempo. Describamos al acaso una de tantas escenas que precedieron a la fatal toma de La Trinchera.

Era el 27 de setiembre. Conocido es lo que se ha llamado La Angostura, esto es, un estrecho istmo como de cuarenta varas de ancho entre el mar y el estero en la lengua de tierra que forma el puerto de Puntarenas. A veces en las altas mareas este istmo queda reducido a un espacio de cinco varas. Allí es donde se construyó la famosa Trinchera, con grandes tablonces de madera de cuadro. Una cubierta de manta formaba el techo con que se abrigaban del agua y del sol, sus defensores. Nueve grandes cañones colocados en semi-círculo, defendían y barrían el camino.

Cada pieza estaba al mando de un oficial. Como casi todos fueron mártires y se batieron como héroes, justo es que aquí consignemos sus nombres. El número primero estaba al mando de don Leonidas Orozco, los siguientes al de los señores don Antonio Argüello, don José de Jesús Quesada, don Frutos Mora, don Francisco

Castro, don Evaristo Fernández, don Alberto Villalta y dos alemanes amigos de don Guillermo Nanne.

Eran las seis de la tarde. Un corneta y un tambor ejecutaban el toque de la oración. Todavía en esa época se practicaba la ordenanza militar española, y las guarniciones, a esa hora en que los cristianos dirigían sus ruegos al Todopoderoso, hacían lo mismo, y oficiales y soldados, con la cabeza descubierta y de pie, repetían la oración que el cabo de la guardia en voz alta pronunciaba.

Concluída la ceremonia, que por última vez debían practicar la mayor parte de aquellos pobres predestinados a la muerte al día siguiente, cada uno volvió a sus quehaceres.

El viejo Cañas, vestido con su pintoresca camisa roja de lana, se recostó sobre la cureña de un cañón y saturado de mortal tristeza contemplaba un cuadro que contenía dos retratos: el de su Lupita y el de Pincho o Francisco Cañas, su primogénito, que apenas tuvo tiempo de abrazar al salir del Salvador, a donde llegó Pincho la víspera. Hacía cinco años que Pincho estudiaba el comercio en Valparaíso y volvía a su casa dichoso y adorado por todos los que lo trataban, porque Pincho era el mismo general Cañas cuando era adolescente.

Hermoso y elegante, simpático e inteligente, Pincho llegó a San Salvador la víspera que su padre. Mas cuando el viejo general contemplaba su retrato, prometiéndose mil goces en la sociedad de su hijo, ya éste había volado a las regiones de la muerte: una fiebre maligna lo arrebató a su familia.

Cañas murió sin saber que su hijo lo había precedido en el camino de la eternidad. ¡Terribles decretos del destino, que había condenado a Lupita, la santa esposa del general Cañas, a perder en una sola semana a su marido, a su hijo primogénito y a su hermano mayor (don Juan Rafael Mora), quedando abandonada y sin recursos en el ostracismo que había compartido con su marido! Ya viuda, mártir, y madre de numerosa prole, tuvo que ganar con su trabajo personal en extranjera tierra, el amargo pan de la proscripción.

Los demás jefes y oficiales, cuál más, cuál menos, todos pensaban en su familia ausente, en su vieja madre, en la joven hija y en la prometida esposa. Alberto Villalta pensaba en su Elisa, y acariciaba su cañón, como al amigo a quien debería el amor de la hija de Cañas. Alberto se enganchó al servicio de Cañas, con ánimo de hacer cuanto en su mano estuviera para salvar al viejo guerrero o para morir con él.

Todas esas reveries cesaron al escuchar la terrible voz del cañón enemigo. En efecto, dos balas rojas unidas por una cadena, habían penetrado en el campamento, herido a un soldado, y destruído completamente el techo de la tienda de campaña que abrigaba a los jefes.

La juventud es siempre y en todas partes la luz y la alegría de la vida. Todo lo que pasa en esa primavera de la existencia, es motivo de placer y manantial de risas y chanzas.

Así fue que los jóvenes oficiales, jefes de las piezas, un momento antes tristes y mustios, reían a carcajadas al ver a la cocinera del campamento, la popular y célebre Liberia, furiosa contra los poco diestros artilleros del enemigo, que en vez de matar soldados, le habían destruído y dispersado las cazuelas y platos listos para la cena.

En esos momentos, el solemne silbido de una bala de cañón atravesaba de sur a norte, esto es, del mar al Estero, a una grande elevación sobre La Trinchera. Era el aviso convenido con los comandantes de las lanchas cañoneras, quienes debían con esa señal indicar que había novedad o peligro inminente para los defensores de La Angostura.

Esas dos lanchas armadas, una con dos cañones y la otra con sólo uno, pero de grueso calibre, las mandaban: la que ocupaba el mar abierto don Guillermo Nanne, y la que recorría el Estero, el bizarro inglés, capitán Rogers, cuya larga vida ha sido dedicada sólo al servicio de Costa Rica.

Hoy vive aún en Puntarenas, lleno de gloria y de años, y rodeado del respeto y cariño de los costarricenses. Cada arruga de su venerable rostro es una página de heroicos sacrificios por su patria adoptiva.

-¡A las armas!- exclamó Santander, el segundo de Cañas, chileno de buena familia, valiente y buen mozo, a quien el destino condujo a nuestras playas en esa época. Al instante estuvo cada hombre en su puesto.

Sólo el general Cañas permaneció tranquilo y no abandonó su cómodo lecho, esto es, la cureña de su cañón. Y es porque esas alarmas eran tan frecuentes, que ya no le llamaban la atención. Además, su larga experiencia de la guerra le indicaba que aún no se trataba del asalto.

Sólo dijo sonriendo y con su gracioso ceceo habitual:

-Muchachos, no ... no ... no hay que ol... ol ... olvidar que, que, que perro que ladra no ... no ... muerde.

No es mi ánimo contar ahora el sangriento combate que tuvo lugar el día siguiente, y que concluyó con la toma de La Trinchera.

En otra obrita de este mismo género encontrará el lector la relación de este trágico suceso. Por ahora sólo relacionamos la historia del cruento fin de Cañas.

IV

En setiembre de 1860 desembarcaron Mora y Cañas en Puntarenas, llamados por sus numerosos partidarios. Para la generalidad de los moristas aquella entrada triunfal fue una fiesta que auguraba próximos y venturosos acontecimientos. Mas no para ciertas sensitivas, que, como Elisa, viven de amor y cariño. La llegada de Cañas la impresionó penosamente, sin explicarse el motivo; algo como el don del

adivino tienen los corazones amantes y apasionados, y ese algo anunciaba a Elisa desconocidos infortunios y siniestras soluciones.

El instinto de su cariño filial fue más previsor que las indicaciones de su cerebro, y ese instinto la hizo presentir al través del denso velo que cubre el porvenir, y a pesar de los halagadores mirajes del presente, los trágicos desenlaces del ciego destino.

El general Cañas en su visita de inspección a Esparta, antes que el Gobierno hubiera tomado el paso del río Barranca, estuvo unos instantes con su hija. Esta le suplicó que le permitiera coserle en la camisa un pequeño escapulario de la Virgen del Socorro, que esperaba, decía ella, lo libraría de las balas. Cañas, riendo y chanceándose, aseguró a Elisa que desde ese momento sería inexpugnable, "cosa de poca monta", añadía con el ceceo que acostumbraba, "porque ... que ... que ... los vie ... vie ... jos ... co ... co ... como yo no sir ... sirven pa ... para mal ... mal ... di ... dita la co ... cosa".

Luego siguieron los fatales e inexplicables desastres que condujeron a Mora y a Cañas al banquillo de los ajusticiados.

Un consejo de guerra compuesto de sus más encarnizados enemigos, los condenó a muerte. Aquél fue ejecutado el 30 de setiembre. Imposible pensar que Cañas tuviera la misma suerte: primero, porque el mismo consejo de guerra, a pesar de su parcialidad, recomendó el viejo general a la clemencia del gobierno, pidiendo que se le conmutara la pena de muerte por la de destierro perpetuo; segundo, porque transcurridas 48 horas después de la muerte de Mora, la calma había reemplazado a la excitación que sigue a los combates; y tercero, porque la popularidad de Cañas era tal, que se consideraba peligroso el llevar las cosas a ese extremo, que quizá acabaría con la paciencia del soldado. Muy pocos serían los milicianos que componían el ejército expedicionario del gobierno, que no hubieran militado bajo los órdenes de Cañas.

¡Cuál sería el asombro de amigos y aun de enemigos de Mora, al saberse que a las tres de la madrugada del dos de octubre había llegado a Puntarenas un emisario del gobierno, cubierto de lodo, y después de reventar dos caballos. Ese correo de la muerte había traído la orden de fusilar al heroico y viejo guerrero, dentro de las dos horas siguientes a su llegada. (a)

V

Era el dos de octubre de 1860. Las tres de la mañana apuntaba un reloj que colgaba de una de las paredes del gran salón, donde esperaban su mísero destino varios de los prisioneros tornados en el combate de La Trinchera, o que voluntariamente se habían presentado a merced del vencedor.

Un batallón entero rodeaba esa prisión que contenía lo que aún quedaba viviente de los amigos que acompañaron a Mora en Puntarenas. Entre ellos corrían gran peligro aún.

Se llamaba el infortunado mensajero Ramón Castro Araya, el general Cañas, el coronel del mismo apellido hermano de aquél, el capitán Leonidas Orozco, y el señor don Manuel Argüello. El trágico fin de don Juan Rafael Mora los tenía anonadados.

Tronaba el rayo en el firmamento y caía aguacero diluviano, cuyos ruidos apenas dejaban percibir los bramidos del océano enfurecido por el huracán.

Sin esperanza de conciliar el sueño, se recogieron unos después de los otros en unas camas-tijeras y guardaron silencio por consideración a Cañas. Cuando parecían todos dormidos, como a las dos de la madrugada, el centinela de la puerta se acercó de puntillas al lecho de Cañas y con los ojos llenos de lágrimas, contempló silenciosamente su varonil y simpática figura.

Quien tales muestras de ternura no pudo ocultar, era un soldado joven, casi adolescente, bello como un adonis, y en cuyo rostro aún no se asomaba una sola señal del vello que distingue al sexo fuerte. Como uno de los brazos de Cañas colgaba fuera del lecho, el soldado se acercó, se arrodilló y le besó . . . la mano. Cañas despertó al sentir el perfumado aliento del gentil soldado, y se sentó ... El soldado se excusó diciendo: que por la agitación que en su sueño manifestaba el general, pensó que quizás sufría de una pesadilla, y decidió despertarlo. ¡ Cuál sería la sorpresa del general al reconocer en el soldado a su hija Elisa, que se había cortado el pelo, disfrazado con el uniforme militar y enganchado como voluntario en el ejército del gobierno!

A la media oscuridad que había en el salón, mantenida por un solo farol o linterna, con una sola vela, manifestó Elisa a Cañas el objeto de su venida allí.

Se trataba de que en el acto cambiase su vestido por el de un oficial, que consistía: en un pantalón de lana azul, y una camisa roja, a lo Garibaldi, vestido que en esa expedición usaron aun los más altos jefes, como Blanco y don Francisco Montealegre. Así disfrazado, debía Cañas atravesar la guardia, seguido y rodeado por cuatro jóvenes soldados, amigos de Elisa que esperaban en la puerta.

Cañas vaciló ... La dijo que él creía no había ya motivo para temer otra solución de aquel drama, que el destierro que se verificaría cuando pasara el vapor, y que el paquebote lo esperaban ese día mismo.

Elisa insistió y suplicó, asegurándole que corrían en el ejército siniestros presentimientos de extraordinarios sucesos.

Es imposible, dijo Cañas, que después de cuatro días de calma se pretenda hacer nuevos asesinatos políticos, y que él creía y aún tenía fe en los sentimientos de gratitud del pueblo de Costa Rica, por los servicios que él había prestado en Nicaragua, etc.

Elisa lloraba y de rodillas le rogaba que la siguiera, cuando se oyó un redoble de tambor y un lejano sonido de corneta. Elisa palideció y procuró forzar cariñosamente a Cañas para que la siguiera; mas pronto se oyeron pasos acelerados de personas que se acercaban, luego apareció al frente de un grupo de militares, un oficial con una linterna sorda en una mano y un revólver en la otra. Lo seguían el General Blanco y varios oficiales. Elisa apenas tuvo tiempo de llegar a la puerta, tomar el rifle y colocarse en su puesto.

Entró al salón el fúnebre grupo y el oficial cuyo vestido manaba agua por todas partes y cubierto de lodo del camino, comenzó a llamar en voz alta a los prisioneros, que contestaban asombrados y medio dormidos. Concluida la revista, el fatídico capitán dijo en voz cavernosa: -Que el General Cañas pase a otra pieza, donde debe estar separado de sus compañeros.

A pesar de lo terrible y espantoso que anunciaba esa orden, Cañas, con una sonrisa mezclada de tristeza y de desprecio al capitán mensajero de desgracias, le manifestó: que estaba listo a seguirlo. Pero antes de marchar, y mientras se vestía dijo a cada uno de sus compañeros de prisión algunas frases agradables. Al joven don Manuel Argüello dióle un abrazo, diciéndole: -Esto me huele a viaje largo; al país de donde no se vuelve nunca.

Argüello quiso despreocupar a Cañas recordándole su popularidad, sobre todo, en el ejército.

-Allí precisamente está el peligro- contestó el General-; si yo fuera aborrecido, no me temerían, y me dejarían tranquilo; para probarte que no me engaño, vamos a hacer una apuesta: tus cigarros concluyeron, y yo aún tengo dos macitos, mientras que tú tienes fósforos, de los cuales yo carezco. Si me separan para fusilarme, mis cigarrillos te pertenecerán; y si al contrario, sólo se trata de una mera formalidad, tus fósforos serán míos. El premio pues, lo representan: para mí la caja de fósforos, para ti mis cigarrillos; adiós y que El nos ayude a todos.

Y saludando al grupo de amigos, marchó tranquilo y sereno, para la pieza que seguía al salón.

Conocida es la célebre carta que en despedida escribió a su amigo íntimo don Eduardo Béeche. En sustancia decía así:

"Querido don Eduardo; dentro de unos momentos me habrán despachado al otro mundo; no temo el viaje, sólo me apena la suerte de mi Lupita, y la de mis hijos que quedan pobres, desterrados y sin apoyo.

"En mi larga existencia he tenido ocasión de enfrentarme mil veces con la muerte; pero siempre la vi a través de la excitación de la victoria o de la pena y la vergüenza de la derrota. Hoy es diferente, pues la escuálida Parca me mira tranquila y se burla al considerarme víctima, no de mis enemigos, sino de mi Patria adoptiva, y de mis amigos.

"¡No importa! Siempre he creído que el hombre es inmortal y que la muerte es el despertar de la vida; la aurora de una nueva existencia; que dentro de cuarenta minutos habré dejado de soñar y comenzaré a vivir en el lugar que Dios tiene destinado para los que hemos vivido según sus leyes, y haciendo cuanto bien hemos podido a la familia, a la Patria y a la humanidad en general.

"¡Adiós! Dígale a Dorila su esposa, que no olvide a su viejo tío, a quien llamaba el corruptor de su marido; para corrupciones estoy ahora, que dentro de una semana ni los perros se acercarán a mi corrupto cuerpo.

"Adiós y adiós ... Esa mancha que parece de aceite, al principio de esta carta, no es más que una malhadada lágrima, que sin mi voluntad se escapó de mis ojos. De nuevo, adiós. Cañas".

El viejo batallador salió de su prisión custodiado por una fuerte escolta. El pelotón de ejecución marchaba inmediatamente detrás de él. Cualquiera que no hubiera sabido que se trataba de ultimar a aquel hombre, habría pensado que quien mandaba la escolta era él, y que el pálido y tembloroso oficial que en realidad iba a la cabeza de la fuerza armada, era el destinado al último suplicio.

El General en jefe, Blanco, en vano solicitó, rogó y amenazó a todos los oficiales del ejército expedicionario, uno después de otro, para que obedecieran y mandaran hacer fuego contra Cañas. Todos se negaron a hacer el papel de verdugos del héroe de la Campaña Nacional. "Preferimos morir, a mandar a hacer fuego sobre nuestro valiente jefe", dijeron todos. Por fin se presentó el mismo capitán que llevó de San José la sentencia de muerte y despertó a los prisioneros en la madrugada. ¿Quién ignora el nombre de ese fatídico acuchillador de inocentes y de heroicos personajes?

Ramón es su nombre de bautismo; buscad lector el apellido de esa fiera humana y lo encontraréis en la historia de Costa Rica siempre que se ha tratado de hacer mal a los hombres o a las cosas. Para cada persona que encontró en el tránsito para los Jobos, tuvo Cañas una palabra' agradable. Al uno lo saludaba y le preguntaba por su esposa o su hija. A la otra la llamaba por su nombre de convención, como lo hizo con la "Lorenza " a quien vio en una ventana, en donde lloraba y gemía ya ronca y desesperada. "Sígueme, la dijo, pues te necesito en los Jobos".

Llegado al mismo lugar donde fueron fusilados Mora y Arancívia, suplicó al oficial que le permitiera mandar el pelotón que debía darle muerte. El grosero militar le dijo que en Costa Rica sobraba quien lo hiciera, más al ver el gesto amenazador y hostil de los soldados, dijo: "Sea, pero que esto concluya pronto". El viejo guerrero con voz llena, alta y clara, dio las órdenes.

-¡Atención camaradas ... ! Preparen ... Apunten ... aquí, al pecho, no tiren a mi cara... ¡fuego!

Un suave gemido se oyó y todo fue concluido.

A las doce del día dos de octubre, almorzaban los prisioneros que aún restaban vivos en el salón ya descrito antes. Apenas comían, silenciosos, tristes e inquietos, cuando entró la simpática y generosa Lorenza la Realejeña, gritando: "¡Asesinos, bandidos, ya lo estarán matando!" "¿A quién?", preguntaban todos. En ese instante se oyó una descarga de fusilería ...

-Ya no existe Cañas, esa descarga es la de la escolta que lo ejecutó. Aquí traigo un macito de cigarros que la víctima me entregó para que lo pusiera en manos de don Manuel Argüello. Dijo que aunque él había ganado la apuesta, pagaba porque ya no necesitaba ni cigarros, ni fósforos, pues en el otro mundo era prohibido fumar.

El oficial don Rosario Gutiérrez recogió la dentadura postiza que usaba el general y se la obsequió a Lupita, la viuda mártir.

EPILOGO

Antes de que se señalara en La Chacarita, el lugar donde deben sepultarse los cadáveres de los que mueren en Puntarenas, el camposanto de esa población lo era el nombrado Manglar, frente a la población, con el Estero de por medio.

Nada más triste y desolado que esa lengua de arena, situada al pie de las siniestras selvas de manglares, que tiene: al saliente las cumbres del Monte del Aguacate, al poniente las azules aguas del Golfo de Nicoya, al norte los manglares referidos y al sur, en lontananza, el grande océano, precedido de la punta de arenas en que está situada la ciudad del mismo nombre.

En ese arenal, abandonados de Dios y de los hombres, reposaron los restos de los que fueron los generales Mora y Cañas, hasta que un generoso hijo de la Francia, don Juan Bonfille, los recogió y colocó en ricas urnas, que se depositaron en el panteón de San José. Que la tierra le sea ligera a él mismo; pues poco después murió, llorado por su respetable familia y por sus numerosos amigos.

Las olas del Estero a veces lamen esa arena, que apenas oculta los cadáveres que allí se depositan.

Dos años después del cruento drama que hemos relatado, una Hermana de la Caridad joven y bella, pero de una palidez y demacración excesiva, oraba allí arrodillada al pie de una pequeña cruz de madera. Acompañábale otra religiosa de la misma orden, ésta ya entrada en años. Eran, la primera, Elisa Delmar, la otra, la Madre Escolástica de la Visitación, superiora que había sido en Guatemala.

Elisa, desesperada por la prematura muerte del general Cañas, vivió seis meses en Esparta con su madre Berta. Mas éste último apoyo le faltó, a consecuencia de una fiebre biliosa que la llevó al sepulcro.

Sin lazos que la ligaran a Costa Rica y decidida a profesar en la orden de las Hermanas de Caridad, malvendió los pocos bienes que dejó Berta, y se marchó para Guatemala.

Un año después profesó y vivió algunos meses en el Hospital de la Antigua Guatemala, en donde fue apreciada en lo que valía, por sus compañeras y por las madres.

Un día llegó en el correo la orden de la superiora de la corporación para que se embarcara con otras hermanas y una madre y pasaran a Montevideo a desempeñar una importante comisión. Así fue que al pasar por Puntarenas desembarcó allí, para visitar el sepulcro de Cañas.

Esta fue la última vez que tuvimos noticias de su existencia, y hoy ignoramos si vive o ha volado al Elíseo a juntarse con sus padres.

Alberto Villalta, enfermo de incurable amor no correspondido, volvió a Colombia y se hizo matar en una de esas que llaman folliscas en Panamá, batiéndose como se baten los que nada tienen en la vida.

Lectura del texto. (Fragmentos)

ANA FRANK DIARIO

1 de junio de 1942



Espero poder confiártelo todo como aún no lo he podido hacer con nadie, y espero que seas para mí un gran apoyo.

[...]

Domingo, 14 de junio de 1942

Lo mejor será que empiece desde el momento en que te recibí, o sea, cuando te vi en la mesa de los regalos de cumpleaños (porque también presencié el momento de la compra, pero eso no cuenta).

El viernes 12 de junio, a las seis de la mañana ya me había despertado, lo que se entiende, ya que era mi cumpleaños. Pero a las seis todavía no me dejan levantarme, de modo que tuve que contener mi curiosidad hasta las siete menos cuarto. Entonces ya no pude más: me levanté y me fui al comedor, donde Moortje¹, el gato, me recibió haciéndome carantoñas.

Poco después de las siete fui a saludar a papá y mamá y luego al salón, a desenvolver los regalos, lo primero que vi fuiste tú, y quizá hayas sido uno de mis regalos más bonitos. Luego un ramo de rosas y dos ramas de peonías. Papá y mamá me regalaron una blusa azul, un juego de mesa, una botella de zumo de uva que a mi entender sabe un poco a vino (¿acaso el vino no se hace con uvas?), un rompecabezas, un tarro de crema, un billete de 2,50 florines y un vale para comprarme dos libros. Luego me regalaron otro libro, La cámara oscura, de Hildebrand (pero como Margot ya lo tiene he ido a cambiarlo), una bandeja de galletas caseras (hechas por mí misma, porque últimamente se me da muy bien eso de hacer galletas), muchos dulces y una tarta de fresas hecha por mamá. También una carta de la abuela, que ha llegado justo a tiempo; pero eso, naturalmente, ha sido casualidad.

Entonces pasó a buscarme Hanneli y nos fuimos al colegio. En el recreo convidé a galletas a los profesores y a los alumnos, y luego tuvimos que volver a clase. Llegué a casa a las cinco, pues había ido a gimnasia (aunque no me dejan participar porque se me dislocan fácilmente los brazos y las piernas) y como juego de cumpleaños elegí el voleibol para que jugaran mis compañeras. Al llegar a casa ya me estaba esperando Sanne Lederman. A Ilse Wagner, Hanneli Goslar y Jacqueline van Maarsen las traje conmigo de la clase de gimnasia, porque son compañeras mías del colegio. Hanneli y Sanne eran antes mis mejores amigas, y cuando nos veían juntas, siempre nos decían: «Ahí van Anne, Hanne y Sanne.» A Jacqueline van Maarsen la conocí hace poco en el liceo judío y es ahora mi mejor amiga. use es la mejor amiga de Hanneli, y Sanne va a otro colegio, donde tiene sus amigas.

El club me ha regalado un libro precioso, Sagas y leyendas neerlandesas, pero por equivocación me han regalado el segundo tomo, y por eso he cambiado otros dos libros por el primer tomo. La tía Helene me ha traído otro rompecabezas, la tía Stephanie un broche muy mono y la tía Leny un libro muy divertido, Las vacaciones de Daisy en la montaña. Esta mañana, cuando me estaba bañando, pensé en lo bonito que sería tener un perro como Rin-tintín. Yo también lo llamaría Rin-tin-tín, y

¹ En neerlandés, literalmente, «Moritso» o «Morenito».

en el colegio siempre lo dejaría con el conserje, o cuando hiciera buen tiempo, en el garaje para las bicicletas.

[...]

Sábado, 20 de junio de 1942

Para alguien como yo es una sensación muy extraña escribir un diario. No sólo porque nunca he escrito, sino porque me da la impresión de que más tarde ni a mí ni a ninguna otra persona le interesarán las confidencias de una colegiala de trece años. Pero eso en realidad da igual, tengo ganas de escribir y mucho más aún de desahogarme y sacarme de una vez unas cuantas espinas. «El papel es más paciente que los hombres.» Me acordé de esta frase uno de esos días medio melancólicos en que estaba sentada con la cabeza apoyada entre las manos, aburrida y desganada, sin saber si salir o quedarme en casa, y finalmente me puse a cavilar sin moverme de donde estaba. Sí, es cierto, el papel es paciente, pero como no tengo intención de enseñarle nunca a nadie este cuaderno de tapas duras llamado pomposamente «diario», a no ser que alguna vez en mi vida tenga un amigo o una amiga que se convierta en el amigo o la amiga «del alma», lo más probable es que a nadie le interese.

He llegado al punto donde nace toda esta idea de escribir un diario: no tengo ninguna amiga.

Para ser más clara tendré que añadir una explicación, porque nadie entenderá cómo una chica de trece años puede estar sola en el mundo. Es que tampoco es tan así: tengo unos padres muy buenos y una hermana de dieciséis, y tengo como treinta amigas en total, entre buenas y menos buenas. Tengo un montón de admiradores que tratan de que nuestras miradas se crucen o que, cuando no hay otra posibilidad, intentan mirarme durante la clase a través de un espejito roto. Tengo a mis parientes, a mis tías, que son muy buenas, y un buen hogar. Al parecer no me falta nada, salvo la amiga del alma. Con las chicas que conozco lo único que puedo hacer es divertirme y pasarlo bien. Nunca hablamos de otras cosas que no sean las cotidianas, nunca llegamos a hablar de cosas íntimas. Y ahí está justamente el quid de la cuestión. Tal vez la falta de confidencialidad sea culpa mía, el asunto es que las cosas son como son y lamentablemente no se pueden cambiar. De ahí este diario.

Para realzar todavía más en mi fantasía la idea de la amiga tan anhelada, no quisiera apuntar en este diario los hechos sin más, como hace todo el mundo, sino que haré que el propio diario sea esa amiga, y esa amiga se llamará Kitty.

¡Mi historia! (¡Cómo podría ser tan tonta de olvidármela!)

Como nadie entendería nada de lo que fuera a contarle a Kitty si lo hiciera así, sin ninguna introducción, tendré que relatar brevemente la historia de mi vida, por poco que me plazca hacerlo.

Mi padre, el más bueno de todos los padres que he conocido en mi vida, no se casó hasta los treinta y seis años con mi madre, que tenía veinticinco. Mi hermana Margot nació en 1926 en Alemania, en Francfort del Meno. El 1 z de junio de 1929 le seguí yo. Viví en Francfort hasta los cuatro años. Como somos judíos «de pura cepa», mi padre se vino a Holanda en 1933, donde fue nombrado director de Opekta, una compañía holandesa de preparación de mermeladas. Mi madre, Edith Holländer, también vino a Holanda en septiembre, y Margot y yo fuimos a Aquisgrán, donde vivía mi abuela. Margot vino a Holanda en diciembre y yo en febrero, cuando me pusieron encima de la mesa como regalo de cumpleaños para Margot.

Pronto empecé a ir al jardín de infancia del colegio Montessori, y allí estuve hasta cumplir los seis años. Luego pasé al primer curso de la escuela primaria. En sexto tuve a la señora Kuperus, la directora. Nos emocionamos mucho al despedirnos a fin de curso y lloramos las dos, porque yo había sido admitida en el liceo judío, al que también iba Margot.

Nuestras vidas transcurrían con cierta agitación, ya que el resto de la familia que se había quedado en Alemania seguía siendo víctima de las medidas antijudías decretadas por Hitler. Tras los pogromos de 1938, mis dos tíos maternos huyeron y llegaron sanos y salvos a Norteamérica; mi pobre abuela, que ya tenía setenta y tres años, se vino a vivir con nosotros.

Después de mayo de 1940, los buenos tiempos quedaron definitivamente atrás: primero la guerra, luego la capitulación, la invasión alemana, y así comenzaron las desgracias para nosotros los judíos. Las medidas antijudías se sucedieron rápidamente y se nos privó de muchas libertades. Los judíos deben llevar una estrella de David; deben entregar sus bicicletas; no les está permitido viajar en tranvía; no les está permitido viajar en coche, tampoco en coches particulares; los judíos sólo pueden hacer la compra desde las tres hasta las cinco de la tarde; sólo pueden ir a una peluquería judía; no pueden salir a la calle desde las ocho de la noche hasta las seis de la madrugada; no les está permitida la entrada en los teatros, cines y otros lugares de esparcimiento público; no les está permitida la entrada en las piscinas ni en las pistas de tenis, de hockey ni de ningún otro

deporte; no les está permitido practicar remo; no les está permitido practicar ningún deporte en público; no les está permitido estar sentados en sus jardines después de las ocho de la noche, tampoco en los jardines de sus amigos; los judíos no pueden entrar en casa de cristianos; tienen que ir a colegios judíos, y otras cosas por el estilo. Así transcurrían nuestros días: que si esto no lo podíamos hacer, que si lo otro tampoco. Jacques siempre me dice: «Ya no me atrevo a hacer nada, porque tengo miedo de que esté prohibido.»

En el verano de 1941, la abuela enfermó gravemente. Hubo que operarla y mi cumpleaños apenas lo festejamos. El del verano de 1940 tampoco, porque hacía poco que había acabado la guerra en Holanda. La abuela murió en enero de 1942. Nadie sabe lo mucho que pienso en ella, y cuánto la sigo queriendo. Este cumpleaños de 1942 lo hemos festejado para compensar los anteriores, y también tuvimos encendida la vela de la abuela.

Nosotros cuatro todavía estamos bien, y así hemos llegado al día de hoy, 20 de junio de 1942, fecha en que estreno mi diario con toda solemnidad.

[...]

Miércoles, 24 de junio de 1942

Querida Kitty:

¡Qué bochorno! Nos estamos asando, y con el calor que hace tengo que ir andando a todas partes. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo cómodo que puede resultar un tranvía, sobre todo los que son abiertos, pero ese privilegio ya no lo tenemos los judíos: a nosotros nos toca ir en el «coche de San Fernando». Ayer a mediodía tenía hora con el dentista en la Jan Luykenstraat, que desde el colegio es un buen trecho. Lógico que luego por la tarde en el colegio casi me durmiera. Menos mal que la gente te ofrece algo de beber sin tener que pedirlo. La ayudante del dentista es verdaderamente muy amable.

El único medio de transporte que nos está permitido coger es el transbordador. El barquero del canal Jozef Israëlskade nos cruzó nada más pedírselo. De verdad, los holandeses no tienen la culpa de que los judíos padezcamos tantas desgracias.

Ojalá no tuviera que ir al colegio. En las vacaciones de Semana Santa me robaron la bici, y la de mamá, papá la ha dejado en casa de unos amigos cristianos.

Pero por suerte ya se acercan las vacaciones: una semana más y ya todo habrá quedado atrás.

Ayer por la mañana me ocurrió algo muy cómico. Cuando pasaba por el garaje de las bicicletas, oí que alguien me llamaba. Me volví y vi detrás de mí a un chico muy simpático que conocí anteanoche en casa de Wilma, y que es un primo segundo suyo. Wilma es una chica que al principio me caía muy bien, pero que se pasa el día hablando nada más que de chicos, y eso termina por aburrirte. El chico se me acercó algo tímido y me dijo que se llamaba Helio Silberberg. Yo estaba un tanto sorprendida y no sabía muy bien lo que pretendía, pero no tardó en decírmelo: buscaba mi compañía y quería acompañarme al colegio. «Ya que vamos en la misma dirección, podemos ir juntos», le contesté, y juntos salimos. Helio ya tiene dieciséis años y me cuenta cosas muy entretenidas.

Hoy por la mañana me estaba esperando otra vez, y supongo que en adelante lo seguirá haciendo.

Tu Ana

[...]

Miércoles, 8 de julio de 1942

Querida Kitty:

Desde la mañana del domingo hasta ahora parece que hubieran pasado años. Han pasado tantas cosas que es como si de repente el mundo estuviera patas arriba, pero ya ves, Kitty: aún estoy viva, y eso es lo principal, como dice papá. Sí, es cierto, aún estoy viva, pero no me preguntes dónde ni cómo. Hoy no debes de entender nada de lo que te escribo, de modo que empezaré por contarte lo que pasó el domingo por la tarde.

A las tres de la tarde -Helio acababa de salir un momento, luego volvería- alguien llamó a la puerta. Yo no lo oí, ya que estaba leyendo en una tumbona al sol en la galería. Al rato apareció Margot toda alterada por la puerta de la cocina.

-Ha llegado una citación de la SS para papá -murmuró-. Mamá ya ha salido para la casa de Van Daan. (Van Daan es un amigo y socio de papá.)

Me asusté muchísimo. ¡Una citación! Todo el mundo sabe lo que eso significa. En mi mente se me aparecieron campos de concentración y celdas solitarias. ¿Acaso íbamos a permitir que a papá se lo llevaran a semejantes lugares?

-Está claro que no irá -me aseguró Margot cuando nos sentamos a esperar en el salón a que regresara mamá-. Mamá ha ido a preguntarle a Van Daan si podemos instalarnos en nuestro escondite mañana. Los Van Daan se esconderán con nosotros. Seremos siete.

Silencio. Ya no podíamos hablar. Pensar en papá, que sin sospechar nada había ido al asilo judío a hacer unas visitas, esperar a que volviera mamá, el calor, la angustia, todo ello junto hizo que guardáramos silencio.

De repente llamaron nuevamente a la puerta. -Debe de ser Helio -dije yo.

-No abras -me detuvo Margot, pero no hacía falta, oímos a mamá y al señor Van Daan abajo hablando con Helio. Luego entraron y cerraron la puerta. A partir de ese momento, cada vez que llamaran a la puerta, una de nosotras debía bajar sigilosamente para ver si era papá; no abríamos la puerta a extraños. A Margot y a mí nos hicieron salir del salón; Van Daan quería hablar a solas con mamá.

Una vez en nuestra habitación, Margot me confesó que la citación no estaba dirigida a papá, sino a ella. De nuevo me asusté muchísimo y me eché a llorar. Margot tiene dieciséis años. De modo que quieren llevarse a chicas solas tan jóvenes como ella... Pero por suerte no iría, lo había dicho mamá, y seguro que a eso se había referido papá cuando conversaba conmigo sobre el hecho de escondernos. Escondernos... ¿Dónde nos esconderíamos? ¿En la ciudad, en el campo, en una casa, en una cabaña, cómo, cuándo, dónde? Eran muchas las preguntas que no podía hacer, pero que me venían a la mente una y otra vez.

Margot y yo empezamos a guardar lo indispensable en una cartera del colegio. Lo primero que guardé fue este cuaderno de tapas duras, luego unas plumas, pañuelos, libros del colegio, un peine, cartas viejas... Pensando en el escondite, metí en la cartera las cosas más estúpidas, pero no me arrepiento. Me importan más los recuerdos que los vestidos.

A las cinco llegó por fin papá. Llamamos por teléfono al señor Kleiman, pidiéndole que viniera esa misma tarde. Van Daan fue a buscar a Miep. Miep vino, y en una bolsa se llevó algunos zapatos, vestidos, chaquetas, ropa interior y medias,

y prometió volver por la noche. Luego hubo un gran silencio en la casa: ninguno de nosotros quería comer nada, aún hacía calor y todo resultaba muy extraño.

La habitación grande del piso de arriba se la habíamos alquilado a un tal Goldschmidt, un hombre divorciado de treinta y pico, que por lo visto no tenía nada que hacer, por lo que se quedó matando el tiempo hasta las diez con nosotros e4 el salón, sin que hubiera manera de hacerle entender que se fuera.

A las once llegaron Miep y Jan Gies. Miep trabaja desde 1933 para papá y se ha hecho íntima amiga de la familia, al igual que su flamante marido Jan. Nuevamente desaparecieron zapatos, medias, libros y ropa interior en la bolsa de Miep y en los grandes bolsillos del abrigo de Jan, y a las once y media también desaparecieron ellos mismos.

Estaba muerta de cansancio, y aunque sabía que sería la última noche en que dormiría en mi cama, me dormí en seguida y no me desperté hasta las cinco y media de la mañana, cuando me llamó mamá. Por suerte hacía menos calor que el domingo; durante todo el día cayó una lluvia cálida. Todos nos pusimos tanta ropa que era como si tuviéramos que pasar la noche en un frigorífico, pero era para poder llevarnos más prendas de vestir. A ningún judío que estuviera en nuestro lugar se le habría ocurrido salir de casa con una maleta llena de ropa. Yo llevaba puestas dos camisetas, tres pantalones, un vestido, encima una falda, una chaqueta, un abrigo de verano, dos pares de me 'as, zapatos cerrados, un gorro, un pañuelo y muchas cosas as; estando todavía en casa ya me entró asfixia, pero no había' más remedio.

Margot llenó de libros la cartera del colegio, sacó la bicicleta del garaje para bicicletas y salió detrás de Miep, con un rumbo para mí desconocido. Y es que yo seguía sin saber cuál era nuestro misterioso destino.

A las siete y media también nosotros cerramos la puerta a nuestras espaldas. Del único del que había tenido que despedirme era de Moortje, mi gatito, que sería acogido en casa de los vecinos, según le indicamos al señor Goldschmidt en una nota.

Las camas deshechas, la mesa del desayuno sin recoger, medio kilo de carne para el gato en la nevera, todo daba la impresión de que habíamos abandonado la

casa atropelladamente. Pero no nos importaba la impresión que dejáramos, queríamos irnos, sólo irnos y llegar a puerto seguro, nada más.

Seguiré mañana.

Tu Ana

[...]

Jueves, 9 de julio de 1942

Querida Kitty:

Así anduvimos bajo la lluvia torrencial, papá, mamá y yo, cada cual con una cartera de colegio y una bolsa de la compra, cargadas hasta los topes con una mezcolanza de cosas. Los trabajadores que iban temprano a trabajar nos seguían con la mirada. En sus caras podía verse claramente que lamentaban no poder ofrecernos ningún transporte: la estrella amarilla que llevábamos era elocuente.

Sólo cuando ya estuvimos en la calle, papá y mamá empezaron a contarme poquito a poco el plan del escondite. Llevaban meses sacando de la casa la mayor cantidad posible de muebles y enseres, y habían decidido que entraríamos en la clandestinidad voluntariamente, el 16 de julio. Por causa de la citación, el asunto se había adelantado diez días, de modo que tendríamos que conformarnos con unos aposentos menos arreglados y ordenados.

El escondite estaba situado en el edificio donde tenía las oficinas papá. Como para las personas ajenas al asunto esto es algo difícil de entender, pasaré a dar una aclaración. Papá no ha tenido nunca mucho personal: el señor Kugler, Kleiman y Miep, además de Bep Voskuijl, la secretaria de 23 años. Todos estaban al tanto de nuestra llegada. En el almacén trabajan el señor Voskuijl, padre de Bep, y dos mozos, a quienes no les habíamos dicho nada.

El edificio está dividido de la siguiente manera: en la planta baja hay un gran almacén, que se usa para el depósito de mercancías. Este está subdividido en distintos cuartos, como el que se usa para moler la canela, el clavo y el sucedáneo de la pimienta, y luego está el cuarto de las provisiones. Al lado de la puerta del almacén está la puerta de entrada normal de la casa, tras la cual una segunda puerta da acceso a la escalera. Subiendo las escaleras se llega a una puerta de vidrio traslúcido, en la que antiguamente ponía «OFICINA» en letras negras. Se trata de la oficina principal del edificio, muy grande, muy luminosa y muy llena. De

día trabajan allí Bep, Miep y el señor Kleiman. Pasando por un cuartito donde está la caja fuerte, el guardarropa y un armario para guardar útiles de escritorio, se llega a una pequeña habitación bastante oscura y húmeda que da al patio. Éste era el despacho que compartían el señor Kugler y el señor Van Daan, pero que ahora sólo ocupa el primero. También se puede acceder al despacho de Kugler desde el pasillo, aunque sólo a través de una puerta de vidrio que se abre desde dentro y que es difícil de abrir desde fuera. Saliendo de ese despacho se va por un pasillo largo y estrecho, se pasa por la carbonera y, después de subir cuatro peldaños, se llega a la habitación que es el orgullo del edificio: el despacho principal. Muebles oscuros muy elegantes, el piso cubierto de linóleo y alfombras, una radio, una hermosa lámpara, todo verdaderamente precioso. Al lado, una amplia cocina con calentador de agua y dos hornillos, y al lado de la cocina, un retrete. Ése es el primer piso.

Desde el pasillo de abajo se sube por una escalera corriente de madera. Arriba hay un pequeño rellano, al que llamamos normalmente descansillo. A la izquierda y derecha del descansillo hay dos puertas. La de la izquierda comunica con la casa de delante, donde hay almacenes, un desván y una buhardilla. Al otro extremo de esta parte delantera del edificio hay una escalera superempinada, típicamente holandesa (de éstas en las que es fácil romperse la crisma), que lleva a la segunda puerta que da a la calle.

A la derecha del descansillo se halla la «casa de atrás». Nunca nadie sospecharía que detrás de esta puerta pintada de gris, sin nada de particular, se esconden tantas habitaciones. Delante de la puerta hay un escalón alto, y por allí se entra. Justo enfrente de la puerta de entrada, una escalera empinada; a la izquierda hay un pasillito y una habitación que pasó a ser el cuarto de estar y dormitorio de los Frank, y al lado otra habitación más pequeña: el dormitorio y estudio de las señoritas Frank. A la derecha de la escalera, un cuarto sin ventanas, con un lavabo y un retrete cerrado, y otra puerta que da a la habitación de Margot y mía. Subiendo las escaleras, al abrir la puerta de arriba, uno se asombra al ver que en una casa tan antigua de los canales pueda haber una habitación tan grande, tan luminosa y tan amplia. En este espacio hay un fogón (esto se lo debemos al hecho de que aquí Kugler tenía antes su laboratorio) y un fregadero. O sea, que ésa es la cocina, y a la vez también dormitorio del señor y la señora Van Daan, cuarto de estar general, comedor y estudio. Luego, una diminuta habitación de paso, que será la morada de Peter van Daan y, finalmente, al igual que en la casa de delante, un desván y una buhardilla. Y aquí termina la presentación de toda nuestra hermosa Casa de atrás.

Viernes, 10 de julio de 1942

Querida Kitty:

Es muy probable que te haya aburrido tremendamente con mi tediosa descripción de la casa, pero me parece importante que sepas dónde he venido a parar. A través de mis próximas cartas ya te enterarás de cómo vivimos aquí.

Ahora primero quisiera seguir contándote la historia del otro día, que todavía no he terminado. Una vez que llegamos al edificio de Prinsengracht 663, Miep nos llevó en seguida por el largo pasillo, subiendo por la escalera de madera, directamente hacia arriba, a la Casa de atrás. Cerró la puerta detrás de nosotros y nos dejó solos. Margot había llegado mucho antes en bicicleta y ya nos estaba esperando.

El cuarto de estar y las demás habitaciones estaban tan atiborradas de trastos que superaban toda descripción. Las cajas de cartón que a lo largo de los últimos meses habían sido enviadas a la oficina, se encontraban en el suelo y sobre las camas. El cuartito pequeño estaba hasta el techo de ropa de cama. Si por la noche queríamos dormir en camas decentes, teníamos que poner manos a la obra de inmediato. A mamá y a Margot les era imposible mover un dedo, estaban echadas en las camas sin hacer, cansadas, desganadas y no sé cuántas cosas más, pero papá y yo, los dos «ordenalotodo» de la familia, queríamos empezar cuanto antes.

Anduvimos todo el día desempaquetando, poniendo cosas en los armarios, martilleando y ordenando, hasta que por la noche caímos exhaustos en las camas limpias. No habíamos comido nada caliente en todo el día, pero no nos importaba; mamá y Margot estaban demasiado cansadas y nerviosas como para comer nada, y papá y yo teníamos demasiado que hacer.

El martes por la mañana tomamos el trabajo donde lo habíamos dejado el lunes. Bep y Miep hicieron la compra usando nuestras cartillas de racionamiento, papá arregló los paneles para oscurecer las ventanas, que no resultaban suficientes, fregamos el suelo de la cocina y estuvimos nuevamente trajinando de la mañana a la noche. Hasta el miércoles casi no tuve tiempo de ponerme a pensar en los grandes cambios que se habían producido en mi vida. Sólo entonces, por primera vez desde que llegamos a la Casa de atrás, encontré ocasión para ponerte al tanto de los hechos y al mismo tiempo para darme cuenta de lo que realmente me había pasado y de lo que aún me esperaba.

Tu Ana

Sábado, 11 de julio de 1942

Querida Kitty:

Papá, mamá y Margot no logran acostumbrarse a las campanadas de la iglesia del Oeste, que suenan cada quince minutos anunciando la hora. Yo sí, me gustaron desde el principio, y sobre todo por las noches me dan una sensación de amparo. Te interesará saber qué me parece mi vida de escondida, pues bien, sólo puedo decirte que ni yo misma lo sé muy bien. Creo que aquí nunca me sentiré realmente en casa, con lo que no quiero decir en absoluto que me desagrade estar aquí; más bien me siento como si estuviera pasando unas vacaciones en una pensión muy curiosa. Reconozco que es una concepción un tanto extraña de la clandestinidad, pero las cosas son así, y no las puedo cambiar. Como escondite, la Casa de atrás es ideal; aunque hay humedad y está toda inclinada, estoy segura de que en todo Amsterdam, y quizás hasta en toda Holanda, no hay otro escondite tan comfortable como el que hemos instalado aquí.

La pequeña habitación de Margot y mía, sin nada en las paredes, tenía hasta ahora un aspecto bastante desolador. Gracias a papá, que ya antes había traído mi colección de tarjetas postales y mis fotos de estrellas de cine, pude decorar con ellas una pared entera, pegándolas con cola. Quedó muy, muy bonito, por lo que ahora parece mucho más alegre. Cuando lleguen los Van Daan, ya nos fabricaremos algún armarito y otros chismes con la madera que hay en el desván.

Margot y mamá ya se han recuperado un poco. Ayer mamá quiso hacer la primera sopa de guisantes, pero cuando estaba abajo charlando, se olvidó de la sopa, que se quemó de tal manera que los guisantes estaban negros como el carbón y no había forma de despegarlos del fondo de la olla. '

Ayer por la noche bajamos los cuatro al antiguo despacho de papá y pusimos la radio inglesa. Yo tenía tanto miedo de que alguien pudiera oírnos que le supliqué a papá que volviéramos arriba. Mamá comprendió mi temor y subió conmigo. También con respecto a otras cosas tenemos mucho miedo de que los vecinos puedan vernos u oírnos. Ya el primer día tuvimos que hacer cortinas, que en realidad no se merecen ese nombre, ya que no son más que unos trapos sueltos, totalmente diferentes entre sí en forma, calidad y dibujo. Papá y yo, que no entendemos nada del arte de coser, las unimos de cualquier manera con hilo y aguja. Estas verdaderas joyas las colgamos luego con chinchetas delante de las ventanas, y ahí se quedarán hasta que nuestra estancia aquí acabe.

A la derecha de nuestro edificio se encuentra una filial de la compañía Keg, de Zaandam, y a la izquierda una ebanistería. La gente que trabaja allí abandona el recinto cuando termina su horario de trabajo, pero aun así podrían oír algún ruido que nos delatara. Por eso, hemos prohibido a Margot que tosa por las noches, pese a que está muy acatarrada, y le damos codeína en grandes cantidades.

Me hace mucha ilusión la venida de los Van Daan, que se ha fijado para el martes. Será mucho más ameno y también habrá menos silencio. Porque es el silencio lo que por las noches y al caer la tarde me pone tan nerviosa, y daría cualquier cosa por que alguno de nuestros protectores se quedara aquí a dormir.

La vida aquí no es tan terrible, porque podemos cocinar nosotros mismos y abajo, en el despacho de papá, podemos escuchar la radio. El señor Kleiman y Miep y también Bep Voskuijl nos han ayudado muchísimo. Nos han traído ruibarbo, fresas y cerezas, y no creo que por el momento nos vayamos a aburrir. Tenemos suficientes cosas para leer, y aún vamos a comprar un montón de juegos. Está claro que no podemos mirar por la ventana ni salir fuera. También está prohibido hacer ruido, porque abajo no nos deben oír.

Ayer tuvimos mucho trabajo; tuvimos que deshuesar dos cestas de cerezas para la oficina. El señor Kugler quería usarlas para hacer conservas.

Con la madera de las cajas de cerezas haremos estantes para libros.
Me llaman.

Tu Ana

28 de setiembre de 1942. (Añadido)

Me angustia más de lo que puedo expresar el que nunca podamos salir fuera, y tengo mucho miedo de que nos descubran y nos fusilen. Eso no es, naturalmente, una perspectiva demasiado halagüeña.

[...]

Viernes, 21 de agosto de 1942

Querida Kitty:

Nuestro escondite sólo ahora se ha convertido en un verdadero escondite. Al señor Kugler le pareció que era mejor que delante de la puerta que da acceso a la

Casa de atrás colocáramos una estantería, ya que los alemanes están registrando muchas casas en busca de bicicletas escondidas. Pero se trata naturalmente de una estantería giratoria, que se abre como una puerta. La ha fabricado el señor Voskuil. (Le hemos puesto al corriente de los siete escondidos, y se ha mostrado muy servicial en todos los aspectos.)

Ahora, cuando queremos bajar al piso de abajo, tenemos que agacharnos primero y luego saltar. Al cabo de tres días, todos teníamos la frente llena de chichones de tanto chocarnos la cabeza al pasar por la puerta, demasiado baja. Para amortiguar los golpes en lo posible, Peter ha colocado un paño con virutas de madera en el umbral. ¡Veremos si funciona!

Estudiar, no estudio mucho. Hasta septiembre he decidido que tengo vacaciones. Papá me ha dicho que luego él me dará clases, pero primero tendremos que comprar todos los libros del nuevo curso.

Nuestra vida no cambia demasiado. Hoy le han lavado la cabeza a Peter, lo que no tiene nada de particular. El señor Van Daan y yo siempre andamos discutiendo. Mamá siempre me trata como a una niña, y a mí eso me da mucha rabia. Por lo demás, estamos algo mejor. Peter sigue sin caerme más simpático que antes; es un chico latoso, que está todo el día ganduleando en la cama, luego se pone a martillar un poco y cuando acaba se vuelve a tumbar. ¡Vaya un tonto!

Esta mañana mamá me ha vuelto a soltar un soberano sermón. Nuestras opiniones son diametralmente opuestas. Papá es un cielo, aunque a veces se enfada conmigo durante cinco minutos.

Afuera hace buen tiempo, y pese a todo tratamos de aprovecharlo en lo posible, tumbándonos en el catre que tenemos en el desván.

Tu Ana

[...]

Martes, 29 de setiembre de 1942

Querida Kitty:

A los escondidos les pasan cosas muy curiosas. Figúrate que como no tenemos bañera, nos bañamos en una pequeña tina, y como sólo la oficina (con esta palabra siempre me refiero a todo el piso de abajo) dispone de agua caliente,

los siete nos turnamos para bajar y aprovechar esta gran ventaja. Pero como somos todos tan distintos y la cuestión del pudor y la vergüenza está más desarrollada en unos que en otros, cada miembro de la familia se ha buscado un lugar distinto para bañarse. Peter se baña en la cocina, pese a que ésta tiene una puerta de cristal. Cuando va a darse un baño, pasa a visitarnos a todos por separado para comunicarnos que durante la próxima media hora no debemos transitar por la cocina. Esta medida le parece suficiente. El señor Van Daan se baña en el piso de arriba. Para él la seguridad del baño tomado en su propia habitación le compensa la molestia de subir toda el agua caliente tantos pisos. La señora, de momento, no se baña en ninguna parte; todavía está buscando el mejor sitio para hacerlo. Papá se baña en su antiguo despacho, mamá en la cocina, detrás de una mampara, y Margot y yo hemos elegido para nuestro chapoteo la oficina grande. Los sábados por la tarde cerramos las cortinas y nos aseamos a oscuras. Mientras una está en la tina, la otra espía por la ventana por entre las cortinas cerradas y curiosear a la gente graciosa que pasa.

Desde la semana pasada ya no me agrada este lugar para bañarme y me he puesto a buscar un sitio más confortable. Fue Peter quien me dio la idea de instalar la tina en el amplio lavabo de las oficinas. Allí puedo sentarme, encender la luz, cerrar la puerta con el pestillo, vaciar la tina yo sola sin la ayuda de nadie, y además estoy a cubierto de miradas indiscretas. El domingo fue el día en que estrené mi hermoso cuarto de baño, y por extraño que suene, me gusta más que cualquier otro sitio.

El miércoles vino el fontanero, y en el lavabo de las oficinas quitó las cañerías que nos abastecen de agua y las volvió a instalar en el pasillo. Este cambio se ha hecho pensando en un invierno frío, para evitar que el agua de la cañería se congele. La visita del fontanero no fue nada placentera. No sólo porque durante el día no podíamos dejar correr el agua, sino porque tampoco podíamos ir al retrete. Ya sé que no es muy educado contarte lo que hemos hecho para remediarlo, pero no soy tan pudorosa como para no hablar de estas cosas. Ya al principio de nuestro período de escondidos, papá y yo improvisamos un orinal; al no disponer de uno verdadero, sacrificamos para este fin un frasco de los de hacer conservas. Durante la visita del fontanero, pusimos dichos frascos en la habitación y allí guardamos nuestras necesidades de ese día. Esto me pareció mucho menos desagradable que el hecho de tener que pasarme todo el día sentada sin moverme y sin hablar. No puedes imaginarte lo difícil que le resultó esto a la señorita Cuacua-cuá. Habitualmente ya debemos hablar en voz baja, pero no poder abrir la boca ni moverse es mil veces peor.

Después de estar tres días seguidos pegada a la silla, tenía el trasero todo duro y dolorido. Con unos ejercicios de gimnasia vespertina pude hacer que se me quitara un poco el dolor.

Tu Ana

[...]

Martes, 20 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Todavía me tiembla la mano, a pesar de que ya han pasado dos horas desde el enorme susto que nos dimos. Debes saber que en el edificio hay cinco aparatos Minimax contra incendios. Los de abajo fueron tan inteligentes de no avisarnos que venía el carpintero, o como se le llame, a rellenar estos aparatos. Por consiguiente, no estábamos para nada tratando de no hacer ruido, hasta que en el descansillo (frente a nuestra puerta-armario) oí golpes de martillo. En seguida pensé que sería el carpintero y avisé a Bep, que estaba comiendo, que no podría bajar a la oficina. Papá y yo nos apostamos junto a la puerta para oír cuándo el hombre se iba. Tras haber estado unos quince minutos trabajando, depositó el martillo y otras herramientas sobre nuestro armario (por lo menos, así nos pareció) y golpeó a la puerta. Nos pusimos blancos. ¿Habría oído algún ruido y estaría tratando de investigar el misterioso mueble? Así parecía, porque los golpes, tirones y empujones continuaban.

Casi me desmayo del susto, pensando en lo que pasaría si aquel perfecto desconocido lograba desmantelar nuestro hermoso escondite. Y justo cuando pensaba que había llegado el fin de mis días, oímos la voz del señor Kleiman, diciendo:

-Abridme, soy yo.

Le abrimos inmediatamente. ¿Qué había pasado? El gancho con el que se cierra la puerta-armario se había atascado, con lo que nadie nos había podido avisar de la venida del carpintero. El hombre ya había bajado y Kleiman vino a buscar a Bep, pero no lograba abrir el armario. No te imaginas lo aliviada que me sentí. El hombre que yo creía que quería entrar en nuestra casa, había ido adoptando en mi fantasía proporciones cada vez más gigantescas, pasando a ser un fascista monstruoso como ninguno. ¡Ay!, por suerte esta vez todo acabó bien.

El lunes nos divertimos mucho. Miep y Jan pasaron la noche con nosotros. Margot y yo nos fuimos a dormir una noche con papá y mamá, para que los Gies pudieran ocupar nuestro lugar. La cena de honor estuvo deliciosa. Hubo una pequeña interrupción originada por la lámpara de papá, que causó un cortocircuito y nos dejó a oscuras. ¿Qué hacer? Plomos nuevos había, pero había que ir a cambiarlos al almacén del fondo, y eso de noche no era una tarea muy agradable. Igualmente, los hombres de la casa hicieron un intento y a los diez minutos pudimos volver a guardar nuestras velas iluminatorias.

Esta mañana me levanté temprano. Jan ya estaba vestido. Tenía que marcharse a las ocho y media, de modo que a las ocho ya estaba arriba desayunando. Miep se estaba vistiendo, y sólo tenía puesta la enagua cuando entré. Usa las mismas bragas de lana que yo para montar en bicicleta. Margot y yo también nos vestimos y subimos al piso de arriba mucho antes que de costumbre. Después de un ameno desayuno, Miep bajó a la oficina. Llovía a cántaros, y se alegró de no tener que pedalear al trabajo bajo la lluvia. Hice las camas con papá y luego me aprendí la conjugación irregular de cinco verbos franceses. ¡Qué aplicada soy!, ¿verdad?

Margot y Peter estaban leyendo en nuestra habitación, y Mouschi se había instalado junto a Margot en el diván. Al acabar con mis irregularidades francesas yo también me sumé al grupo, y me puse a leer El canto eterno de los bosques. Es un libro muy bonito, pero muy particular, y ya casi lo he terminado.

La semana que viene también Bep nos hará una visita nocturna.

Tu Ana

Jueves, 29 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Estoy muy preocupada; papá se ha puesto malo. Tiene mucha fiebre y le han salido granos. Parece que tuviera viruela. ¡Y ni siquiera podemos llamar a un médico! Mamá le hace sudar, quizá con eso le baje la fiebre.

Esta mañana Miep nos contó que han «desmueblado» la casa de los Van Daan, en la Zuider-Amstellaan. Todavía no se lo hemos dicho a la señora, porque últimamente anda bastante nerviosa y no tenemos ganas de que nos suelte otra jeremiada sobre su hermosa vajilla de porcelana y las sillas tan elegantes que debió

abandonar en su casa. También nosotros hemos tenido que abandonar casi todas nuestras cosas bonitas. ¿De qué nos sirve ahora lamentarnos?

Papá quiere que empiece a leer libros de Hebbel y de otros escritores alemanes famosos. Leer alemán ya no me resulta tan difícil, sólo que por lo general leo bisbiseando, en vez de leer para mis adentros. Pero ya se me pasará. Papá ha sacado los dramas de Goethe y de Schiller de la biblioteca grande, y quiere leerme unos párrafo; todas las noches. Ya hemos empezado con DON CARLOS. Siguiendo el buen ejemplo de papá, mamá me ha dado su libro de oraciones. Para no contrariarla he leído algunos rezos en alemán. Me parecen bonitos, pero no me dicen nada. ¿Por qué me obliga a ser tan beata y religiosa?

Mañana encenderemos la estufa por primera vez. Seguro que se nos llenará la casa de humo, porque hace mucho que no han deshollinado la chimenea. ¡Esperemos que tire!

Tu Ana

Lunes, 2 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

El viernes estuvo con nosotros Bep. Pasamos un rato agradable, pero no durmió bien porque había bebido vino. Por lo demás, nada de particular. Ayer tuve mucho dolor de cabeza y me fui a la cama temprano. Margot está nuevamente latosa.

Esta mañana empecé a ordenar un fichero de la oficina, que se había caído y que tenía todas las fichas mezcladas. Como era para volverme loca, les pedí a Margot y Peter que me ayudaran, pero los muy haraganes no quisieron. Así que lo guardé tal cual, porque sola no lo voy a hacer. ¡Soy tonta pero no tanto!

Tu Ana

P. D. He olvidado comunicarte la importante noticia de que es muy probable que muy pronto me venga la regla. Lo noto porque a cada rato tengo una sustancia pegajosa en las bragas y mamá ya me lo anticipó. Apenas puedo esperar. ¡Me parece algo tan importante! Es una lástima que ahora no pueda usar compresas,

porque ya no se consiguen, y los palitos que usa mamá sólo son para mujeres que ya han tenido hijos alguna vez.

[...]

Martes, 10 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

¡Gran noticia! ¡Vamos a acoger a otro escondido!

Sí, es cierto. Siempre habíamos dicho que en la casa en realidad aún había lugar y comida para una persona más, pero no queríamos que Kugler y Kleiman cargaran con más responsabilidad. Pero como nos llegan noticias cada vez más atroces respecto de lo que está pasando con los judíos, papá consultó a los dos principales implicados y a ellos les pareció un plan excelente. «El peligro es tan grande para ocho como lo es para siete», dijeron muy acertadamente. Cuando nos habíamos puesto de acuerdo, pasamos revista mentalmente a todos nuestros amigos y conocidos en busca de una persona soltera o sola que encajara bien en nuestra familia de escondidos. No fue difícil dar con alguien así: después de que papá había descartado a todos los parientes de los Van Daan, la elección recayó en un dentista llamado Alfred Dussel. Vive con una mujer cristiana muy agradable y mucho más joven que él, con la que seguramente no está casado, pero ése es un detalle sin importancia. Tiene fama de ser una persona tranquila y educada, y a juzgar por la presentación, aunque superficial, tanto a Van Daan como a nosotros nos pareció simpático. También Miep lo conoce, de modo que ella podrá organizar el plan de su venida al escondite. Cuando venga Dussel, tendrá que dormir en mi habitación en la cama de Margot, que deberá conformarse con el catre² bien le pediremos que traiga algo para engañar el estómago.

Tu Ana

[...]

Domingo, 2 de mayo de 1943

Querida Kitty:

A veces me pongo a reflexionar sobre la vida que llevamos aquí, y entonces por lo general llego a la conclusión de que, en comparación con otros judíos que no están escondidos, vivimos como en un paraíso. De todos modos, algún día, cuando

² Tras la llegada de Dussel, Margot tuvo que dormir en la habitación de sus padres.

todo haya vuelto a la normalidad, me extrañaré de cómo nosotros, que en casa éramos tan pulcros y ordenados, hayamos venido tan a menos, por así decirlo. Venido a menos por lo que se refiere a nuestro modo de vida. Desde que llegamos aquí, por ejemplo, tenemos la mesa cubierta con un hule que, como lo usamos tanto, por lo general no está demasiado limpio. A veces trato de adecentarlo un poco, pero con un trapo que es puro agujero y que ya es de mucho antes de que nos instaláramos aquí; por mucho que frote, no consigo quitarle toda la suciedad. Los Van Daan llevan todo el invierno durmiendo sobre una franela que aquí no podemos lavar por el racionamiento del jabón en polvo, que además es de pésima calidad. Papá lleva unos pantalones deshilachados y tiene la corbata toda desgastada. El corsé de mamá hoy se ha roto de puro viejo, y ya no se puede arreglar, mientras que Margot anda con un sostén que es dos tallas más pequeño del que necesitaría. Mamá y Margot han compartido tres camisetas durante todo el invierno, y las mías son tan pequeñas que ya no me llegan ni al ombligo. Ya sé que son todas cosas de poca importancia, pero a veces me asusta pensar: si ahora usamos cosas gastadas, desde mis bragas hasta la brocha de afeitar de papá, ¿cómo tendremos que hacer para volver a pertenecer a nuestra clase social de antes de la guerra?

Tu Ana

Domingo, 2 de mayo de 1943

Apreciaciones sobre la guerra de los moradores de la Casa de atrás.

El señor Van Daan: En opinión de todos, este honorable caballero entiende mucho de política. Sin embargo, nos predice que tendremos que permanecer aquí hasta finales del 43. Aunque me parece mucho tiempo, creo que aguantaremos. ¿Pero quién nos garantiza que esta guerra, que no nos ha traído más que penas y dolores, habrá acabado para esa fecha? ¿Y quién nos puede asegurar que a nosotros y a nuestros cómplices del escondite no nos habrá pasado nada? ¡Absolutamente nadie! Y por eso vivimos tan angustiados día a día. Angustiados tanto por la espera y la esperanza, como por el miedo cuando se oyen ruidos dentro o fuera de la casa, cuando suenan los terribles disparos o cuando publican en los periódicos nuevos «comunicados», porque también es posible que en cualquier momento algunos de nuestros cómplices tengan que esconderse aquí ellos mismos. La palabra escondite se ha convertido en un término muy corriente. ¡Cuánta gente no habrá refugiada en un escondite! En proporción no serán tantos, naturalmente, pero seguro que cuando termine la guerra nos asombraremos cuando sepamos cuánta gente buena en Holanda ha á dado cobijo en su casa a judíos y también

a cristianos que debían huir, con o sin dinero. Y también es increíble la cantidad de gente de la que dicen que tiene un carnet de identidad falsificado.

La señora Van Daan: Cuando esta bella dama (en palabras de ella misma) se enteró de que ya no era tan difícil como antes conseguir un carnet de identidad falsificado, inmediatamente propuso que nos mandáramos hacer uno cada uno. Como si fueran gratis, o como si a papá y al señor Van Daan el dinero les lloviera del cielo. Cuando la señora Van Daan profiere las tonterías más increíbles, Putti a menudo pega un salto de exasperación. Pero es lógico, porque un día Kerli³, dice: «Cuando todo esto acabe, haré que me bauticen», y al otro día afirma: ¡Siempre he querido ir a Jerusalén, porque sólo me siento en mi casa cuando estoy rodeada de judíos!»

Pim es un gran optimista, pero es que siempre encuentra motivo para serlo.

El señor Dussel no hace más que inventar todo lo que dice, y cuando alguien osa contradecir a su excelencia, luego las tiene que pagar. En casa del señor Alfred Dussel supongo que la norma es que él siempre tiene la última palabra, pero a Ana Frank eso no le va para nada.

Lo que piensan sobre la guerra los demás integrantes de la Casa de atrás no tiene ningún interés. Sólo las cuatro personas mencionadas pintan algo en materia de política; en verdad tan sólo dos, pero doña Van Daan y Dussel consideran que sus opiniones también cuentan.

Tu Ana

[...]

Miércoles, 4 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Ahora que llevamos más de un año de reclusión en la Casa de atrás, ya estás bastante al tanto de cómo es nuestra vida, pero nunca puedo informarte de todo realmente. ¡Es todo tan extremadamente distinto de los tiempos normales y de la gente normal! Pero para que te hagas una idea de la vida que llevamos aquí, a partir

³ Apelativo cariñoso de la señora Van Daan.

de ahora describiré de tanto en tanto una parte de un día cualquiera. Hoy empiezo por la noche.

A las nueve de la noche comienza en la Casa de atrás el ajetreo de la hora de acostarse, y te aseguro que siempre es un verdadero alboroto. Se apartan las sillas, se arman las camas, se extienden las mantas, y nada queda en el mismo estado que durante el día. Yo duermo en el pequeño diván, que no llega a medir un metro y medio de largo, por lo que hay que colocarle un añadido en forma de sillas. De la cama de Dussel, donde están guardados durante el día, hay que sacar plumón, sábanas, almohadas y mantas.

En la habitación de al lado se oye un chirrido: es el catre tipo armónica de Margot. Nuevamente hay que extraer mantas y almohadas del sofá: todo sea por hacer un poco más confortables las tablitas de madera del catre. Arriba parece que se hubiera desatado una tormenta, pero no es más que la cama de la señora. Es que hay que arrimarla junto a la ventana, para que el aire pueda estimular los pequeños orificios nasales de Su Alteza con la mañanita rosa.

Las nueve de la noche: Cuando sale Peter entro en el cuarto de baño y me someto a un tratamiento de limpieza a fondo. No pocas veces -sólo en los meses, semanas o días de gran calor ocurre que en el agua del baño se queda flotando alguna pequeña pulga. Luego toca lavarme los dientes, rizarme el pelo, tratarme las uñas, preparar los algodones con agua oxigenada -que son para teñir los pelillos negros del bigote- y todo esto en media hora.

Las nueve y media: Me pongo el albornoz. Con el jabón en una mano y el orinal, las horquillas, las bragas, los rulos y el algodón en la otra, me apresuro en dejar libre el cuarto de baño, pero por lo general después me llaman para que vuelva y quite la colección de pelos elegantemente depositados en el lavabo, pero que no son del agrado del usuario siguiente.

Las diez de la noche: Colgamos los paneles de oscurecimiento y... ¡buenas noches! En la casa aún se oyen durante un cuarto de hora los crujidos de las camas y el rechinar de los muelles rotos, pero luego reina el silencio; al menos, cuando los de arriba no tienen una disputa de lecho conyugal.

Las once y media: Se oye el chirrido de la puerta del cuarto de baño. En la habitación entra un diminuto haz de luz. Unos zapatos que crujen, un gran abrigo,

más grande que la persona que lo lleva puesto... Dussel vuelve de su trabajo nocturno en el despacho de Kugler. Durante diez minutos se le oye arrastrar los pies, hacer ruido de papeles -son los alimentos que guarda- y hacer la cama. Luego, la figura vuelve a desaparecer y sólo se oye venir a cada rato un ruidito sospechoso del lavabo.

A eso de las tres de la madrugada: Debo levantarme para hacer aguas menores en la lata que guardo debajo de la cama y que para mayor seguridad está colocada encima de una esterilla de goma contra las posibles pérdidas. Cuando me encuentro en este, trance, siempre contengo la respiración, porque en la latita se oye como el gorgoteo de un arroyuelo en la montaña. Luego devuelvo la lata a su sitio y la figura del camisón blanco, que a Margot le arranca cada noche la exclamación: «¡Ay, qué camisón tan indecente!», se mete de nuevo en la cama. Entonces, alguien que yo sé permanece unos quince minutos atenta a los ruidos de la noche. En primer lugar, a los que puedan venir de algún ladrón en los pisos de abajo; luego, a los procedentes de las distintas camas de la habitación de arriba, la de al lado y la propia, de los que por lo general se puede deducir cómo está durmiendo cada uno de los convecinos, o si están pasando la noche medio desvelados. Esto último no es nada agradable, sobre todo cuando se trata de un miembro de la familia que responde al nombre de doctor Dussel. Primero oigo un ruidito como de un pescado que se ahoga. El ruido se repite unas diez veces, y luego, con mucho aparato, pasa a humedecerse los labios, alternando con otros ruiditos como si estuviera masticando, a lo que siguen innumerables vueltas en la cama y reacomodamientos de las almohadas. Luego hay cinco minutos de tranquilidad absoluta, y toda la secuencia se repite tres veces como mínimo, tras lo cual el doctor seguramente se habrá adormilado por un rato.

También puede ocurrir que de noche, variando entre la una y las cuatro, se oigan disparos. Nunca soy realmente consciente hasta el momento en que, por costumbre, me veo de pie junto a la cama. A veces estoy tan metida en algún sueño, que pienso en los verbos franceses irregulares o en las riñas de arriba. Cuando termino de pensar, me doy cuenta de que ha habido tiros y de que me he quedado en silencio en mi habitación. Pero la mayoría de las veces pasa como te he descrito arriba. Cojo rápidamente un pañuelo y una almohada, me pongo el albornoz, me calzo las zapatillas y voy corriendo donde papá, tal como lo describió Margot en el siguiente poema con motivo de mi cumpleaños:

Por las noches, al primerísimo disparo, se oye una puerta crujir y aparecen un pañuelo, un cojín y una chiquilla...

Una vez instalada en la cama grande, el mayor susto ya ha pasado, salvo cuando los tiros son muy fuertes.

Las siete menos cuarto: ¡Trrrrr..! Suena el despertador, que puede elevar su vocecita a cada hora del día, bien por encargo, bien sin él. ¡Crac...! ¡Paf...! La señora lo ha hecho callar. ¡Cric...! Se ha levantado el señor. Pone agua a hervir y se traslada rápidamente al cuarto de baño.

Las siete y cuarto: La puerta cruje nuevamente. Ahora Dussel puede ir al cuarto de baño. Una vez que estoy sola, quito los paneles de oscurecimiento, y comienza un nuevo día en la Casa de atrás.

Tu Ana

Miércoles, 17 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Están ocurriendo hechos estremecedores. En casa de Bep hay difteria, y por eso tiene que evitar el contacto con nosotros durante seis semanas. Resulta muy molesto, tanto para la comida como para los recados, sin mencionar la falta que nos hace su compañía. Kleiman sigue postrado y lleva tres semanas ingiriendo leche y finas papillas únicamente. Kugler está atareadísimo.

Las clases de Latín enviadas por Margot vuelven corregidas por un profesor. Margot las envía usando el nombre de Bep. El profesor es muy amable y muy gracioso además. Debe de estar contento de que le haya caído una alumna tan inteligente.

Dussel está totalmente confuso, y nadie sabe por qué. Todo comenzó con que cuando estábamos arriba no abría la boca y no intercambiaba ni una sola palabra con el señor Van Daan .ni con la señora. Esto llamó la atención a todos. Como la situación se prolongaba, mamá aprovechó la ocasión para prevenirle que de esta manera la señora ciertamente podía llegar a causarle muchos disgustos. Dussel dijo que el que había empezado a no decir nada era Van Daan, y que por lo tanto no tenía intención de romper su silencio. Debes saber que ayer fue 16 de noviembre, día en que se cumplió un año de su venida a la Casa de atrás. Con ocasión de ello, le regaló a mamá un jarrón de flores, pero a la señora Van Daan, que durante semanas había estado haciendo alusión a la fecha en varias oportunidades, sin ocultar en lo más mínimo su opinión de que Dussel tendría que convidarnos a algo,

no le regaló nada. En vez de expresar de una buena vez su agradecimiento por la desinteresada acogida, no dijo ni una palabra. Y cuando el dieciséis por la mañana le pregunté si debía darle la enhorabuena o el pésame, contestó que podía decirle cualquier cosa. Mamá, que quería hacer el noble papel de paloma de la paz, no avanzó ni un milímetro y al final la situación se mantuvo igual.

No exagero si te digo que en la mente de Dussel hay algo que no funciona. A menudo nos mofamos en silencio de su falta de memoria, opinión y juicio, y más de una vez nos reímos cuando transmite, de forma totalmente tergiversada y mezclándolo todo, los mensajes que acaba de recibir. Por otra parte, ante cada reproche o acusación esgrime una bella promesa, que en realidad nunca cumple...

Tu Ana

[...]

Martes, 7 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Cuando me pongo a pensar en la vida que llevaba en 1942, todo me parece tan irreal. Esa vida de gloria la vivía una Ana Frank muy distinta de la Ana que aquí se ha vuelto tan juiciosa. Una vida de gloria, eso es lo que era. Un admirador en cada esquina, una veintena de amigas y conocidas, la favorita de la mayoría de los profesores, consentida por papá y mamá, muchas golosinas, dinero suficiente..., ¿qué más se podía pedir?

Seguro que te preguntarás cómo hice para ganarme la simpatía de toda esa gente. Dice Peter que por mi «encanto personal», pero eso no es del todo cierto. A todos los profesores les gustaban y les divertían mis respuestas ingeniosas, mis ocurrencias, mi cara sonriente y mi ojo crítico. No había más. Era terriblemente coquetona y divertida. Además, tenía algunas ventajas por las que me ganaba el favor de los que me rodeaban: mi esmero, mi sinceridad y mi generosidad. Nunca le habría negado a nadie, fuera quien fuera, que en clase copiara de mí; repartía golosinas a manos llenas y nunca se me subían los humos.

¿No me habré vuelto temeraria después de tanta admiración? Es una suerte que en medio de todo aquello, en el punto culminante de la fiesta, volviera de repente a la realidad, y ha tenido que pasar más de un año para que me diera cuenta de que ya nadie me demuestra su admiración.

¿Cómo me veían en el colegio? Como la que dirigía las bromas y los chistes, siempre haciendo la gallito y nunca de mal humor o lloriqueando. No era de sorprender que a todos les gustara acompañarme al colegio en bici o cubrirme de atenciones.

Veo a esa Ana Frank como a una niña graciosa, divertida, pero superficial, que no tiene nada que ver conmigo. ¿Qué es lo que ha dicho Peter de mí? «Siempre que te veía, estabas rodeada de dos o más chicos y un grupo de chicas. Siempre te reías y eras el centro de la atención.» Tenía razón.

¿Qué es lo que ha quedado de aquella Ana Frank? Ya sé que he conservado mi sonrisa y mi manera de responder, y que aún no he olvidado cómo criticar a la gente, e incluso lo hago mejor que antes, y que sigo coqueteando y siendo divertida cuando quiero...

Ahí está el quid de la cuestión: una noche, un par de días, una semana me gustaría volver a vivir así, aparentemente despreocupada y alegre. Pero al final de esa semana estaría muerta de cansancio y al primero que se le ocurriera hablarme de algo interesante le estaría enormemente agradecida. No quiero admiradores, sino amigos, no quiero que se maravillen por mi sonrisa lisonjera, sino por mi manera de actuar y mi carácter. Sé muy bien que en ese caso el círculo de personas en torno a mí se reduciría bastante, pero ¿qué importaría que no me quedaran sino unas pocas personas? Pocas, pero sinceras.

Pese a todo, en 1942 tampoco era enteramente feliz. A menudo me sentía abandonada, pero como estaba ocupada de la mañana a la noche, no me ponía a pensar y me divertía todo lo que podía, intentado, consciente o inconscientemente, ahuyentar con bromas el vacío.

Ahora examino mi propia vida y me doy cuenta de que al menos una fase ha concluido irreversiblemente: la edad escolar, tan libre de preocupaciones y problemas, que nunca volverá. Ya ni siquiera la echo en falta: la he superado. Ya no puedo hacer solamente tonterías; una pequeña parte en mí siempre conserva su seriedad.

Veo mi vida de niña hasta el año nuevo de 1944 como bajo una lupa muy potente. En casa, la vida con mucho sol; luego aquí, en 1942, el cambio tan

repentino, las peleas, las recriminaciones; no lograba entenderlo, me había cogido por sorpresa, y la única postura que supe adoptar fue la de ser insolente.

Luego los primeros meses de 1943, los accesos de llanto, la soledad, el ir dándome cuenta paulatinamente de todos mis fallos y defectos, que son tan grandes y que parecían ser dos veces más grandes. De día hablaba y hablaba, intentaba atraer a Pim hacia mí, pero sin resultado, me veía ante la difícil tarea de hacerme a mí misma de tal forma que ya no me hicieran esos reproches que tanto me oprimían y desalentaban.

Después del verano de ese año las cosas mejoraron. Dejé de ser tan niña, me empezaron a tratar más como a una adulta. Comencé a pensar, a escribir cuentos, y llegué a la conclusión de que los demás ya no tenían nada que ver conmigo, que no tenían derecho a empujarme de un lado para otro como si fuera el péndulo de un reloj; quería reformarme a mí misma según mi propia voluntad. Comprendí que me podía pasar sin mamá, de manera total y absoluta, lo que me dolió, pero algo que me afectó mucho más fue darme cuenta de que papá nunca Negaría a ser mi confidente. No confiaba en nadie más que en mí misma.

Después de Año Nuevo el segundo gran cambio: mi sueño... con el que descubrí mis deseos de tener... un amigo o novio; no quería una amiga mujer, sino un amigo varón. También descubrí dentro de mí la felicidad y mi coraza de superficialidad y alegría. Pero de tanto en tanto me volvía silenciosa. Ahora no vivo más que para Peter, porque de él dependerá en gran medida lo que me ocurra de ahora en adelante.

Y por las noches, cuando acabo mis rezos pronunciando las palabras «Te doy las gracias por todas las cosas buenas, queridas y hermosas», oigo gritos de júbilo dentro de mí, porque pienso en esas «cosas buenas», como nuestro escondite, mi buena salud y todo mi ser, en las cosas queridas, como Peter y esa cosa diminuta y sensible que ninguno de los dos se atreve a nombrar aún, el amor, el futuro, la dicha, y en las cosas hermosas, como el mundo, la Naturaleza y la gran belleza de todas las cosas hermosas juntas.

En esos momentos no pienso en la desgracia, sino en todas las cosas bellas que aún quedan. Ahí está gran parte de la diferencia entre mamá y yo. El consejo que ella da para combatir la melancolía es: «Piensa en toda la desgracia que hay en el mundo y alégrate de que no te pase a ti.» Mi consejo es: «Sal fuera, a los prados, a la naturaleza y al sol. Sal fuera y trata de reencontrar la felicidad en ti

misma; piensa en todas las cosas bellas que hay dentro de ti y a tu alrededor, y sé feliz.»

En mi opinión, la frase de mamá no tiene validez, porque ¿qué se supone que tienes que hacer cuando esa desgracia sí te pasa? Entonces, estás perdida. Por otra parte, creo que toda desgracia va acompañada de alguna cosa bella, y si te fijas en ella, descubres cada vez más alegría y encuentras un mayor equilibrio. Y el que es feliz hace feliz a los demás; el que tiene valor y fe, nunca estará sumido en la desgracia.

Tu Ana M. Frank

[...]

Martes, 1 de agosto de 1944

Querida Kitty:

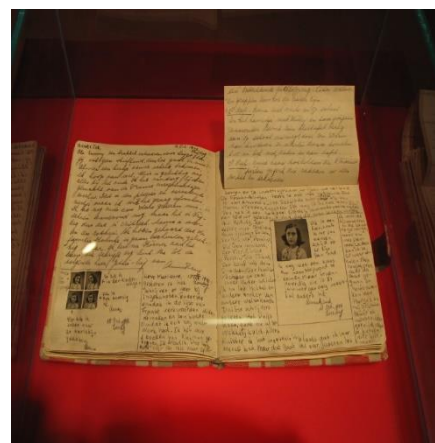
«Un manojo de contradicciones» es la última frase de mi última carta y la primera de ésta. «Un manojo de contradicciones», ¿serías capaz de explicarme lo que significa? ¿Qué significa contradicción? Como tantas otras palabras, tiene dos significados, contradicción por fuera y contradicción por dentro. Lo primero es sencillamente no conformarse con la opinión de los demás, pretender saber más que los demás, tener la última palabra, en fin, todas las cualidades desagradables por las que se me conoce, y lo segundo, que no es por lo que se me conoce, es mi propio secreto.

Ya te he contado alguna vez que mi alma está dividida en dos, como si dijéramos. En una de esas dos partes reside mi alegría extrovertida, mis bromas y risas, mi alegría de vivir y sobre todo el no tomarme las cosas a la tremenda. Eso también incluye el no ver nada malo en las coqueterías, en un beso, un abrazo, una broma indecente. Ese lado está generalmente al acecho y desplaza al otro, mucho más bonito, más puro y más profundo. ¿Verdad que nadie conoce el lado bonito de Ana, y que por eso a muchos no les caigo bien? Es cierto que soy un payaso divertido por una tarde, y luego durante un mes todos están de mí hasta las narices. En realidad soy lo mismo que una película de amor para los intelectuales: simplemente una distracción, una diversión por una vez, algo para olvidar rápidamente, algo que no está mal pero que menos aún está bien. Es muy desagradable para mí tener que contártelo, pero ¿por qué no habría de hacerlo, si sé que es la pura

verdad? Mi lado más ligero y superficial siempre le ganará al más profundo, y por eso siempre vencerá. No te puedes hacer una idea de cuántas veces he intentado empujar a esta Ana, que sólo es la mitad de todo lo que lleva ese nombre, de golpearla, de esconderla, pero no lo logro y yo misma sé por qué no puede ser.

Tengo mucho miedo de que todos los que me conocen tal y como siempre soy, descubran que tengo otro lado, un lado mejor y más bonito. Tengo miedo de que se burlen de mí, de que me encuentren ridícula, sentimental, y de que no me tomen en serio. Estoy acostumbrada a que no me tomen en serio, pero sólo la Ana «ligera» está acostumbrada a ello y lo puede soportar, la Ana de mayor «peso» es demasiado débil. Cuando de verdad logro alguna vez con gran esfuerzo que suba a escena la auténtica Ana durante quince minutos, se encoge como una mimosa sensitiva⁴ en cuanto le toca decir algo, cediéndole la palabra a la primera Ana y desapareciendo antes de que me pueda dar cuenta.

O sea, que la Ana buena no se ha mostrado nunca, ni una sola vez, en sociedad, pero cuando estoy sola casi siempre lleva la voz cantante. Sé perfectamente cómo me gustaría ser y cómo soy... por dentro, pero lamentablemente sólo yo pienso que soy así. Y ésa quizá sea, no, seguramente es, la causa de que yo misma me considere una persona feliz por dentro, y de que la gente me considere una persona feliz por fuera. Por dentro, la auténtica Ana me indica el camino, pero por fuera no soy más que una cabrita exaltada que trata de soltarse de las ataduras.



Como ya te he dicho, siento las cosas de modo distinto a cuando las digo, y por eso tengo fama de correr detrás de los chicos, de coquetear, de ser una sabihonda y de leer novelitas de poca monta. La Ana alegre lo toma a risa, replica con insolencia, se encoge de hombros, hace como si no le importara, pero no es cierto: la reacción de la Ana callada es totalmente opuesta. Si soy sincera de verdad, te confieso que me afecta, y que hago un esfuerzo enorme para ser de otra manera, pero que una y otra vez sucumbo a ejércitos más fuertes.

⁴ Planta que se caracteriza por sus hojas sensibles al tacto.

Dentro de mí oigo un sollozo: «Ya ves lo que has conseguido: malas opiniones, caras burlonas y molestas, gente que te considera antipática, y todo ello sólo por no querer hacer caso de los buenos consejos de tu propio lado mejor.» ¡Ay, cómo me gustaría hacerle caso, pero no puedo! Cuando estoy callada y seria, todos piensan que es una nueva comedia, y entonces tengo que salir del paso con una broma, y para qué hablar de mi propia familia, que en seguida se piensa que estoy enferma, y me hacen tragar píldoras para el dolor de cabeza y calmantes, me palpan el cuello y la sien para ver si tengo fiebre, me preguntan si estoy estreñida y me critican cuando estoy de mal humor, y yo no lo aguanto; cuando se fijan tanto en mí, primero me pongo arisca, luego triste y al final termino volviendo mi corazón, con el lado malo hacia fuera y el bueno hacia dentro, buscando siempre la manera de ser como de verdad me gustaría ser y como podría ser... si no hubiera otra gente en este mundo.

Tu Ana M. Frank

Aquí termina el diario de Ana.

EPÍLOGO

El 4 de agosto de 1944, entre las diez y las diez y media de la mañana, un automóvil se detuvo frente a la casa de Prinsengracht 263. De él se bajó Karl Josef Silberbauer, un sargento de las «SS» alemanas, de uniforme, junto con tres asistentes holandeses, miembros de la Grüne Polizei (policía verde), vestidos de paisano, pero armados. Sin duda, alguien había delatado a los escondidos.

La Grüne Polizei detuvo a los ocho escondidos, así como a sus dos protectores Viktor Kugler y Johannes Kleiman -pero no a Miep Gies ni a Elisabeth «Bep» Voskuijl- y se llevó todos los objetos de valor y el dinero que quedaba.

Tras su detención, Kugler y Kleiman fueron conducidos ese mismo día al centro de prisión preventiva de la calle Amstelveenseweg, de Amsterdam, y trasladados un mes más tarde a la cárcel de la calle Weteringschans, de la misma ciudad. El 11 de setiembre de 1944 fueron llevados, sin formación de causa alguna, al campo de concentración transitoria de la Policía alemana en Amersfoort, Holanda. Kleiman fue liberado el 18 de setiembre de 1944 por motivos de salud. Murió en 1959 en Amsterdam. Kugler logró escapar en 1945, poco antes de que lo enviaran a Alemania a realizar trabajos forzados. En 1955 emigró al Canadá y murió en 1989 en Toronto. Elisabeth «Bep» Wijk-Voskuijl murió en Amsterdam en 1984. Miep Gies-Santrouchitz aún vive en Amsterdam. Su marido Jan murió en esta ciudad en 1993.

Los escondidos permanecieron detenidos durante cuatro días en el centro penitenciario de la Weteringschans, de Amsterdam, tras lo cual fueron enviados a Westerbork, un campo de concentración transitorio holandés para judíos. De allí fueron deportados el 3 de setiembre de 1944 en los últimos trenes que partieron hacia los campos de concentración del Este, y tres días más tarde llegaron a Auschwitz, Polonia.

Edith Frank murió allí de inanición el 6 de enero de 1945.

Hermann van Pels («Van Daan») fue enviado a las cámaras de gas el 6 de setiembre de 1944, día de su llegada a Auschwitz, según datos de la Cruz Roja holandesa. Según declaraciones de Otto Frank, sin embargo, murió unas semanas más tarde, o sea, en octubre o noviembre de 1944, poco antes de que las cámaras de gas dejaran de funcionar.

Auguste van Pels (la «señora Van Daan») fue a parar al campo de concentración de Theresienstadt, Checoslovaquia, el 9 de abril de 1945, tras haber pasado por los campos de Auschwitz, BergenBelsen y Buchenwald. Luego, por lo visto, fue nuevamente deportada. Se sabe que murió, pero se desconoce la fecha.

Margot y Ana fueron deportadas mediante una operación de evacuación de Auschwitz a Bergen-Belsen, al norte de Alemania, a finales de octubre. Como consecuencia de las desastrosas condiciones higiénicas hubo una epidemia de tifus que costó la vida a miles de internados, entre ellos Margot y, unos días más tarde, también Ana. La fecha de sus muertes ha de situarse entre finales de febrero y principios de marzo de 1945. Los restos de las niñas yacen, seguramente, en las fosas comunes de Bergen-Belsen. El campo de concentración fue liberado por las tropas inglesas el 12 de abril de ese mismo año.

Peter van Pels («Peter van Daan») fue trasladado el 16 de enero de 1945 de Auschwitz a Mauthausen, Austria, en una de las llamadas marchas de evacuación. Allí murió el 5 de mayo de 1945, sólo tres días antes de la liberación.

Fritz Pfeffer («Albert Dussel») murió el 20 de diciembre de 1944 en el campo de concentración de Neuengamme, al que había ido a parar tras pasar por el campo de Buchenwald o el de Sachsenhausen.

Otto Frank fue el único del grupo de ocho escondidos que sobrevivió a los campos de concentración. Tras la liberación de Auschwitz por las tropas rusas, viajó

en barco a Marsella desde el puerto de Odesa. El 3 de junio de 1945 llegó a Amsterdam, donde residió hasta 1953. En ese año se mudó a Basilea, Suiza, donde vivían su hermano y hermana con su familia. Se casó con Elfriede Geiringer, nacida Markowitz, una vienesa que, como él, había sobrevivido al campo de Auschwitz y cuyo marido e hijo habían muerto en Mauthausen. Hasta el día de su muerte, el 19 de agosto de 1980, Otto Frank vivió en Birsfelden, cerca de Basilea, y se dedicó a la publicación del diario de su hija y a difundir el mensaje contenido en él.

Idiay

De esta expresión sólo cabe comentar el significado que tiene en nuestro medio, pues la ha hecho el costarricense al vivir el español como la lengua adquirida a la par de una cultura y de una religión. V quizás lo más importante de esta adquisición, sea la lengua en sí, pues ella conlleva cultura y religión. No en vano dice Bergson que:

La tradición se apoya en el uso del lenguaje

Dice don Carlos Gagini que idiay con signo de interrogación, es una expresión usadísima entre nosotros en los mismos casos en que los españoles exclaman ¿y bien? ¿y por fin?, ¿luego?, para incitar a que se concluya lo que se estaba diciendo o haciendo. Además, señala que es una pronunciación vulgar del castellano ¿y de ahí? Términos más o menos semejantes apunta a esa expresión el profesor Arturo Agüero.

El señalamiento es parcial porque sólo en determinados momentos el idiay es la muletilla que en el diálogo se esgrime para incitar a la continuación. Y en estos casos, viene a significar básicamente ¿y qué? Es más, muchas veces bajo este significado el Idiay se sustituye por el ¿y qué? ¿y qué pasé?, ¿y qué sigue?, ¿y qué respondió? Y el ¿y qué? Es la pregunta concreta que trata de que se continúe o termine el relato.

Francamente, el idiay como sustituto del y qué, sería casi inocuo en el lenguaje, vendría a representar el estímulo de la continuación en un gesto de curiosidad lógico, sería el y buscando la adición porque es necesaria para completar o terminar la percepción de un cuento.

La importancia del idiay va más allá y simboliza una actitud del costarricense. Es un desafío la mayoría de las veces y como desafío adquiere gran importancia en nuestro decir. No significa entonces el y qué como incitación a que se concluya un relato, viene a significar una puntualización de los hechos para introducir un

reclamo. *Idiay*, que no necesita la interrogación porque está implícita, es el sustituto de: ¿ qué le pasa conmigo?, ¿ por qué me molesta?, ¿ qué busca?

Así el costarricense, que es puntilloso y que su pacifismo acaba cuando alguien lo codea o lo molesta en alguna forma, se respinga y exclama el *idiay*. En esta forma está reclamando su propio acomodo, la expresión no busca continuidad, sino aclaración, se exige el punto sobre *i*, la evidencia para actuar. Sí la respuesta que se recibe es una disculpa, el *idiay* fue bienvenido. Si el silencio viene o la burla o la contrarréplica, queda el campo abierto a los puños.

También es muy corriente que el costarricense con el *idiay*, pregunte por sus intereses, consciente de que en ciertos momentos hay reparto en la vida, ya sea de alegrías o de penas. El *idiay* significa entonces ¿y yo qué?, o sea qué es para mí, cuándo se me ha destinado, qué tarea me corresponde, cómo he sido afectado o en qué forma se ha aludido a mí. El *idiay* en estas frases ya no viene ser un desafío, ya no es la actitud respingona, se convierte en la indagación de lo propio, de la que afecta.

El costarricense sin esconder sus intereses pregunta por lo suyo. Podría interpretarse esta indagación como la versión y de ahí qué para mí. Es decir, vuelve el *idiay* o, su forma original, a aludir al ahí en la relación que tiene con el sujeto, el ahí pasa a ser la circunstancia, la cosa, la pregunta es qué es mío de ahí, el sentido de propiedad, la necesidad de tener. El ahí indaga cuál es la participación en el reparto.

Tenemos entonces que el *idiay* en pequeña parte es una incitación a la continuación del relato, para evidenciar la curiosidad siempre alerta del costarricense, su afición a los detalles, el deseo de acercarse al dominio del asunto a través de la versión fácil de otro, el gesto infantil de saltarse los preámbulos y llegar pronto a las conclusiones, la búsqueda del fin práctico, de los resultados.

Para el costarricense no tiene importancia lo demás, no encuentra valor a los intermedios, desprecia las divagaciones, las dudas, el calvario de la debilidad, la convicción que viene del análisis, la mención de los puntos que se analizaron. El relieve lo adquiere el resultado escueto e independiente. El *idiay* en este sentido demuestra impaciencia por la hojarasca, por el entretenimiento en las circunstancias y la demanda de la conclusión, el qué pasó en definitiva y cuáles son las consecuencias, es la interrupción nerviosa de al grano.

Así el costarricense tiene posiciones diferentes cuando es relator y cuando es oyente. En la actitud primera se deleita en el rodeo, pesando las introducciones y los desvíos, desmenuzando los detalles, inquietando la atención del oyente, jugando con la curiosidad del interlocutor y complaciéndose en los *ídíays* que va

entremezclando el auditorio. Pero, en la posición de oyente la actitud es distinta, se quiere el acto final del asunto planteado sin las reverencias del intermedio, pareciera que se desea economizar el tiempo y dejar por inexistentes los preámbulos. Surge el costarricense pragmático cuando es el receptor del relato, el costarricense práctico al que interesan los hechos, el que mide la importancia a través de lo concreto, el que no se deja arrebatar por el sonido sino por el eco, el que demanda el resultado de la acción, el punto tangible, lo que se huele, se mide.

El costarricense se entusiasma cuando es actor por las intenciones, pero cuando es espectador sólo se conmueve por los resultados. Esta contradicción entre actor y espectador, que tan bien condensa el idioma, en el tono adicionador del y qué, demuestra el doble filo en la aspiración de nuestro hombre común, pues exige concreción práctica cuando recibe y espera comprensión y amplitud cuando le toca el turno de dar. Es mezquino en el juzgar y aspira generosidad cuando es juzgado, por eso es afín a gente que muestra dócilmente una aptitud especial hacia lo sugerente, cree con firmeza en la influencia, en el nombre, en lo aparente. Descansa en el menor esfuerzo de crédito porque tiende a exhibir el sacrificio hecho historia de un momento determinado de su vida, para respaldar en él su indolencia. El yo hice es más corriente que el yo hago o el yo haré. La versión del pasado es la de un hecho práctico y seguro, la del presente es una incertidumbre que exige fe y la del futuro un sueño que obliga a sonar y amarga la sazón del momento.

Frente al dibujo utilitario del idioma compulsivo hacia el resultado, surge el otro como grito de desafío y muestra la disconformidad. Reacciona rápido el costarricense cuando es agredido en sus intereses o en su comodidad. Se despierta violento y está dispuesto a pelear, pero el idioma es un llamado al parlamento, a la explicación. Cree el costarricense en la palabra y es fácil verlo extraviado en su propio discurso. Prefiere explicarse a ser y se ha hecho experto en materia de explicaciones. En cada costarricense vive un abogado defensor de sus derechos, de sus equivocaciones y de aciertos. El punto de vista de cada quien, en nuestro país, se expone con brillantez y en la pasión de las palabras el costarricense se pinta autorretratos graciosos, se descongestiona, se hace lavados corporales y mentales.

En el país tiene más importancia el decir que el hacer, el anunciar que el actuar. Como muestra de lo anterior, cabe ejemplificar que se inauguran obras sin terminar, aun sin empezar, porque es más importante el discurso, las palabras que destacan la obra que la obra en sí. En esas ocasiones, se olvidan los idiomas del público y las palabras se valoran tan prácticas y eficaces como una realización en sí.

Y este idioma desafiante, con un tono encolerizado, se diluye ante la fase cortés de: perdone usted, no fue mi intención, he sentido molestarlo, le ruego disculparme.

El idiay esconde gustoso, como un perrito bravucón, pero poco agresivo, el rabo entre las patas, y aquí no ha pasado nada. La paz no se ha alterado, las relaciones humanas no han sufrido, y el respeto a la explicación -aún cuando sea una mera formalidad- vence cualquier gesto airado, esconde dentro cualquier rencor, pues se ha cubierto las formalidades y el costarricense nuevamente formalista y superficial se conforta con la apariencia de la cortesía. Pero, si el idiay no motivó la explicación, el problema se agudiza y la violencia se convierte en una marea alta de palabrotas o de ademanes duros en un pleito callejero, que tratan de apaciguar, con cierta complacencia de que se avive, los pacíficos mirones.

El idiay, además del pedido de explicaciones, es la solicitud a que se nos reconozca como personas, es la llamada de atención para que no invadan o lastimen nuestros derechos. Ves que al costarricense le gusta que lo tengan en cuenta, lo consideren, lo mencionen, le otorguen los créditos que cree merecer, le den su lugar, no lo olviden. En nuestro ambiente es siempre una aspiración el bombo y más de uno resuelve esa necesidad por medio de un sistema de autobombo.

Nuestros don Juanes, no se dedican a la conquista y colección de mujeres, sino a la recolecta de opiniones favorables a sus personalidades, a la victoria en el campo de las simpatías y al difícil arte de ser agradable a todos. Esa tendencia donjuanesca da origen al palanganeo, que evade el caer mal a la gente y tiende a ganar efectos por parte de los dos bandos que se disputan un asunto. Sin pronunciarse a fondo, el consultado encuentra fundamento en las razones alegadas por uno y otro litigante y su mayor anhelo es llegar a una resolución salomónica, que además de ser sabia complazca ambos intereses.

En nuestra democracia ganan en realidad las elecciones los que se abstienen de votar, los que ha cogido el camino fácil de la neutralidad. Los neutrales, los del ejército del ahí vamos, de qué le vamos a hacer, del a mí qué me importa y de por sí, afluyen con su indiferencia a desteñir la individualidad que aparentemente busca el costarricense y que acaba por representar un sitio cómodo o donde nada ni nadie moleste. Es una democracia de servilismo a la comodidad.

Pero, ese neutral exige reconocimiento, el serial de su valor, te consideración de su caso, te ponderación de sus méritos, la mención de sus honores.

El idiay, ya con signos implícitos de admiración, es el aviso del peligro que corren los historiadores al omitir un nombre, es el terror que se siente en los homenajes al olvido de una persona en la placa conmemorativa, es la mención infinita de los fulanos y los zutanos en la relación de un acto, es el recuerdo impreso en el abuelo figurón, es el menú de los alegatos interminables por un reconocimiento. Se busca el distinguirse por el simple ejercicio de figurar. Los neutrales, ajenos y reservados

en la hora del conflicto, procuradores del quedar bien, exigen su puesto en la historia. Mediante el idiay, o sea el yo qué, se aspira al aprecio, a la comprensión sincera y amplia, y es más, se busca la admiración. Si bien nada merece admirarse a asombrarse, dentro del pacifismo conformista y el alejamiento el embate público a que se tiende, el costarricense enramado y retorcido en te exportación de sus explicaciones, exige para sí te evidencia de te importancia a través del reconocimiento por parte de los otros, que espera surja tan espontáneo como la inteligencia en un rostro de rasgos griegos.

Y si el costarricense ha adoptado por hacerse una historia en forma activa, el idiay es más exigente, se convierte en una demanda imperiosa y el cuidado de te figuración del nombre, bien lustrado y bajo la calificación de elegantes adjetivos, sacia el deseo de trascendencia e inmortalidad que no tiene largo vuelo en él, pues confunde te aceptación simpática con el valor innato, la impresión con la esencia, la publicidad anecdótica con el merecimiento permanente.

Prefiere brillar en el dicho oportunista, pero seguro y risueño, que pasar como una figura contradictoria y polémica. Tenemos una generación de aspirantes a Ricardo Jiménez, que le han buscado punta al lenguaje sin la gracia y la sabiduría popular del expresidente, y sólo han logrado maltratar nuestro idioma y herir con el choteo el crecimiento espiritual de nuestro pueblo.

El costarricense aspira que el pasaje a la historia sea un camino placido, como si se tratara de un álbum familiar en donde quedan registrados los acontecimientos íntimos con el disimulo de una ternura alcahueta.

El idiay, como llamada de atención hacia si mismo, no sale del círculo egoísta y cómodo en que entrapan los costarricenses en una monotonía que los va durmiendo plácidamente, siempre dentro del concepto de propiedad personal intocable, en donde no se quiere la perturbación del riesgo, menos aún la dificultad de poner en entredicho su valor y su individualidad, esta última figurada en la máscara del irresponsable desapego a los humanos. Y cuando despierta de esta modorro, con la sed del idiay, viene a exigir el tenue calmante de un aprecio con miles de figuras falsas que tienen un fatuo uso en el brillo del nombre.

El idiay no busca una respuesta con verdad, sino un simple movimiento de sobalevas, bajo el efecto de creerse calificado con justicia y gozar del reconocimiento como hecho concesivo y gracioso, que es merecido por sí y ante sí. Sucede como si frente al temor de qué dirán, hubiera seguridad de que dicen bien, la opinión no es mala, por el contrario, es buena, y con la creencia de esos comentarios la inquietud de inmortalidad que apasiona a los pueblos y los pone en el difícil trance de ganarla, se apaciguara con el candor del niño pobre que distrae

y hasta olvida su hambre con una botella de agua. La leche, la buena leche de este país, médula necesaria para ser, tiende a disfrazarse de agua, ni siquiera de agua pura, tenida con el blancuzco engañoso del blanco.

Es así como creo que el idíay se excede del sentido consignado en los diccionarios de costarriqueñismos, y el pensador a quien busca encontrará otras muchas profundidades y vértices al usadísimo término que salpica todas nuestras conversaciones. Se me ocurre, ya al final de este intento de ensayo, que el idíay también significa una explicación tácita de una actitud, una disculpa no evasiva sino de cierta resignación consoladora, para representar el: qué iba a hacer yo o qué quiere que haga, si no tengo capacidad, sí mi suerte es mala, si.....

Un reconocimiento de capacidades limitadas o una aceptación al fatalismo, un rendimiento fácil con una disculpa lista a disculpar, una modalidad desasí somos, qué le vamos a hacer.

De “Cinco temas en busca de un pensador”